RICARDO CAPPONI

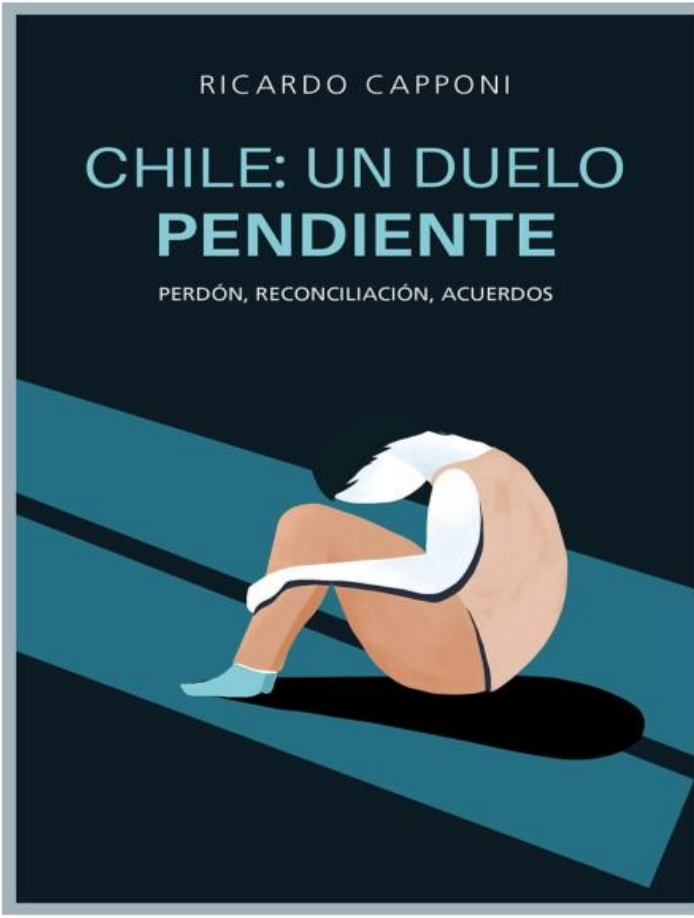
CHILE: UN DUELO PENDIENTE

PERDÓN, RECONCILIACIÓN, ACUERDOS

RICARDO CAPPONI

CHILE: UN DUELO **PENDIENTE**

PERDÓN, RECONCILIACIÓN, ACUERDOS



RICARDO CAPPONI

CHILE: UN DUELO **PENDIENTE**

PERDÓN, RECONCILIACIÓN, ACUERDOS

CHILE: UN DUELO PENDIENTE

Perdón, reconciliación, acuerdos

Ricardo Capponi

CHILE: UN DUELO PENDIENTE

Perdón, reconciliación, acuerdos

Ricardo Capponi

A mi esposa, María Victoria

Contenido

Reconocimientos

Introducción

1. Conceptos psicoanalíticos modernos del funcionamiento de la mente

2. La separación, la pérdida y la elaboración del duelo: procesos básicos del crecimiento mental

3. Desarrollo del libro

Primera ParteANÁLISIS PSICOLÓGICO DE LA RECONCILIACIÓN INDIVIDUAL

Capítulo I. PÉRDIDA Y PROCESO DE DUELO

A. Las distintas formas de vivir el duelo

1. La depresión: un duelo no elaborado

2. Elaboración de la agresión, requisito del duelo normal

3. La reparación en el duelo

4. Condicionantes que facilitan o perturban el proceso de duelo en el agredido y en el agresor

B. Duelo en el agredido

1. Condicionantes del mundo interno

2. Condicionantes del mundo externo

C. Duelo en el agresor

1. Condicionantes del mundo interno

2. Condicionantes del mundo externo

Capítulo II. RELACIÓN AGREDIDO-AGRESOR

1. Dialéctica de su mutua necesidad para delimitar las culpas

2. Estados mentales en los que interactúan agredido-agresor

3. El duelo en “La muerte y la doncella”

Capítulo III. LA RECONCILIACIÓN

1. Necesidad y significado de la reconciliación

2. Condiciones psíquicas para lograr la reconciliación

3. Agresión, duelo y reconciliación en un conflicto conyugal

4. Cambio psíquico, pilar del proceso de reconciliación

5. El duelo en Jean Valjean y Javert

Segunda ParteANÁLISIS PSICOLÓGICO DE LA RECONCILIACIÓN SOCIAL

Capítulo IV. DESCRIPCIÓN DEL CONFLICTO

1. El funcionamiento mental colectivo

2. Reacción social a la agresión destructiva

3. La sociedad dañada. Proceso de duelo

Capítulo V. ELABORACIÓN DEL CONFLICTO

1. Acuerdo social más que reconciliación

2. El necesario olvido

Tercera ParteLA ELABORACIÓN DEL DUELO SOCIAL

Capítulo VI. LIDERAZGO Y CONDUCCIÓN DE UN PROCESO DE DUELO SOCIAL

1. La importancia del liderazgo

2. Liderazgo en los grupos grandes y en las masas

3. Causas de fracaso en el liderazgo

4. Las siete condiciones psíquicas ideales de un líder

5. Tipos de liderazgo patológico

6. El liderazgo en el manejo del estado mental de los grupos sociales

7. Los líderes intermedios, de “grupos de trabajo”

Capítulo VII. LA REPARACIÓN EN EL PROCESO DE DUELO SOCIAL

1. La razón instrumental

2. La razón reparadora

A. La importancia del arte en el proceso de duelo social

1. El arte como reparación, como catarsis, como fuente de moralidad

2. El arte de lo feo, lo destruido y lo horroroso

3. El encuentro con la obra de arte

4. Ilustración de un proceso de duelo social a través del séptimo arte: “Hiroshima, mon amour”

B. La importancia de la religión en el sentido y la comprensión del proceso de duelo social

Ejemplo de justicia y reconciliación en el Antiguo Testamento

C. Aporte al proceso de reparación desde las ciencias sociales

Epílogo

Bibliografía

Reconocimientos

El impulso inicial que me llevó a reflexionar en torno a este tema desde la psicología nació al escribir un artículo solicitado por la directiva de Revista *Mensaje,* y publicado en mayo de 1997: "Omnipotencia, madurez y perdón".

Posteriormente, el contacto con la obra de Otto Kernberg, en especial su libro *Ideology, Conflict, and Leadership in Groups and Organizations,* me indujeron a pensar la importancia del liderazgo en la conducción de un conflicto social. El tema de la imposibilidad de reconciliación en el ámbito social y de la importancia de la razón reparadora en la elaboración de un proceso de duelo social, fue inspirado en un texto de Fred Alford, *Melanie Klein and Critical Social Theory*.

La participación en la organización de las actividades culturales del Congreso Mundial de Psicoanálisis, por realizarse en julio de este año, en especial un ciclo de cine que organizamos con los doctores Guillermo de la Parra y Rogelio Isla, me llevaron a considerar y estudiar la importancia del arte en el conocimiento de procesos afectivos complejos.

De fundamental importancia fue la ayuda de mi esposa, Sra. María Victoria Marshall. Su entusiasmo y apoyo a este trabajo, su crítica aguda y su revisión concienzuda del texto, hicieron posible que este proyecto llegara a término.

En la elaboración de los conceptos psicoanalíticos aquí vertidos ha sido de fundamental importancia mi psicoanálisis didáctico con la Dra. Eva Reichenstein, de quien estoy profundamente agradecido.

Quiero mencionar especialmente al Dr. Juan Francisco Jordán por su revisión y comentario de la obra, además de su generoso préstamo de una interesante bibliografía a la que de otra forma no habría tenido acceso.

Deseo agradecer por su estimulante aporte al apoyo de este trabajo a la Sra. Lucía Santa Cruz, al Sr. Manuel Antonio Garretón, al Padre Antonio Delfau (S.J.) y al Sr. Juan Noemí.

El capítulo sobre el olvido fue desarrollado a partir de las interesantes sugerencias del Sr. Oscar Godoy. Las observaciones y correcciones propuestas por el Sr. Jorge Marshall fueron de gran ayuda en la elaboración final del texto.

Los colegas Dr. Alfonso Pola, Dr. Oscar Feuerhake, Sra. Orieta Echavarri, me hicieron importantes sugerencias relativas al proceso de duelo individual de la primera parte del texto. La Sra. Consuelo Morel contribuyó a enriquecer el capítulo VII-A, referido al arte. Los artículos de Pietro Bovati en los que se apoya el desarrollo del capítulo VII-B me fueron aportados por el Padre Rodrigo García (S.J.). Mi hija Valentina Capponi compartió en amenas conversaciones el desarrollo de este trabajo y me sugirió los poemas de Benedetti citados en algunos capítulos.

Estoy profundamente agradecido del trabajo en la búsqueda de bibliografía, revisión y corrección del texto de la psicólogo Srta. Marcela Jiménez.

Finalmente quiero agradecer a la Sra. Miriam Vargas, mi secretaria, por su valiosa ayuda en la digitación del texto; a la Sra. Paulina Matta, por su excelente corrección idiomática; a las señoras Marta Mallea y Rosa da Venezia, de Editorial Andrés Bello, por su extraordinaria eficiencia en la preparación de esta obra para ser publicada.

Introducción

1. Conceptos psicoanalíticos modernos del funcionamiento de la mente

El ser humano se distingue de los animales por tener conciencia de sí mismo. Esta conciencia proviene de su capacidad reflexiva, que le permite detenerse en el tiempo y reconocer un presente, un pasado y un futuro. Esta cualidad le exige la tarea de proyectarse. Es en esta proyección que incluye su pasado histórico, el momento actual y los anhelos para el mañana, donde se enfrenta con el problema de la libertad.

Progresivamente el hombre va descubriendo que la libertad no es una cosa, no se encuentra dada y establecida. Es la persona quien se va haciendo libre, y lo hace en relación con un proyecto que deberá desarrollar. Este proyecto le exige elaborar, resolver y superar los obstáculos que le impidan llevar a cabo ese realizarse en libertad.

El modelo de libertad para el hombre occidental ha estado referido, durante mil quinientos años, al cumplimiento del proyecto divino, comunicado por los profetas del Antiguo Testamento y por la palabra del hijo de Dios en el Nuevo Testamento.

El Renacimiento, que abre paso a la Modernidad, se descentra de Dios para volverse sobre lo creado por Dios. El desafío de la libertad cambia su punto de gravedad. Se traslada a la preocupación por resolver los asuntos que interfieren con la libertad concreta del hombre. Estos ahora están referidos no a un mandato divino, sino a un modelo antropológico, derivado de las artes, las ciencias y la filosofía.

De aquí en adelante, el hombre se piensa como autor de su propia libertad. Aunque esto no necesariamente contradice la referencia a la libertad divina —aunque sí la complejiza—, el acento recae más en su propia responsabilidad, en el concebir un proyecto de libertad humana.

En los siglos venideros se fueron perfeccionando tres grandes alternativas en este camino de búsqueda de libertad:

a) La libertad que proviene del dominio de la naturaleza. Gracias al conocimiento científico y a la aplicación de la técnica, el hombre resuelve importantes limitaciones derivadas de su condición material.

b) La libertad que se obtiene de la conducción y el control de las

variables sociológicas: de la realidad política, social y económica. Tales variables contienen elementos que tienden a escaparse de las intenciones del hombre, coartándolo en sus propósitos de libertad, igualdad y fraternidad.

c) El mayor grado de libertad que adquiere el hombre, en la medida en que rompe la cadena rígida de su condicionamiento psíquico, causado por las experiencias vividas en el pasado. Es este tercer ámbito de libertad el que nos interesa tratar en este libro.

Freud denuncia el condicionamiento de nuestra vida psíquica, producto de las experiencias infantiles vividas en la relación con nuestros progenitores. Y es el mismo Freud quien plantea un método que nos permite ser más libres y salvar ese determinismo. El objetivo de este método es generar cambios psíquicos que rompan la tendencia a repetir las conductas aprendidas en la infancia.

Para Freud, la mente se construye a partir del exigente trabajo que impone la biología por medio de los instintos, los cuales plantean necesidades que deben ser satisfechas. La fuerza de la biología se canaliza por medio de la libido. Es ésta el vehículo a través del cual la mente aprende a relacionarse con las personas, integrando los deseos más primitivos de descargas sexuales y agresivas, con los más sublimados de amor, ternura y comprensión. Pero en este trayecto la mente no siempre es capaz de elaborar lo que demanda el instinto, y cuando se ve sobrepasada, surge la angustia e inmediatamente se reprime el deseo. De esta manera se va construyendo, en forma paralela, un espacio mental que no tiene acceso a la conciencia, pero que va a estar influyendo en la conducta del sujeto durante toda la vida. La influencia de este sector inconsciente va a ser determinante en la generación de patologías y trastornos del carácter; por lo tanto, el psicoanálisis se propone incorporar a la conciencia aquello reprimido.

Bajo este concepto, el cambio psíquico se logra en la medida en que se es capaz de suprimir represiones, y de este modo hacer emerger aquello que está oculto. Como esta experiencia se realiza con un yo adulto, el sujeto está más capacitado para incorporar lo reprimido a la vida mental consciente.

Un segundo gran salto en la concepción del cambio psíquico fue el llevado a cabo por una discípula de Freud, Melanie Klein. Al trabajar con niños, ella observó que, cuando no pueden ser elaborados aquellos estados conflictivos que impone el instinto, la mente recurre a un mecanismo consistente en poner afuera lo que causa dificultad,

proyectándolo en un otro, en un objeto.

Este fenómeno de deshacerse de una parte conflictiva de sí mismo representa un alto costo para la mente. Primero porque, para hacerlo, la persona requiere dividirse y, por lo tanto, se va disociando; y segundo, porque al perder una parte de sí, se empobrece.

En estas condiciones, el cambio psíquico anhelado consistirá en la incorporación de aquello que fue proyectado, con lo cual disminuirá el empobrecimiento. Y, al mismo tiempo en la integración de estas partes que habían sido divididas en la mente, para así disminuir la disociación.

Un discípulo británico de Klein y psicoanalizado por ella, W. R. Bion, realizó un aporte fundamental respecto a las condiciones requeridas para el cambio psíquico. Bion compartía la opinión de que los mecanismos de expulsión de lo conflictivo eran causa de empobrecimiento y disociación mental en los individuos. Sin embargo, planteaba que este acto tiene, en muchos casos, una intención comunicativa positiva. Se realiza para que un otro se haga cargo de aquello que la mente no puede tolerar. Si este otro es capaz de devolver aquello expulsado, habiéndolo previamente enriquecido con afecto y comprensión, quien lo expulsó podría ser capaz de reincorporarlo e integrarlo a su mente. Este acto se denomina "contención". En el caso del bebé, quien lo "contiene" es la madre, y luego también el padre. Así, en el transcurso del desarrollo y en todas las etapas de la vida, tienen un potencial contenedor todas las figuras significativas, en la medida en que son capaces de acoger los aspectos conflictivos y no tolerados, expulsados por la persona angustiada. Es un otro el que, al escuchar y dar sentido a lo que revive esa persona, promueve y posibilita el cambio psíquico.

El psicoanálisis contemporáneo integra los aportes de Freud, Klein y Bion, enriqueciendo así su teoría y su técnica.

Los conflictos mentales nacen de la necesidad de la mente de sacar de la conciencia lo perturbador, reprimiéndolo en el inconsciente o expulsándolo fuera de sí. La cura se plantea modificar estos mecanismos perturbadores, suprimiendo represiones e integrando los aspectos divididos y proyectados.

Todo esto es posible sólo en la medida en que esa mente viva una experiencia de contención de parte de un otro, función que en el trabajo terapéutico cumple el psicoanalista. Veremos en este trabajo el desenlace de los conflictos con un tercero y en los grupos sociales, en

ausencia de la ayuda terapéutica.

A través de todo el texto, la evolución y crecimiento mental, tanto sociales como individuales, son considerados esenciales para la superación genuina del conflicto. Planteamos, también, que este crecimiento está condicionado por la posibilidad de cambio psíquico en los participantes del conflicto. ¿Qué es, en lo esencial, el cambio psíquico desde la perspectiva de nuestra disciplina?

Freud, influido por la física mecanicista de su tiempo, concibe el funcionamiento de la mente según un modelo hidráulico. Imagina la energía psíquica como fluidos energéticos, que llama libido. En la medida en que dichos fluidos son entorpecidos en su trayecto, se acumulan y esta acumulación busca salida: lo hace a través de un síntoma.

El modelo de la mente con el que trabaja Klein se parece a un teatro, con su escenario, actores y público espectador. Tanto los escenarios como los actores van siendo incorporados en las sucesivas experiencias que tenemos con el medio ambiente y con quienes nos rodean. En este interjuego de incorporar y expulsar, se van configurando los actores de nuestra vida psíquica. La calidad de estos actores determina tanto nuestra capacidad para enfrentar las crisis propias del desarrollo de nuestro ciclo vital, como nuestra fortaleza y creatividad. En definitiva, la identidad en la cual nos jugaremos nuestra libertad.

A los personajes que nos producen inquietud y angustia, y a los cuales, a pesar de su impertinencia, nuestra mente les reconoce ciertas cualidades, los dejamos tras bambalinas; es decir, los reprimimos. Desde allí, seguirán influyendo constantemente en el desenlace de la obra.

Puede haber también personajes que nos resultan intolerables, porque nos despiertan angustias muy desorganizantes, persecución y pánico; en estos casos, optamos por eliminarlos. Podríamos decir que se los proyectamos al público, que son las personas con quienes interactuamos; es a ellas que culparemos por que la obra no pueda llevarse a cabo en la forma esperada y requerida; esto es, los culpamos de nuestros conflictos no resueltos. Como he señalado, al expulsarlos nos disociamos, empobrecemos nuestro reparto, y quedamos con menos recursos.

Nuestra vida psíquica transcurre como un teatro en permanente función, donde las escenas y contenidos se activan en respuesta a las

demandas de dar significado a nuestro mundo externo. La vida está compuesta, aun en lo más cotidiano, por pequeños dramas y comedias. El grado de tragedia que involucren nuestras representaciones tendrá que ver con la realidad externa objetiva, pero también con las características de nuestros actores. Algunas realidades mínimamente conflictivas se pueden transformar en grandes tragedias, desatadas por actores impulsivos, descontrolados y destructivos. También puede suceder que conflictos que requieren elaboración no son asumidos, cuando los actores son pasivos, negadores y evitadores de cualquier dificultad o dolor.

Desde esta perspectiva, el cambio psíquico consiste en mejorar la calidad de los personajes, de modo tal que no se haga necesario ponerlos detrás de los bastidores, ni arrojarlos al público. La idea es que podamos integrarlos a nuestra vida psíquica, enriqueciendo así nuestra identidad y, por ende, agrandando el horizonte de nuestra libertad.

2. La separación, la pérdida y la elaboración del duelo: procesos básicos del crecimiento mental

Este camino de crecimiento requiere trabajo mental, y en ese derrotero la experiencia se aquilata en medio de los conflictos. Si pudiéramos definir un conflicto paradigmático que atraviesa toda la historia del hombre y la mujer, es el de la separación. Separación que implica pérdida, duelo.

Toda nuestra existencia está marcada por inevitables separaciones. Nos separamos del vientre de nuestra madre, luego de su pecho y abrigo corporal, más tarde del padre; en la adolescencia la separación es mayor aún, con el fin de consolidar nuestra propia identidad. Luego nos separamos de los ideales de la adolescencia; del hogar paterno para fundar uno propio y tener nuestros propios hijos, de los cuales algunos años más tarde también nos separaremos. En la tercera edad nos separamos del trabajo, de la institución que nos acogió, de la salud, de la belleza, de la fuerza y energía; eventualmente, de algunos amigos, de la pareja y, finalmente de la vida.

Es en este escenario de continuas separaciones donde se fragua nuestra capacidad y fortaleza mental. Y ello, ¿por medio de qué proceso ocurre? El camino es la elaboración de la agresión destructiva que las separaciones hacen resurgir en nuestra mente.

La pérdida de una situación gratificante, de un objeto placentero

o de una persona querida o apreciada, genera un sentimiento de frustración; éste, a su vez, gatilla un estado emocional que denominamos agresión, y que en su expresión máxima llega al odio. Es una reacción arcaica que pone en marcha la conducta de ataque para recuperar la presa, y que tuvo una finalidad precisa en nuestros antepasados primitivos. Así, entonces, cada separación inunda la mente con altos montantes de odio cuya única finalidad es destruir a un otro, o destruir el vínculo, y a veces, para lograr este último objetivo, incluso destruirse a sí mismo.

La complicación está en que si reacciono agresiva y destructivamente, no puedo esperar sino lo mismo de parte del otro. Este ánimo agresivo termina instalando en nuestra mente un mundo persecutorio. Frente a la persecución, no queda otra alternativa que huir, o atacar.

Lo anterior conduce a una situación dramática: a aquel que nos brindaba protección y satisfacía nuestras necesidades, en el momento de la separación, lo destruimos.

Pero, ¿existe otra salida?

Si el montante de odio generado por la frustración no es tan alto (lo cual también depende de la relación que establece con nosotros aquel que vamos a perder) podemos renunciar a la forma de gratificación que hasta ese momento esa persona nos deparaba, y crear al interior de nuestra mente una nueva forma de relación, un nuevo vínculo. Pero este resultado es producto de un largo trabajo de duelo, que pasa por vivir y enfrentar las emociones despertadas por la pérdida.

Elaborar la agresión gatillada por la separación, tramitar las rabias que desencadenan los duelos de todos los días, es la arena donde madura y crece nuestra mente. Su logro nos deja recursos mentales, ideas y pensamientos nuevos, otros vínculos, formas distintas de gratificación, todos los cuales contribuyen a una sensación de seguridad, sentimiento de bondad y hondo bienestar y tranquilidad. Su fracaso nos sumerge en la inseguridad de un mundo siempre hostil, en la culpa que emana de nuestra capacidad de destrucción, y en la amargura, desconfianza y escepticismo, donde el único placer es la venganza y el triunfo. Quedamos atrapados en un tiempo circular, donde no hay progreso, crecimiento ni desarrollo. Caemos en el cinismo, y pensamos que “se nace sapo y se muere cantando”; que sólo cambia la apariencia externa, y que la condición humana queda a la altura de la bestia, siempre la misma, y para todos.

El desarrollo histórico de un pueblo también está condicionado por su capacidad de hacer experiencias, las que muchas veces ocurren al calor de los conflictos, acarreando destrucción e incluso muerte. La elaboración del duelo, de aquello perdido, destruido o abandonado, determina en forma significativa el progreso cultural y político de una sociedad. Si este duelo no se elabora adecuadamente, sus efectos quedan latentes y se trasmiten hacia todas las instituciones sociales, las que terminan obstaculizando la aspiración de autonomía de la sociedad.

Durante los últimos treinta años, nuestro país ha estado viviendo un delicado conflicto social. Estamos en medio de un difícil proceso de duelo social. El desenlace de éste va a depender de nuestra capacidad para manejar la agresión destructiva, que nos puede conducir a crecer después de esta dolorosa experiencia, o agregar otros fantasmas que nos persigan en el curso de la historia por venir.

Los condicionantes que favorecen o perturban el proceso de duelo no son los mismos que en el caso individual. Sin embargo, en lo esencial el dilema que está en juego es uno: la elaboración de la agresión destructiva.

3. Desarrollo del libro

Este trabajo se desarrolla en tres etapas. La primera, por medio de un modelo que nos ayude a entender de cerca el proceso de duelo y su necesaria elaboración, en vistas de lograr un estado de reconciliación con nosotros mismos y con quien perdimos. En la segunda parte, se construye un modelo que nos permita entender cómo se da este conflicto en el ámbito social. En la tercera parte se incorporan, desde la perspectiva psicoanalítica, las variables necesarias para la elaboración del duelo social, que surgen del estado mental grupal y que complejizan enormemente el desafío.

La primera parte “Análisis psicológico de la reconciliación individual”, se desarrolla en tres capítulos. En el primero he querido destacar la importancia de la elaboración de la agresión como requisito para terminar un duelo y evitar caer en la depresión. He descrito con cierto detalle los condicionantes que facilitan o perturban este proceso de duelo. En el capítulo II destaco cómo el agredido y el agresor se necesitan mutuamente para delimitar las culpas y elaborar el proceso de duelo. Describo su interacción, la que depende de los estados mentales de ambos, y termino ilustrando este vínculo con el análisis del film *La muerte y la doncella,* basado en la obra teatral de Ariel Dorfman. En el capítulo III desarrollo la importancia de la

reconciliación individual, las exigentes condiciones para lograrla, y me extiendo en el ejemplo de un conflicto conyugal que requiere un difícil proceso de elaboración. Termino explicando que lo esencial en este proceso es el cambio psíquico que surge de contener y significar la agresión. Ilustro este proceso en dos personajes de *Los miserables,* de Víctor Hugo, Jean Valjean y Javert.

En la segunda parte, "Análisis psicológico de la reconciliación social", desarrollo dos grandes temas: la descripción del conflicto y la elaboración del conflicto.

La descripción del conflicto se desarrolla a lo largo de tres secciones. En la primera defino las características del funcionamiento mental colectivo. En la segunda, me baso en el Informe Rettig para describir los hechos históricos ocurridos entre 1970 y 1999. En la tercera, planteo la necesidad de un proceso de duelo para una sociedad dañada, las condiciones y la dificultad de éste, tratándose de grupos grandes y de masas.

El tema de la elaboración del conflicto es desarrollado en el capítulo V, cuya hipótesis central es que la reconciliación no es posible en la sociedad en cuanto tal; que es más pertinente plantear el problema en términos de la necesidad de elaborar el duelo, y que esto exige un olvido que no reniega del pasado. Ilustro lo anterior con el análisis de la película *Amnesia,* de Gonzalo Justiniano.

Los elementos básicos para la elaboración del conflicto constituyen la tercera parte del libro. En el capítulo VI describo *in extenso* la importancia del liderazgo, las causas de su fracaso, las condiciones de un buen líder, los liderazgos patológicos, y delineo las características del liderazgo que ayuda a resolver el conflicto que estamos planteando. En los capítulos siguientes desarrollo los elementos que deben tener presente tanto el líder como la sociedad para ayudar al proceso de elaboración del duelo. Estos elementos están basados en la razón reparadora por sobre la razón instrumental, la cual se expresa fundamentalmente a través del arte, de la religión, y de las ciencias sociales. En el capítulo VII-A desarrollo la importancia del arte para acercarse a procesos humanos incomprensibles por lo angustiantes y horrorosos. Ilustro las ideas con el film *Hiroshima, mon amour,* del director francés Alain Resnais. En el capítulo VII-B cito y describo un trabajo acerca de la justicia y reconciliación en el Antiguo Testamento, como ejemplo del aporte desde la religión a este proceso. Finalmente, en el capítulo VII-C justifico la importancia de desarrollar un modelo de funcionamiento mental para pensar los procesos de duelo social, como un ejemplo del aporte que pueden hacer las

ciencias sociales.

A lo largo del libro empleo términos psicológicos que tienen una connotación distinta al uso habitual de ellos. Por ejemplo, maníaco no significa loco, ni maniático, sino un estado mental preciso donde predominan la negación de la realidad, la sobrevaloración del sujeto y la división del mundo en buenos y malos. Neurótico no alude al estado sintomático con angustia, comportamientos mañosos o enfermos; se refiere a un estado mental preciso que definimos más adelante. Y así con otros términos. El lector debe estar atento al significado correcto de éstos para no distorsionar la comprensión de lo expuesto.

En el último capítulo me extiendo sobre el valor de proporcionar un modelo como el desarrollado acá, destacando que los modelos, y en particular el modelo psicoanalítico propuesto, intentan sólo dar respuestas a un área delimitada del problema, y no una comprensión holística del conflicto social.

Una última advertencia. Este libro pretende ser un estudio interpretativo desde un modelo psicológico que ayude a entender los fenómenos sociales. Como tal, no se pronuncia sobre la contingencia política ni propone medidas concretas para enfrentarla. Esa es labor del liderazgo político.

Primera Parte Análisis psicológico de la reconciliación individual

Capítulo I Pérdida y proceso de duelo

A. Las distintas formas de vivir el duelo

1. La depresión: un duelo no elaborado

Cuando ha muerto un ser querido, nos resulta comprensible la pena, la tristeza y, por cierto tiempo, la amargura y desesperación que siente el familiar más cercano.

Pero puede suceder que, a medida que pasa el tiempo, esa persona no se recupere de su estado de apatía, desinterés, retraimiento, abandono de sus tareas habituales y descuido personal. Que mantenga un pesimismo y escepticismo crónicos y generalizados. Que su impotencia y desesperanza se acompañen de rabia sorda, con ideas relativas a que la vida no vale la pena ser vivida, a veces pensamientos suicidas y, en algunos casos, intentos suicidas. Este estado depresivo va generando en quienes lo rodean un sentimiento de incomprensión, acompañado a veces de rechazo. Les cuesta empatizar en esa reacción donde ya no son la tristeza y la pena las emociones que predominan, sino la rabia volcada contra el sujeto mismo en conductas autodestructivas, y hacia los demás en un progresivo alejamiento y recriminación.

¿Cómo entender el surgimiento de esta agresión a raíz de la pérdida de un vínculo que, a primera vista, era una relación de amor? Es comprensible que la persona reaccione con pena, tristeza, tal vez rabia e impotencia por haber sido privada de algo tan necesario; pero, ¿por qué llegar a la autodestrucción? ¿De dónde surge tanto odio y tanta agresión destructiva?

Estas mismas preguntas se pueden hacer desde su opuesto: ¿De dónde surge tanto entusiasmo y vitalidad cuando nos enamoramos? ¿Cómo entendemos este estado de exaltación, de éxtasis, que nos provoca un otro? En este caso, también se puede llegar al extremo de un enamoramiento de tal intensidad que no se miren los riesgos ni las consecuencias de los propios actos, lo que es un estado psíquico que a un tercero tampoco le resulta empático, ni puede comprender.

Los estados emocionales que nos sorprenden por su intensidad, como si hubiera un excedente de sentimientos que no sabemos de dónde viene, se pueden entender por la activación de procesos mentales que hemos construido en el pasado y que no son fácilmente accesibles a nuestra conciencia. En el acto de enamorarse, se reactivan relaciones pasadas con la madre y el padre cargadas de sentimientos y

emociones excitantes y placenteras. Al mirar los ojos de la amada, en nuestra mente se reactivan, además, todas las miradas cariñosas del pasado, de una madre que en ese momento era vista como infinitamente perfecta, hermosa y buena (o sea, muy idealizada), y fuente de placer inagotable. Por lo tanto, el sentimiento de éxtasis que experimentamos tiene que ver no sólo con lo que la amada nos provoca, sino con lo que nuestra madre provocó en nosotros. Debo señalar que cuando la relación con los padres ha carecido de la intensidad que acarrea una intensa idealización y también un intenso odio, estamos en una condición mental muy deficitaria, que más tarde se traducirá en graves problemas para relacionarse con los demás. El excedente emocional es imprescindible, aunque a veces complejiza la vida afectiva.

Así, entonces, si queremos entender de dónde proviene ese excedente emocional de rabia destructiva que surge a raíz de la muerte de un ser querido y que nos conduce a la depresión, a la enfermedad, debemos explorar el pasado; y ello especialmente en la relación con nuestros padres, que en los momentos de separación generaron una frustración de tal monta que llevó al odio y a la agresión.

2. Elaboración de la agresión, requisito del duelo normal

La observación de bebés, el trabajo clínico con pacientes y las teorías del desarrollo psíquico, describen las diversas variables en juego durante los primeros años de vida.

En primer lugar, el bebé nace con necesidades e instintos que deben ser satisfechos, entre éstos, el hambre y el apego. Estos instintos y necesidades constituyen lo que en el ser humano denominamos pulsiones. La satisfacción de estas pulsiones es vivida como intensas gratificaciones que despiertan un espectro de sentimientos y emociones, los cuales pueden reunirse bajo la denominación común de amor. La frustración de estas necesidades activa reacciones innatas de sentimientos y emociones que pueden agruparse bajo la denominación común de odio.

Entre los hechos inevitables en la interacción primera con la madre, están las separaciones. Llega un momento en que la madre deja de amamantar y el bebé siente que le quitan ese pecho tan gratificante. Después de estar en los brazos de la madre, sobre su cuerpo, en contacto directo con su piel y sus olores, recibiendo ese líquido tibio que mitigaba el “dolor” del hambre, el bebé percibe que su madre se aleja, le distancia las mamadas, lo va dejando en su cuna.

Siente que lo separan de aquello tan protector y tranquilizador, para dejarlo solo, en un estado nuevo e inquietante.

Todas estas separaciones generan altos montantes de frustración que comportan una reacción de rabia e ira, la cual fue adaptativa en algún momento de nuestra historia animal: nos preparaba para el ataque y la destrucción del enemigo que nos quería quitar la presa. Esta reacción de rabia, ira —en definitiva, de odio—, es un sentimiento que el bebé vive como muy displacentero. Y, siguiendo un mecanismo básico propio de la biología, pero que la mente usa como modelo, todo lo que molesta es algo tóxico, basura, desperdicio, elemento del cual hay que deshacerse. En el cuerpo lo hace por medio de la excreción fecal, sudorífera, urinaria. En la mente, a través de la proyección. Lo que disgusta se saca fuera y se cuelga, se ubica en otro, proyectándolo.

Así, el bebé vuelve a quedar tranquilo y es el otro quien tiene ese sentimiento displacentero, es el otro quien siente odio, o envidia. Pero este mecanismo implica un costo. El otro se transforma en un enemigo que ahora me quiere atacar. Ahora es él quien me odia o envidia. Tengo que usar nuevas estrategias para evitar ese ataque destructivo.

Busco en mi mente entre los personajes (como describimos el mundo interno en la introducción), y recurro a alguien poderoso, fuerte, idealizado, para que le haga frente. El costo es que voy dividiendo el mundo en un “yo soy fantástico”, “los demás son malditos”; o tomo de vuelta e incorporo dentro de mí a ese otro odiado, para controlarlo, vale decir, me identifico con él. El costo es que termino odiándome a mí mismo.

No voy a entrar en detalles de todas las vicisitudes que pueden ocurrir en este mundo de relaciones donde, a raíz de la frustración provocada por la separación, se gatilló el odio. Lo que sí quiero subrayar es el mundo persecutorio en el que queda sumergido el bebé.

La separación es un duelo, y son estos duelos y la elaboración que hagamos de ellos, los que van a hacer acto de presencia en nuestra mente cuando fallezca un ser querido. Si las separaciones vividas en el pasado no fueron adecuadamente elaboradas, con altos montantes de agresión no resuelta, el mismo patrón tenderá a repetirse cuando lo reactivemos a raíz de un nuevo duelo. Es en este ambiente persecutorio que puede ser generado por un duelo, que debemos entender la conducta auto- y hetero-destructiva de quien la padece.

Y, ¿cómo elabora el bebé la agresión, el odio y la violencia que lo

tiene sumergido en este mundo persecutorio? La preocupación principal es cómo sobrevivir a los ataques de los personajes, tanto internos como externos, que no son sino productos de su odio proyectado en ellos. Pero como el bebé también tiene experiencias gratificantes, excitantes, placenteras, se relaciona también con personajes idealizados, fuertes y todopoderosos, y se apoya en ellos para defenderse de los perseguidores malos. Esto significa que vive en un mundo de ataques, huidas, triunfos, venganzas, personajes ideales, personajes malditos, hadas madrinas y brujas. Estos personajes en pugna son los que definen un estado mental persecutorio paranoide.

Sin embargo, si predominan en el sujeto las experiencias de recuperación de lo perdido, y a esto se suma el desarrollo biológico normal del sistema nervioso central, va ganando terreno cada vez con más fuerza una tendencia que lo ayuda a tolerar la frustración cuando pierde lo que le da placer; y, por lo tanto, a proyectar menos odio en el otro. Esta tendencia es un impulso amoroso que neutraliza la agresión y que, además, conduce a un sentimiento de preocupación cada vez mayor por el otro. Al mismo tiempo, la capacidad perceptiva del bebé se perfecciona gracias al desarrollo de su sistema nervioso central, y ya no percibe manos, caras, ojos, aislados, sino la persona completa de la madre. Esto lo lleva a darse cuenta de que quien lo cuida, lo alimenta, lo limpia, lo acompaña y lo protege, es la misma persona que lo abandona, le quita lo que le produce placer, lo reta, lo hace sufrir y lo descuida.

Esta capacidad de ver a la madre como una persona completa gracias a la maduración perceptiva, y de preocuparse de ella fruto del amor que va aumentando, genera un tipo de ansiedad distinta de la que gatillaba la persecución. Este sentimiento es más elaborado y su aparición tiene consecuencias diferentes para el funcionamiento mental. Me refiero a esa forma de ansiedad que está centrada en el daño que le hicimos a otro, y que denominamos culpa. A partir de ese momento, la desaparición del objeto de gratificación ya no se siente como un robo indignante, sino como el resultado de mi propio odio. Se siente una responsabilidad personal en la desaparición del otro. Es como si la desaparición fuera consecuencia de mi voracidad, posesividad, exigencia etc.

La culpa se origina, entonces, por la toma conciencia de que se ha dañado y daña a quien también se reconoce querer. Las consecuencias de este sentimiento son el deseo de arreglar el daño, de reparar, de reconciliarse con aquel a quien —al menos en su mente— el sujeto dañó y destruyó. Los sentimientos que acompañan la culpa en el momento de constatar la destrucción del ser querido, son la pena y la

tristeza. La culpa moviliza el deseo de arreglar, pero inicialmente la tarea se ve extenuante, casi imposible. Surge el pesimismo, la desesperanza, y la sensación de que nunca se obtendrá el perdón.

Desde aquí podemos entender los sentimientos tan comunes que se activan en los duelos del adulto: la tristeza, la desesperanza, el pesimismo y la culpa. Por la reactivación de las fantasías infantiles, el sujeto experimentará la desaparición del otro se como ocasionada por su propio odio.

3. La reparación en el duelo

Estamos ahora en medio del proceso de duelo que desencadenó la separación: el difícil y doloroso proceso de reparación de la imagen del otro en nuestro interior. Sumidos en la angustia y el dolor, en un primer momento tratamos de evitar el compromiso agobiante que significa reparar lo dañado. Para esto usamos distintas estrategias: negar que sea para tanto; arreglar "por encimita"; huir a relaciones que entierren ese dolor; consumir sustancias que exalten, que exciten, o que anestesien el dolor psíquico y la angustia; o bien enfrascarse en proyectos que a uno lo hagan sentirse poderoso, invencible y, al mismo tiempo, insensible.

Los mecanismos de defensa, sin embargo, tarde o temprano se desgastan, las estrategias mencionadas fallan, y lo perdido y dañado se instala inexorablemente en la mente. Algunas personas refuerzan de alguna manera las estrategias que utilizaron. Otras se resignan a asumir la realidad y empiezan el lento y fatigoso camino de la reparación: paso a paso, repitiendo como en su revés todo lo que fue dañado y ahora debe ser arreglado. La intención es hacer ahora el proceso exactamente contrario al que provocó el daño. Sería como observar en un film un jarrón que se golpea en el suelo y se quiebra: ésa sería la destrucción. La misma secuencia, pero ahora retrocediendo la película, sería la reparación. Pueden apreciar cuán exigente que es para la mente esta demanda. Ello explica que, aun habiendo logrado llegar a esta tercera etapa, podamos no sentirnos capaces de continuar.

Hanna Segal (1989) dice: "Cuando nuestro mundo interno se halla destruido, muerto, sin amor; cuando nuestros seres amados no son más que fragmentos y nuestra desesperación parece irremediable, es entonces cuando debemos recrear nuevamente nuestro mundo interior, reunir las piezas, infundir vida a los fragmentos muertos, reconstruir la vida".

Mario Benedetti lo dice en el hermoso lenguaje poético de su *Inventario*:

Si quiero rescatarme

Si quiero iluminar esta tristeza

Si quiero no doblarme de rencor

Ni pudrirme de resentimiento

tengo que excavar hondo

hasta mis huesos

tengo que excavar hondo en el pasado

y hallar por fin la verdad maltrecha

con mis manos que ya no son las mismas.

Pero no sólo eso.

Tendré que excavar hondo en el futuro

y buscar otra vez la verdad

con mis manos que tendrán otras manos

que tampoco serán ya las mismas

pues tendrán otras manos.

Y así, poco a poco, ese otro que había sido dañado y destruido, va siendo recreado e incorporado como un personaje que ahora no persigue, sino que acompaña agradecidamente. Con su identidad restaurada, enriquece el escenario psíquico. Se transforma en un ser bueno que da paz, tranquilidad y sensación de hondo bienestar, además de recursos para enfrentar conflictos nuevos: "con mis manos que tendrán otras manos". Vale decir, para enfrentar nuevas pérdidas y separaciones, porque refuerza la confianza en la potencialidad del propio amor.

Lo arriba descrito corresponde a un duelo elaborado. Supone reconocer el odio y la persecución que conducen a la destrucción y al daño, requiere capacidad de darse cuenta de que el otro que uno ama es el mismo al que agrede. Exige paciencia, tenacidad y tolerancia

para reparar de manera adecuada al otro dañado, de forma tal que quede la convicción en la bondad propia, y en el perdón del otro. Sólo ahora es posible la reconciliación, etapa final de todo proceso de duelo.

Como ustedes han podido apreciar, son muchas las variables que deciden el curso de un proceso de duelo. Hay condiciones que facilitan dicho proceso y contribuyen a que llegue a buen término, lográndose así finalmente la incorporación de un otro y de una experiencia enriquecedora para la vida mental. Pero son muchas las condiciones que perturban este difícil proceso mental, y lo detienen en cualquiera de sus etapas. En la primera etapa, dejando al doliente en un escenario de persecución, odio y destrucción, que muchas veces lleva al suicidio o a la depresión grave. En la etapa de culpa persecutoria, de desesperanza y pesimismo, queda prisionero en un callejón sin salida, que lo arrastra a un estado depresivo si no grave, crónico. En la tercera etapa, asumido el daño realizado, puede no sentirse capaz de reparar y, por ende, de reconciliarse. No logra completar la experiencia y vive para siempre con el fantasma de un duelo no elaborado, que aumenta los temores, disminuye la autoestima y la seguridad frente a los demás.

¿Cuáles son estos condicionantes que facilitan o perturban este proceso de duelo? Los veremos a continuación.

4. Condicionantes que facilitan o perturban el proceso de duelo en el agredido y en el agresor

Podemos dividir estos condicionantes en dos grandes grupos:

a) Los relacionados con la constitución de nuestro mundo interno, de nuestra mente. O sea, con la calidad de los personajes que fuimos albergando en nuestra psiquis a lo largo de nuestra historia, los cuales van a facilitar o entorpecer este proceso.

b) Las condiciones reales, propias del mundo externo con el que interactuamos, que concurrieron a la situación de pérdida. Es diferente perder a un ser querido por una enfermedad crónica prolongada que por un accidente.

Este modelo de funcionamiento mental, referido fundamentalmente al duelo, tiene como objetivo proponer un vértice que nos ayude a pensar y elaborar el proceso de duelo social que nuestro país vive desde los años setenta. Por eso me parece oportuno aterrizar las ideas desarrolladas hasta aquí a los hechos acontecidos en

ese período. A continuación puntualizaré cómo pudieran operar los condicionamientos internos y los externos en las personas que sufrieron las pérdidas. He considerado los que me parecen más relevantes, pero creo que pueden incorporarse otros al análisis.

A propósito de esto, quiero resaltar un aspecto que no es fácil de aceptar. Señalé al comienzo la relación estrecha que existe entre los conflictos y el duelo. Los conflictos despiertan agresión. La agresión siempre va acompañada de daño y destrucción en el mundo interno y eventualmente en el mundo externo; por lo tanto, siempre implica pérdida, o sea, duelo. Y esto no está referido solamente a la víctima de la agresión, sino también a quien la ejerce. De aquí se desprende que no sólo la víctima hace duelo; también lo hace el victimario, el agresor. Veremos a continuación que sus procesos de duelo son diferentes, porque las condiciones internas y externas en la víctima y el victimario son distintas. Pero lo que tienen en común es que ambos deben hacer un duelo por aquello destruido. Por esto, a continuación desarrollaré los condicionantes del mundo interno y del mundo externo en el agredido, y enseguida en el agresor.

Uso los términos agredido o víctima para referirme a la persona que sufrió la pérdida, y agresor o victimario para la persona que fue agente causante de dicha pérdida. Si bien el duelo puede tener relación con la pérdida de una cosa, un bien, una posición, un lugar o privilegio, no debemos olvidar que también requieren de duelo las pérdidas de utopías. De aquí en adelante lo referiré a la pérdida de una persona, esto es, a su desaparición o muerte.

B. Duelo en el agredido

1. Condicionantes del mundo interno

Entre los principales condicionantes del mundo interno, tenemos la forma en que el sujeto ha vivido sus anteriores pérdidas y duelos, y la relación que tenía con la persona perdida. Examinaremos ambos a continuación.

a) Elaboración de duelos anteriores

Como ya lo he señalado, una de las variables que determinan el curso de un duelo dice relación con la elaboración y el desenlace que la persona ha vivido en sus duelos anteriores, lo cual se traduce en qué tipo de personajes ha ido incorporando a su escenario psíquico. Si el duelo se detuvo en la etapa más persecutoria, los personajes que el agredido alberga serán vengativos, intolerantes, omnipotentes y

agresivos. Si el duelo se detuvo en la etapa de culpa persecutoria, los personajes tenderán a ser impacientes, negadores, minimizadores, superficiales o frívolos. Si el duelo se detuvo en la etapa de reparación desesperanzada, serán empeñosos pero pesimistas, rígidos y conformistas. Si se logró elaborar el duelo, los personajes incorporados serán receptivos, pacientes, contenedores, esperanzados y afectuosos.

b. Relación con la persona perdida

El tipo de relación que se estableció con la persona perdida decide en forma muy esencial el curso del proceso de duelo. Y en este sentido, hay dos variantes que influyen poderosamente: el grado de narcisismo y el grado de ambivalencia de la relación con quien hemos perdido.

El grado de narcisismo con que se eligió y se mantuvo la relación se refiere a cuán diferente de uno mismo se percibe al otro, y/o qué nivel de idealización se proyectaba en él. Veámoslos por separado:

Si, por una parte, perdemos a alguien con quien nos relacionamos sintiendo que es una prolongación de nosotros mismos, al irse nos desgarrará llevándose una porción nuestra, que nos pertenece. El dolor psíquico es insoportable y la agresión que se desencadena es extrema.

En condiciones normales, los hijos, la pareja, llevan inevitablemente un grado importante de vínculo narcisista, porque en tales relaciones íntimas es más fácil sentir al otro como parte de uno mismo y viceversa, y por la natural tendencia a idealizar a los hijos y a la pareja. Por eso son duelos tan difíciles. Las personas con trastornos de personalidad tienden a vincularse narcisísticamente con mucha facilidad y con gran intensidad, exponiéndose a permanentes duelos patológicos que los hacen ser tan inestables de ánimo.

Por otra parte, si el hijo perdido era además el portador de todos aquellos ideales frustrados que el padre nunca pudo realizar, se le agrega al duelo la angustiante carga de perder un ideal, una ilusión. De la desilusión emerge el vacío y el sin sentido.

En cuanto al grado de ambivalencia con que nos hemos relacionados con aquel que perdimos, se trata de un hecho psíquico difícil de aceptar, a pesar de que lo vivimos a diario. Todas nuestras relaciones, hasta las más cercanas y queridas, son una mezcla de amor y odio. A todas subyace esta ambivalencia de sentimientos, que proviene de la forma como se estructura nuestra mente desde sus

orígenes. Está relacionada con la inevitable frustración que despierta agresión, ira y odio (muchas veces en forma inconsciente), aun en la relación más querida y carente de conflictos. Mientras más amamos a alguien más esperamos de él y, por lo tanto, más nos frustra.

Sin embargo, el grado de ambivalencia varía, y mientras más integrado y más maduro sea el vínculo, menor ambivalencia tendrá, el amor sostendrá el odio y lo sobrepasará.

Esta ambivalencia siempre se pone a prueba. De hecho, necesitamos ponerla a prueba para comprobar que en la relación predomina el amor y, en ese sentido, nos refuerza el vínculo. La relación sexual, interacción con el cuerpo donde se dan cita la agresión y el amor, cumple entre otros este propósito para la pareja. Pero también la ambivalencia se pone a prueba involuntariamente en momentos difíciles. Y el duelo es el peor de todos. En él se desencadena esta alternancia de sentimientos, que es una de las variables que más perturba el proceso de duelo. El odio se proyecta sobre el ser querido, aumentan la culpa desesperanzadora y la persecución. Parte de este odio se vuelca contra el sujeto mismo y genera conductas autodestructivas, sentimientos de minusvalía, autoexigencias agobiantes y autodescalificación.

2. Condicionantes del mundo externo

La forma en que aconteció la pérdida en la situación real del mundo externo, tiene importantes repercusiones en la evolución del duelo. Desarrollaré a continuación las más importantes de esas condiciones externas en el proceso de duelo.

a. ¿Fue una muerte esperada, anunciada, inesperada, sorpresiva?

La muerte de un familiar anciano con serias limitaciones en su salud física y psíquica es una pérdida esperada.

La muerte de un ser querido al que se le diagnosticó cáncer incurable hace un tiempo es una pérdida anunciada.

La muerte de un hijo que se alistó en las filas del bando oficial que se enfrentaba a sus contrarios con una lógica de enemigos, es una muerte inesperada. Lo mismo puede decirse de un militante del bando de la insurgencia que enfrentaba con la misma lógica al régimen oficial.

La muerte de un ser querido sin militancia en grupos armados, a

manos de la contrainsurgencia, es una muerte sorpresiva.

Mientras más abrupta e inesperada es la pérdida, mayor será la reacción regresiva de la mente. La mente se inunda de angustia que no ha podido ligarse a ningún significado, ya que no ha habido tiempo. Esta angustia invade, provocando un estado traumático que hace regresar a estados primitivos muy persecutorios. La persona se conectará intensamente con los primeros estados mentales primitivos, cuando las pérdidas generaban un nivel de frustración, rabia, odio y angustia que teñían el mundo de persecución.

Si es posible ir dosificando la pérdida en forma paulatina y progresiva, como sucede con la muerte de los padres o abuelos al final de sus vidas, ella no genera el estado ansioso traumático de la pérdida sorpresiva. Por lo tanto, no se cae abruptamente en el mundo persecutorio descrito. La mente no regresa a etapas tan primitivas de funcionamiento, con lo cual puede echar mano a recursos más elaborados. Se contacta con personajes internos que son capaces de ir tolerando el dolor y la frustración.

En otras palabras, mientras más sorpresiva e inesperada es la muerte de un ser querido, más persecución, agresión y destrucción mental se desencadena, con lo cual más difícil se hace el duelo. Mientras más esperada sea dicha muerte, hay más dolor, culpa reparadora y preocupación, sentimientos que hacen más factible la tarea de reparar lo destruido y finalizar, así, el duelo.

b. ¿Fue una muerte evitable o inevitable? ¿Fruto del azar o de un descuido? ¿Consecuencia de las propias acciones, o del odio y la violencia de terceros?

Un padre maneja a alta velocidad. Al tomar una curva por adelantar a otro vehículo, vuelca. Muere uno de sus hijos. Este duelo va a ser tremendamente difícil, desgarrador.

Como dijimos, cada vez que enfrentamos una pérdida se reactivan los duelos del pasado, que siempre nos señalan que, independientemente de las circunstancias externas, nosotros fuimos agresivos y, por lo tanto, contribuimos al daño, a la destrucción. Esta persecución se reactiva si se ve confirmada por la realidad; en este ejemplo, el descuido, la agresión implícita en el manejar imprudentemente.

Este proceso de querer delimitar cuánto hemos cooperado con el daño a otro también surge cuando es uno mismo el dañado, la víctima

de la agresión. Bruno Bettelheim, psicoanalista judío sobreviviente de los campos de concentración, en su libro *Sobrevivir. El holocausto una generación después* (1973), señala lo importante que es para el sobreviviente "comprender el por qué de lo que nos sucede incluyendo en esto el ver qué es lo que hay en uno mismo y que, sin que uno lo sepa y en contra de su voluntad consciente, ha cooperado en cierta medida con el destructor". Si no se hace tal procesamiento, corremos el riesgo de culparnos más severamente aún, buscar castigo para expiar dicha culpa, y usar al victimario para que lo ejecute. Así podemos "favorecer las condiciones que inconscientemente le facilitan las cosas al destructor".

Siempre que somos afectados por una pérdida, evaluamos cuán responsables hemos sido de que tal evento aconteciera. Incluso en situaciones que son puramente accidentales, el familiar se atormenta pensando alternativas a veces hasta absurdas: "Y si le hubiera dicho que no saliera hoy, no lo habrían asaltado". "Y si hubiera ido a casa de esa amiga nos habríamos encontrado y, por lo tanto, no habría salido a buscarme, y no habría tenido ese accidente". "Si no le hubiera exigido tanto que nos cambiáramos de casa, no habría vivido con tanta tensión y no se habría infartado".

Sin embargo, aunque siempre tendemos a culparnos, mientras más alejado está de nuestra propia responsabilidad el accidente ocurrido, más fácil es dejar de atormentarse persecutoriamente y continuar el duelo. Mientras más real es nuestro descuido e indolencia, más nos confirma nuestra participación agresiva, y más nos conecta con la persecución y la culpa persecutoria.

Entre ambos extremos hay un rango intermedio, en el que es muy difícil precisar el grado de descuido que hubo de parte nuestra. "Nunca debí presentarle a esos amigos, que yo sabía eran extremistas". "Nunca debí llevarlo a las reuniones del partido". "Nunca debí alentarlo en la vía violenta". "¿Por qué no lo saqué del país?" "Debí oponerme a que hiciera el servicio militar".

Por supuesto que estas reacciones están relacionadas con los condicionamientos internos. Mientras más omnipotentes sean los personajes del mundo interno del deudo, más persecución experimentará, ya que no puede aceptar la existencia de muchas variables que no estuvieron bajo su control.

Por todo lo anterior, para el familiar doliente es profundamente necesario conocer con detalles cómo aconteció todo aquello que llevó a su deudo a la muerte. Es el conocimiento de todas las circunstancias

que contribuyeron a acercarlo o a precipitarlo a la muerte, lo que le permitirá reparar en su mente lo que inevitablemente vivirá como descuido. Este sentimiento de descuido proviene de la culpa que se gatilla en la separación y que surge de experiencias infantiles que no están bajo nuestro control. Si el familiar sobreviviente no puede revisar los acontecimientos, se ve incapaz de reparar el daño que evoca el proceso mismo de destrucción y muerte. Esto es difícil cuando se trata de una enfermedad, de un accidente; y se hace peor aún si ni siquiera sabe dónde, cuándo y cómo sucedió el daño, como en el caso de desaparecimiento.

Lo que hay detrás del deseo de justicia es la necesidad de precisar y delimitar responsabilidades, las propias y las del victimario. La justicia bien llevada a cabo, a través de procedimientos claros y ecuánimes que conduzcan a un veredicto cercano a la verdad de los hechos y con los atenuantes del caso si los hubiere, disminuye el odio y el clima de persecución en el afectado y le facilita el camino a un duelo normal.

c. ¿Qué grado de dolor y desesperación sufrió el ser querido antes de morir?

Son éstas preguntas que no podemos dejar de hacernos cuando muere un ser querido. El dolor psíquico y físico que implica dejar de vivir, como la desesperación de enfrentarse a la evidencia de morir, nos aterran.

Nos angustia y nos llena de culpa persecutoria pensar que no pudimos disminuir el dolor y/o acompañar a la víctima en su desesperación. El no saber en qué condiciones, cómo, dónde, cuándo, con quién, qué provocó su muerte, cómo fue la agonía, nos inunda de culpa persecutoria. Por más atroces que hayan sido sus últimas horas, el saberlo permite a nuestra mente trabajar, tramitar, enfrentar, sin importar lo difícil y doloroso que sea el proceso. Si no tenemos acceso a esa información, se transforma en un fantasma que perpetúa la culpa persecutoria y nos detiene en la depresión.

La muerte tranquila, esperada, asumida, con un dolor psíquico y físico manejable y tolerable por la capacidad del que padece y por la ayuda de quien lo acompaña, facilitan el proceso de duelo. En ese acompañar se ha tenido ya una vivencia de reparación, la cual disminuye la amenaza de culpas persecutorias y da acceso a la tristeza, preocupación y reparación, que conducen a la terminación del duelo.

Entre estos dos extremos hay una gradiente de alternativas que se caracterizan, de un lado, por los componentes persecutorios que despierta en nosotros todo lo que nos hizo imaginar sufrimiento y desesperación que no pudimos aliviar; y del otro, por los componentes reparatorios que nos llevan a pensar en el alivio y compañía que pudimos otorgar.

d. ¿Qué aspectos concretos quedan representando al que fallece?

Los eventos muy dolorosos reactivan formas de funcionamiento mental que son las propias de un niño, de un bebé. La muerte de un ser querido es uno de estos eventos.

El lactante, cuando pierde a su madre en el destete, la reemplaza por un pañal, por un chupete, por un peluche, por un muñeco. Son objetos concretos que representan a su madre. A medida que crece, será capaz de incorporar a su madre en su mente; y cuando no esté, de recordarla. Pero antes de llegar a ese nivel de maduración ha necesitado objetos concretos, sensoriales, que la representen. Un pañal que sea como la suavidad de sus vestidos, de su piel; un chupete que sea como el pezón que lo alimenta, un peluche que tenga la forma de un ser vivo y no se separe de él.

El deudo, desesperado por el dolor de la ausencia de su ser querido, busca recrearlo, reemplazarlo. Si la ansiedad es insoportable, puede incluso alucinarlo, esto es, verlo, escucharlo, sentir su piel. Pero, en general, debe tener objetos concretos que lo representen. No le basta con la imagen y recuerdos que guarda en su mente. Eso le es suficiente sólo una vez que ha concluido el duelo. Antes, necesita objetos que se vean, se palpen y se sientan.

El más importante de éstos es el cuerpo. El deudo requiere pasar un tiempo cerca del cuerpo de su ser querido, retener ese objeto concreto que es el que más lo representa. Después necesita saber dónde quedó. Lo visitará, lo atenderá. Poco a poco irá aceptando que él o ella ya no está en ese cuerpo. Pero ello requiere tiempo. La presencia del cuerpo, de ese objeto, le permite hacer el proceso en forma paulatina, sin inundarse de esa angustia persecutoria que, hemos visto, lleva a la dinámica de agresión, temor, destrucción, autodestrucción y, en definitiva, depresión.

Pero la ausencia del cuerpo no sólo afecta porque no permite ese contacto físico transitorio, sino también porque el no saber dónde quedó el cuerpo, qué pasó con él, abre otros fantasmas para la mente: por rotundas que sean las evidencias que indiquen que el ser querido

dejó de existir, la parte más primitiva de nuestro funcionamiento mental, la que determina el curso de nuestros afectos, requiere de una constatación directa. El otro no está muerto mientras el familiar no lo vea así en su mente. Mientras no ve y no toca el cuerpo sin vida, no tiene certeza de que el otro ha muerto. A todas las complicaciones que hemos descrito sobre el duelo, le añadimos una más: la incertidumbre respecto a la muerte del familiar.

En esa ausencia de certeza, el hecho inevitable de imaginar que el familiar ha muerto llena al deudo de ánimo persecutorio. Porque si existe una posibilidad de que esté vivo (y siempre es posible, aunque no sea probable), entonces confirma su odio y deseo criminal contra ese ser querido, situación derivada de la inevitable ambivalencia amor-odio que hemos explicado. Persecución interna, odio, temores y agresión encallan el proceso de duelo y lo llevan por el camino del duelo patológico, de la depresión. La película documental de Silvio Caiozzi, *Fernando ha vuelto,* muestra de una manera viva y emocionante la importancia de encontrar el cadáver de un familiar detenido-desaparecido para completar el duelo. Escenas dramáticas que muestran cómo se intenta restituir la verdad brutal de lo que pasó, el encuentro con los restos óseos de la víctima, la búsqueda de contacto físico concreto, nos muestran estas necesidades psíquicas profundas, primitivas, que la mente debe satisfacer para elaborar el duelo.

John Bowlby, uno de los autores contemporáneos que más han aportado a la comprensión de la necesidad de "apego" del ser humano (como de los mamíferos) y al proceso de duelo que se desencadena ante la pérdida del ser querido, estableció —basándose en la observación del proceso en un grupo de viudos y viudas— cuatro fases normales del duelo: i) Fase de embotamiento de la sensibilidad, que dura desde algunas horas hasta una semana. ii) Fase de anhelo y búsqueda de la figura perdida, que dura algunos meses, y a veces, años. iii) Fase de desorganización y desesperanza. iv) Fase de mayor o menor grado de reorganización.

En la segunda fase, se piensa intensamente en la persona perdida, en la persona perdida, y se desarrolla una actitud perceptual para con esa persona, a saber, una disposición a prestar atención a cualquier estímulo que sugiera su presencia, al tiempo que se dejan otros de lado. Se dirige la atención y se exploran los lugares del medio en los que exista la posibilidad de que esa persona se encuentre, y es habitual que se llame a la persona perdida (Bowlby 1980). Para Bowlby, esta búsqueda es automática e instintiva frente a toda separación, porque "nuestra condición instintiva se hace de tal

condición que todas las pérdidas se consideran recuperables y se responde a ellas en consecuencia" (Ibíd.)

El carecer de evidencias que ayuden a aceptar la muerte de ese ser querido, puede prolongar esta fase de forma tal que la persona nunca pueda completar el duelo, quedando atrapada en la depresión como una forma de reclamo agresivo hacia quienes no quieren devolverle a su familiar, que, para sectores importantes de su mente, sería recuperable (Bowlby 1983).

e. ¿Qué sentido y qué reconocimiento histórico, social o trascendente, esto es, qué proyección en el tiempo tiene la muerte de ese ser querido?

Tanto el grupo familiar como el comunitario, institucional y social, juegan un rol importante en la elaboración del duelo.

El reconocimiento de la muerte de esa persona por parte del grupo que la rodea, de la sociedad, de los involucrados en el crimen, en un proceso que ayude a constatar el desgraciado hecho, puede llegar a sustituir parcialmente la necesidad de ver el cadáver. Pero se requiere de un reconocimiento auténtico y masivo.

Frente a las preguntas cargadas de culpa que se plantea el deudo, la búsqueda de un sentido histórico, social o trascendente disminuye las ansiedades persecutorias y facilita el proceso.

El sentido histórico social puede ser testimonial, de denuncia. Sin embargo, esto requiere justicia, de tal forma que, a través de la sanción punitiva, quede socialmente claro que la muerte del ser querido no fue un accidente. El hecho mismo de la violencia de su muerte puede constituir un sentido de denuncia al atropello y a la injusticia. Pero ello requiere un concierto social que lo avale, sancionando al culpable. Como veremos al estudiar la psicología de los grupos, la sociedad no tiene otro recurso para dejar en claro a todos sus miembros que un comportamiento es inaceptable, sino la sentencia penal. Ello significa que debe castigar adecuadamente el crimen. No por venganza, sino por sentido de responsabilidad social.

Es de enorme ayuda en el proceso de duelo la fe en el sentido trascendente de la acción del hombre. No un acto infantil que busca dar un significado automático al hecho para no hacer el duelo —algo así como "estaba de Dios"—, sino una búsqueda de sentido en una exploración que pasa por la realidad concreta en que suceden los hechos, con la incertidumbre propia de una búsqueda veraz y con el

trabajo comprometido en la fe que tal discernimiento requiere.

Tal acto de fe contribuye no sólo a disminuir la culpa que proviene de la responsabilidad omnipotente, puesto que entrega parte de ella a un otro ser, a Dios. También ayuda al proceso de reparación, porque otorga esperanza y certeza de un sentido final y trascendente.

C. Duelo en el agresor

El agresor, ¿también requiere hacer el duelo?

Sí. El agresor ha destruido un otro hacia quien puede tener distintos sentimientos, pero en relación al cual inevitablemente se mueve en el espectro del amor-odio. Y por más odio que experimente por ese otro, la ambivalencia de nuestra constitución psíquica lo llevará a que también sienta amor. Lo que atormenta al agresor, aunque mate por odio, por venganza o por defensa propia, es que en una parte de su mente también siente amor por aquel a quien agredió.

Dada esta aparentemente paradójica situación, el agresor no estará en paz sino hasta que repare en su mente a aquel ser destruido. Su situación es, de partida, más persecutoria que la del agredido; parte en peores condiciones a hacer el duelo, porque la realidad del hecho le potencia la creencia en su propia maldad, y en su mundo interno se siente plagado de personajes agresivos, llenos de odio, rencor y venganza. Proyecta estos sentimientos en la víctima, quien pasa a ser la agresiva, la que se merecía ese fin, y cada vez se aleja más de comprender que hizo daño a alguien que también era bueno. Todo el mundo se va a transformando en vengador de su crimen. El agresor se aleja cada vez más de la posibilidad de reparar. Y el no poder reparar lo deja internamente perseguido, sus personajes malos lo incitan a conductas autodestructivas. Es un duelo tremendamente difícil de llevar a cabo. Sin embargo, no es imposible. Entendiendo los condicionantes que determinan la evolución del duelo en el agresor, tal vez veamos una salida para éste.

1. Condicionantes del mundo interno

Al igual que en el agredido, el curso del duelo en el agresor va a depender del desenlace y la elaboración que han tenido sus duelos anteriores. Es la calidad de los personajes internos que fue incorporando a lo largo de su vida la que, en un momento tan difícil como el de haber sido violentamente destructivo, lo van a ayudar a salir del círculo vicioso de la persecución y el odio.

La bondad y comprensión de sus personajes internos buenos lo

conducirán a la dolorosa toma de conciencia de que ese otro también era amado, también era bueno. Deberá transitar por un período de culpa atormentadora que, poco a poco, lo puede conducir a reparar el daño hecho.

La maldad y el odio que destilan los personajes malos que arrastra en su historia, lo conducirán al ya descrito círculo vicioso de persecución, odio y violencia.

También influye en el desenlace del duelo del agresor el tipo de relación establecida con la víctima. Y acá también están presentes las dos variantes que describimos para el agredido.

En primer lugar, tenemos el monto de narcisismo existente en la relación, pero esta vez vinculado a la sobrevaloración de sí mismo que tenga el agresor, que lo lleva a considerar siempre al otro como alguien despreciable, peligroso y sin derechos. La realización de la muerte de esta persona desencadena una persecución que requiere reforzar cada vez más el propio narcisismo. Desde esa omnipotencia, que defiende de la persecución y donde el otro muerto es más una amenaza que un desafío representado por aquello que se debe reparar, el duelo se hace casi imposible.

Por otra parte, incide en el desenlace del duelo del agresor el grado de ambivalencia que existe en su relación con la víctima. Para asesinar a alguien se requiere no sólo un predominio del odio, sino, además, que el amor y el odio estén muy separados, muy disociados.

Alguien puede sentir mucho odio por una persona, pero si ese odio está integrado, aunque sea en pequeñas dosis, con amor, no será muy destructivo para el agresor. En cambio, incluso en casos en que el odio no es tan alto, pero se acompaña de una falta severa de integración con el amor, esto es, allí donde amor y odio están drásticamente separados, en la mente del sujeto la persona odiada es otra que la amada. En consecuencia, cuando mata cree matar sólo a la persona odiada, sin advertir que ella también es la amada. El día en que se dé cuenta comenzará el infierno de la culpa, antesala del inicio del trabajo de duelo. Mejor dicho, el purgatorio, porque el infierno es el estado mental persecutorio en el que vive al mantener separados amor y odio. Al conectarse con la culpa persecutoria, puede tener acceso a ese doloroso trabajo que es la elaboración del duelo, abriéndose así una esperanza de reconciliación consigo mismo.

Por todo lo anterior, más que el odio en sí mismo, es el grado de ambivalencia el que decide el destino de ese trabajo de duelo.

2. Condicionantes del mundo externo

Al igual que en el caso del agredido, la forma en que se llevó a cabo el crimen en la realidad tiene importantes repercusiones en la evolución del duelo para el agresor. A continuación nos detendremos a analizar cada uno de estos condicionantes externos del proceso de duelo.

a. ¿Qué grado de sadismo ejerció el agresor sobre su víctima?

Los duelos que hace el lactante en sus primeros meses de vida están destinados a fracasar, porque su mente aún rudimentaria tiene muy separados el amor del odio, y; también porque las frustraciones por la ausencia de la madre generan una agresión vinculada a las únicas formas de relación que el bebé conoce para tramitar su rabia, todas las cuales tienen un fuerte componente sádico. Entendemos por sadismo todas aquellas conductas agresivas que, al ser descargadas sobre otro, nos otorgan placer: placer de venganza, placer de triunfo, entre otros.

Cuando se destruye una relación, un objeto o un otro, en la fantasía o en la realidad, el grado de sadismo con que lo hagamos nos retrotrae a aquellos estados mentales primitivos que hemos caracterizado por la persecución, el odio y la venganza.

A mayor sadismo y persecución por parte del victimario, tanto más difícil será para él acceder al estado mental de preocupación por el otro, que conduciría al arrepentimiento y, más tarde, a la reparación.

b. ¿Que grado de libertad tenía en los momentos que llevó a cabo la muerte?

En el proceso de duelo, en el momento en que se emerge del estado mental persecutorio inicial, al tomar contacto con el hecho de que se destruyó a quien también se ama, surge la pregunta sobre el grado de responsabilidad que el sujeto tuvo en esa destrucción: si el acto destructivo fue inevitable, si fue en defensa propia, si fue ordenado por superiores; si era imposible negarse a ejecutarlo, o si tal vez tenía la posibilidad de negarse, pero no lo hizo porque ello le habría acarreado problemas; si fue lo llevó a cabo por iniciativa propia, o por convicción de que era un mal menor; si fue enmarcado en una estrategia global de acción; si lo ejecutó por venganza o por el placer sádico del triunfo. Todas estas alternativas que acabo de mencionar condicionan el proceso de duelo. Las enumeré en orden

progresivo al grado de persecución que desencadenan. Las últimas sumergen en un clima mental de persecución de tal magnitud, que su superación requeriría un trabajo psíquico muy largo en el tiempo, muy exigente, que no siempre la mente es capaz de tolerar. Lo más trágico es que quien lleva a cabo la agresión destructiva con sadismo, habitualmente tiene una condición psicopática que lo hace inmune a la culpa consciente, pero que lo deja con tendencias autodestructivas, por la culpa persecutoria inconsciente. (Por ejemplo, el sargento Zúñiga en la película *Amnesia,* que comentamos en el capítulo V). El agresor sádico queda atrapado en el mundo paranoide y maníaco, y es de muy difícil recuperación.

c. ¿Qué nivel de persecución queda representando a la víctima en la realidad?

Como he señalado al estudiar los condicionantes externos del duelo, es la realidad la que reactiva los estados emocionales y afectivos que están en nuestra memoria. Una vez realizada la destrucción, la muerte, el crimen, la víctima queda representada por su institución, su grupo político, su grupo religioso, pero especialmente por sus familiares.

La reacción de intenso dolor y frustración en un primer estado mental de odio y persecución, lleva a los familiares a proyectar todo su aborrecimiento en el agresor, quien, por el papel que ha representado en la muerte de la víctima, es un blanco perfecto. Esta búsqueda de venganza intensifica la sensación de persecución en el agresor, quien se aleja cada vez más de reconocer su culpa y participación en el daño y, al contrario, se defiende atacando. Se mueve en la dinámica de ataque-fuga.

Más adelante, al referirme a la reconciliación, ahondaré más en esta dinámica para intentar mostrar lo compleja y, al mismo tiempo, lo desalentadora que es.

d. ¿Qué grado de justicia se ha podido llevar a cabo?

Puede resultar paradójico, pero el agresor queda en mejores condiciones para hacer el duelo cuando ha sido sometido a un adecuado proceso de justicia.

Si bien sus primeras reacciones sólo tenderán a aumentar su ánimo persecutorio, ocurre que el odio y la agresión hacia la víctima, el vivir un proceso de evaluación ajustado a derecho que precise su grado de responsabilidad, le abre la posibilidad de entender lo que ha

hecho y así no tener que vivir huyendo de esa parte de sí mismo. Podemos huir de muchas situaciones y amenazas de la realidad externa, pero de nuestros personajes internos, de nosotros mismos, nunca podremos evadirnos por completo, ni siquiera en la locura extrema.

En el agresor, el tener que asumir un veredicto social sobre su agresión delimita el fantasma de cuánta maldad hay en él; la circunscribe, le permite reconocerla, le da la oportunidad de cambiar, lo que finalmente le reportará tranquilidad y una sensación de bondad.

Sin embargo, la reacción a la justicia no siempre facilita el camino del duelo. Las posibilidades de que ello ocurra están muy relacionadas con la capacidad mental del agresor (sus condicionantes internos), con la manera en que se lleva a cabo la justicia, y con lo realmente justo que sean el veredicto y la sanción. El interjuego de estos dos factores —la capacidad mental del agresor y el procedimiento judicial— determina si se generará más persecución en él, o si se acerca a la etapa siguiente y se contacta con la culpa.

e. ¿Qué sentido histórico social o trascendente, esto es, que proyección en el tiempo, tiene el acto destructivo?

En la guerra se es héroe matando o muriendo por la patria. Sin embargo, el carácter de tal requiere el consenso de toda la nación. En el caso de lo vivido en Chile a partir de 1970, es difícil encontrar un sentido histórico a los crímenes perpetrados por ambos bandos —el terrorismo de izquierda o la contrainsurgencia militar—, porque no existe consenso respecto de la imperiosa necesidad de esos actos. Ayuda al proceso de duelo cuando los mártires son reconocidos como héroes. Lo mismo ocurre en relación con los héroes sobrevivientes, aunque hubieran tenido que matar. El reconocimiento social, el pasar a la historia, ayuda a elaborar el duelo por alguien que fue muerto o por alguien que mató.

También el victimario, en el caso de ser creyente, puede obtener alivio y comprensión, disminuir la persecución y acercarse así a la elaboración del duelo, si asume su responsabilidad en la destrucción, rescatándose en el amor infinito de Dios. En el marco omnicomprensivo divino, el victimario puede encontrar alivio a su culpa persecutoria, factor que favorece el proceso de duelo.

Hasta acá hemos podido apreciar cómo el proceso de duelo está condicionado por determinantes del mundo interno y del mundo

externo. A propósito de estos condicionamientos del duelo quiero detenerme en un punto que tiene gran relevancia práctica. En esta descripción de las condiciones de un proceso de duelo puede ir quedando la sensación de que, en la medida en que no se cumplan estos requisitos, el duelo se estanca y la persona cae en depresión. En la práctica, las cosas son mucho más complejas. La elaboración de un duelo nunca es completa, y ello por la imperfección de nuestra constitución humana, marcada por condicionantes internos —como la tendencia al narcisismo, a la ambivalencia y a la agresión— y externos —como la dificultad de hacer justicia, los poderes que se ven involucrados, los temores, la persecución—. En definitiva, por nuestra naturaleza limitada.

Muchas veces, en los procesos de duelo nos encontramos con situaciones en las cuales la víctima o el victimario no van a tener acceso a condiciones externas que les faciliten el duelo. Puede ocurrir que el cadáver nunca vaya a ser encontrado, que no se sepa jamás cómo acontecieron los hechos, que el verdadero culpable no confiese lo que hizo, que sea imposible imponerle un castigo, que no pueda hacerse verdadera justicia y, en algunos casos, que la sociedad no reconozca en su conjunto el sentido de esa muerte. El familiar afectado, la víctima, que se ve enfrentado a tales condiciones externas, ¿necesariamente terminará en una depresión? ¿Existe alguna posibilidad de que, a pesar de estos inconvenientes, se pueda elaborar el duelo?

Yo pienso que sí, y que ello dependerá de la capacidad mental del afectado, de sus condiciones internas; pero, además —y aquí surge el desafío para la sociedad y los grupos que rodean a víctimas y victimarios que han padecido tal pérdida—, de lo que hagamos tanto para contribuir a mejorar las condiciones del mundo interno del que sufre, como para aclarar en la medida de lo posible, apoyar y entregar lo que el doliente necesita desde las condiciones externas.

Para nuestro análisis nos importan, además de los condicionantes psíquicos internos, en forma especial la incidencia psíquica de los determinantes del mundo externo y, dentro de ellos, aquellos que surgen después de que se ha producido la muerte, después de haber acontecido la pérdida. Esto es importante, porque uno de los objetivos de esta proposición no es sólo lograr una comprensión intelectual de estos complejos procesos, sino, además, poder pensar estrategias que nos permitan conducir de la mejor manera un proceso de duelo nacional.

Como señalamos más arriba, entre los condicionantes externos

que inciden en el proceso de duelo del agredido, están el grado de información y conocimiento que tiene el familiar acerca de lo que le aconteció y llevó a la muerte a su ser querido. Otro elemento importante es el acceso que tenga el deudo al cuerpo de la víctima, lo cual le permite el penar, y le da la certeza de su fallecimiento. Y por último, está el ejercicio de la justicia, que ayuda a delimitar las culpas para poder asumir la pérdida y hacer un duelo normal.

Los condicionantes del mundo externo que influirán en el proceso de duelo del agresor también están vinculados al grado de justicia al cual sea sometido por la sociedad. Pero, además, a la relación que sostenga en el tiempo con aquellos que representan a la víctima por él inmolada. Me refiero, en este caso, a su relación con los familiares de la víctima.

En términos de las condiciones externas que deciden en gran medida el proceso de duelo, tanto en el agredido como en el agresor, surge como un elemento central la relación que se establece entre agresor y agredido a raíz del hecho desgraciado.

Agresor y agredido están unidos ahora por la víctima. Ambos tienen que hacer un doloroso duelo, ambos están sumergidos en un estado mental de persecución y odio; ambos, para poder resolver esta desafortunada y trágica circunstancia, necesitan salir de este estado mental y así tener acceso a la posibilidad de reparar lo destruido. Y para salir de este estado mental, se necesitan el uno al otro.

Estamos enfrentados con una trágica situación a la cual, a primera vista, no se le encuentra salida. Veremos a continuación si se trata de un drama trágico que termina inevitablemente en el desencuentro y el daño mutuo, o de un drama que, aun constituyendo un enorme desafío, se es enfrentado con realismo, lucidez y creatividad, puede tener algún grado de resolución.

Capítulo II Relación agredido-agresor

1. Dialéctica de su mutua necesidad para delimitar las culpas

El agredido necesita del agresor durante todo el proceso de desarrollo del duelo. La elaboración del duelo está vinculada a lo que pasa con el agresor.

En el período del duelo que transcurre en el estado mental persecutorio, el agredido requiere del agresor para proyectar el odio y las culpas persecutorias, proceso en el cual lo transforma en el causante de todo el daño, de todo el mal. Si la capacidad mental del agredido le permite contactarse con su culpa y surge una preocupación que se traduce en actitud de reparar al ser querido destruido, también el agresor representará un papel muy importante.

La reparación consiste en llevar a cabo todos los procedimientos mentales que revinculan con la persona perdida, pero en una relación donde va predominando el amor por sobre el odio,. En la reparación, este proceso debe llegar a dejar un otro en la mente cuya ausencia no despierta culpa por haberlo dañado, sino más bien gratitud y sentimiento de compañía. Este otro ausente en la realidad pasa a formar parte de uno mismo en el mundo interno. Es importante destacar que la sensación de estabilidad de esta reparación y de esta relación interna con aquel que se fue, está en directa proporción con el cuidado que esta vez podemos brindarle a ese ser querido que alojamos en nuestra mente.

El cuidado está relacionado, entre otras cosas, con la convicción de que nunca más se va a volver a repetir aquella agresión que llevó al proceso destructivo. Esto supone haber logrado alejar el peligro. Y el peligro yace en el agresor y todo lo que él representa.

Hay varias maneras de alejar un peligro. Puede hacerse aniquilando al sujeto peligroso, alternativa muy poco tranquilizadora, porque surgen inmediatamente las figuras vengativas. Se puede recurrir a interponer una barrera, una reja, una prisión, un castigo. Esta alternativa tampoco resulta favorable, ya que sólo se basa en la capacidad de mantener marginado al enemigo con una fuerza opuesta, la cual, en la medida en que se debilite, permite que el enemigo nos vuelva a amenazar. La alternativa que sí depara tranquilidad a la mente en su objetivo de cuidar a los personajes queridos, se sustenta en lograr el cambio psíquico en el otro, en el que agrede. Lograr en el otro la convicción de que nunca repetirá su agresión, es la mejor

protección que podemos brindarle al objeto querido en nuestra mente.

Ustedes pueden entender que éste es un proceso simbólico, porque el ser querido ya está muerto; sin embargo, en nuestra mente, él está al mismo tiempo representado en todos aquellos hermanos, hijos, padres, esposos, que en un futuro pudieran sufrir las mismas circunstancias que llevaron a la muerte a este familiar.

La primera justicia que pide el agredido tiene que ver con la fantasía de venganza. Posteriormente, con la fantasía de que sólo en la medida en que el otro sea aniquilado, o encerrado o deportado, se puede mantener a resguardo a quien representa al ser querido muerto. En un tercer paso, mucho más exigente y elaborado, el agredido puede pedir justicia, pero un tipo de justicia diferente a las anteriores, que posibilite al agresor el arrepentimiento. Este arrepentimiento es garantía del cambio que, en definitiva, protege y cuida a sus personajes internos queridos.

El agresor también necesita del agredido, del familiar de la víctima, porque la persecución en la que queda sumergido va a ser potenciada por la reacción de odio y de venganza por parte del agredido. Además, en la medida en que pudiera superar ese estado mental persecutorio y empezar a tener acceso a la conciencia de haber destruido a ese ser ahora representado en los familiares cercanos que sufren, se abre una posibilidad de iniciar el duelo. Sólo podrá tener la sensación de una reparación completa de ese otro a quien destruyó, en la medida en que sienta que existe alguna esperanza de aliviar en los familiares y seres queridos que representan a la víctima, el dolor y la persecución que su acto desencadenó.

Ambos, agredido y agresor, se necesitan el uno al otro, y se odian mutuamente. Son actores de un proceso dialéctico, en el sentido de que son opuestos pero su relación es dinámica, y el uno no existe sin el otro; entre ambos se crean, se informan, se conservan y se niegan recíprocamente; su relación es siempre cambiante, pero inevitable. Es importante insistir en que no me refiero a una interacción real y concreta, que no obstante también puede darse. Mi descripción se refiere fundamentalmente al mundo psíquico interno que transcurre tanto en el agredido como en el agresor.

Este es un proceso que puede caminar hacia la integración o hacia la desintegración, pero ni una ni otra son nunca completas. Cada integración crea una nueva oposición dialéctica y una nueva tensión dinámica, en un camino de aproximaciones sucesivas hacia el crecimiento, que puede ser cada vez más armónico, más sólido y más

hermoso. Cada desintegración crea una nueva oposición dialéctica y una nueva tensión dinámica, en un camino de divergencias sucesivas hacia el deterioro, que puede ser cada vez más caótico, más inestable y más horroroso.

En el tema que nos interesa, a medida que hemos descrito la interacción entre agredido y agresor, víctima y victimario, nos damos cuenta de cómo éste es un proceso en el cual uno influye en el proceso de duelo del otro. Ambos participan en una dialéctica que se puede desarrollar ya sea en círculos viciosos, que aumentan progresivamente la persecución y perturban el proceso de duelo; o bien en círculos virtuosos, que van recreando condiciones para una mayor elaboración de la pérdida.

¿De qué depende este pronóstico? Depende del estado mental desde el cual interactúen los componentes de esta díada.

Por esto, a continuación quisiera describir con un poco más de precisión cuáles son los estados mentales en los que se pueden encontrar el agredido y el agresor, las diferentes combinaciones interactivas posibles, y cómo esto incide en el proceso de elaboración del duelo. Los términos *paranoide*, *maníaco* y *neurótico* no tienen acá la connotación del lenguaje habitual. Denotan estados mentales con características propias definidas.

2. Estados mentales en los que interactúan agredido-agresor

Son cuatro los estados mentales en que pueden encontrarse tanto el agredido como el agresor, y desde los cuales interactúan, en sus variadas combinaciones. Tales estados son el paranoide, el maníaco, el neurótico y el maduro

a. Estado mental paranoide

En este estado mental predominan la persecución, el odio, la envidia, la destrucción y el temor. La realidad es percibida como atacante, y frente a ella no aparece otra alternativa que contraatacar o huir. En el sujeto la culpa es mínima, y para él la destrucción se debe a que los demás lo dañan y él se ve obligado a defenderse. Carece de todo concepto de justicia, y su criterio frente a la destrucción del otro es “la que me hiciste y dos más”. Es la ley de la venganza desproporcionada. Domina el más fuerte sin ninguna consideración con la situación del otro, sino más bien cogido por el deseo de actuar contra el que percibe como su enemigo, hasta aniquilarlo.

En este estado mental es habitual que surja la envidia primaria

frente a lo bueno del otro. La envidia primaria ataca y destruye lo bueno del otro, aunque quien la experimenta no pueda apropiarse de ello, sólo porque le resulta intolerable que otro tenga algo bueno que él no posee. Puede llegar a extenderse a un ataque indiscriminado a todo lo que sea bueno, incluso en sí mismo. La envidia secundaria, por su parte, se refiere al deseo de tener lo bueno del otro, despojándolo sin importar las consecuencias.

En este estado mental paranoide, la persona niega la necesidad que todos tenemos de que el otro exista para afirmar nuestra propia existencia. Tiene la fantasía omnipotente, a veces delirante, de que puede existir sin referencia a un otro. Está resignada a vivir en un mundo de persecución, del cual sólo es posible protegerse con una fuerza opuesta grandiosa, todopoderosa. Esta omnipotencia tiene un carácter desquiciado, llegando en algunos casos a ser francamente psicótica.

La persona que vive este estado mental no puede renunciar a la persona perdida, y los intentos que lleva a cabo no son de reparación de lo dañado, porque no reconoce tal realidad. Más bien, sus esfuerzos apuntan a conservar el objeto mismo perdido. Como si pudiera serle devuelto.

En estos casos no existe reconciliación, porque no hay vínculo. Al otro siempre hay que destruirlo. No ha habido nunca “concilio”, menos “re-conciliación”.

b. Estado mental maníaco

El término *manía* tiene acá la acepción de grandeza y omnipotencia. También es un estado mental persecutorio, pero los perseguidores están vinculados a la culpa de haber hecho daño y destruido. (En el estado mental paranoide no se reconoce haber dañado. Se es atacado exclusivamente por la maldad y la envidia del otro.) Esta culpa maníaca, sin embargo, es una culpa persecutoria, muy diferente a la culpa que promueve la reparación. Más bien, ella induce a escapar.

Para el sujeto que se encuentra en estado mental maníaco, la realidad es siempre atacante, pero en ella mantiene al otro bajo un control todopoderoso. Tiene la fantasía omnipotente de que puede extirpar el mal y, por lo tanto, prevenir su ocurrencia a futuro. En el caso del agredido, aplastando al agresor y, en ocasiones, aniquilándolo. En el caso del agresor, aplastando y aniquilando a quienes considera enemigos.

En este estado mental maníaco, el agredido puede comportarse omnipotentemente y minimizar el peligro que significa que en la realidad sigan presentes los agresores. O bien, puede minimizar la realidad, simplificarla, pensando que la mejor prevención del peligro es la aniquilación del agresor, cuando muchas veces lo único que logra con ello es multiplicar el riesgo.

Este estado mental puede llevar al agredido a una actitud de reparación superficial. Su tendencia es olvidar lo ocurrido, pensar que "no es para tanto", buscar racionalizaciones y explicaciones que tranquilicen las culpas, o pensar que un acto de venganza resuelve el problema. Con todo ello, evita enfrentar a fondo el conflicto que significa la muerte del ser querido.

En el caso del agresor, su actitud de omnipotencia y de negación se traduce en minimizar las consecuencias de los actos destructivos, realizar gestos de reparación superficiales y carentes de consideración por el sufrimiento del agredido, e intentar mantener el control de la situación a cualquier precio, por la vía de la violencia y el autoritarismo. En esta situación, los únicos móviles son el triunfo sobre los demás y el desprecio de su condición.

En el escenario maníaco, ambos, agredido y agresor, viven en la desesperanza. Pueden intercalarse escasos momentos de arreglos mágicos que los exaltan y les dejan la sensación de que se ha terminado el duelo, pero dicho clima de excitación es pasajero y luego caen nuevamente en la desesperanza.

Como en el estado mental paranoide, no se puede renunciar a la persona perdida; sin embargo, a diferencia de tal estado, en el maníaco el sujeto agredido sabe que esa persona no le puede ser devuelta. La culpa persecutoria le hace insoportable tal dolor, y ello lo lleva a negar la pérdida, a sustituir lo perdido con las más diversas maniobras de defensa psíquica. Todas, muy primitivas. Su fantasía apunta permanentemente a sentirse independiente, a imaginar que nada lo afecta, que no necesita de nadie ni de nada. Esto contrasta con la necesidad de aprobación de parte de los demás, ya que al no tener un concepto de su propia valía, son los otros los que le devuelven reflejado, como en un espejo, su valor.

Para el maníaco, cuando es el agredido, la justicia se reduce a la ley del talión: "ojo por ojo, diente por diente". No aspira a que el otro entienda lo que hizo, para que de esa manera pueda cambiar y surja así la posibilidad de construir una realidad mejor. La desesperanza lo tiñe todo. Pero, a diferencia del caso anterior, no niega la existencia

del otro, aunque acepta su necesidad sólo porque le refleja cuánto vale o porque le sirve para descargar el odio y proyectar la culpa. Lo que no se acepta es su dependencia de ese otro. La dependencia está negada y, por lo tanto, también el sentimiento de ambivalencia. El amor y el odio están absolutamente escindidos, divididos. Puede haber envidia primaria que ataca lo bueno del otro porque sí, pero en este estado mental más bien abunda la envidia secundaria, muy ligada a la voracidad: un deseo permanente de apropiarse de lo bueno del otro sin consideración, como si el otro no tuviera necesidades y a él todo le perteneciera.

Este estado mental no hace posible la reconciliación. En él se ha perdido la confianza, la fe y la esperanza en que las cosas se puedan arreglar. A ello se suma que la intolerancia al dolor que genera la culpa persecutoria lleva al sujeto a una negación de la dependencia, cuando aceptarla es condición básica para resolver el conflicto con un otro.

c. Estado mental neurótico

En el estado mental neurótico, el agredido ha podido superar el clima persecutorio de odio y venganza. Se encuentra tomando contacto con la realidad del daño hecho al ser querido, y surge la preocupación y la necesidad de reparación. Sin embargo, si bien tiene esperanza en la posibilidad de arreglar lo dañado, no confía en sus capacidades propias para hacerlo. Cree que el arreglo sólo puede ser parcial, y renuncia a la culminación del acto reparatorio, que pasa por lograr un cambio psíquico en el agresor; un cambio que implica llevarlo a reconocer su culpa, al arrepentimiento y a la reparación. El agredido aspira sólo a la inmovilización, al castigo y represión del agresor. En definitiva, no cree poder producir en el agresor un cambio que le signifique a él la convicción de que su objeto querido queda con un grado mucho mayor de protección. Lo que es un objetivo exigente, pero necesario en una reparación completa.

En esta situación, lo único que resta por hacer, desde la perspectiva del agredido en estado mental neurótico, es recurrir a medidas punitivas como prevención. Acá la justicia no es "ojo por ojo, diente por diente", sino la prevención por medio del castigo que actúa como aprendizaje condicionado, o la reclusión. Es la ley de la correspondencia entre el delito y la pena. Esta ley de la correspondencia también se aplica al acto positivo. En el estado mental neurótico devolvemos cariño por cariño, amor por amor, al igual que odio por odio, en sus equivalencias respectivas. De lo que no somos capaces es devolver amor cuando se nos da odio. Usando un concepto de Alford, podríamos decir que el estado mental neurótico se mueve en el mundo de Eros. El estado mental maduro se mueve en el mundo de Cáritas. Como veremos en la segunda parte, sólo hay cambio psíquico y camino reconciliatorio en Cáritas.

La demanda de justicia persigue el castigo como método de aprendizaje condicionado, y las medidas punitivas y represivas para prevenir el desborde de la agresión del agresor. Además, reconoce que la única forma de significar para la sociedad que tal acto es delictual, es castigándolo.

En el estado mental neurótico, el sujeto reconoce la necesidad del otro para vivir, se reconoce y se realiza el vínculo, pero privando de libertad al otro, quien es considerado incapaz de establecer una relación mejor, porque no tendría acceso al cambio. También reconoce la pérdida y se concentra en ella de modo obsesivo, o generando un estado crónico de víctima que despierta compasión. Pero no elabora.

En este escenario, no hay reconciliación; hay, más bien, un acuerdo de convivencia, de fijar ciertas normas y restricciones mutuas para que no surja la agresión. Como no hay cambio mental, no se hace experiencia ni se obtiene el enriquecimiento mental que ella otorga.

En el caso del agresor, pudo salir del estado mental persecutorio y maníaco para llegar a contactarse con el horror de haber dañado y matado a alguien a quien, al mismo tiempo, ha amado. No tiene la desesperanza del estado mental maníaco, pero, al igual que el agredido, no cree que pueda ser capaz de llegar a reparar aquello que hizo. Siente que lo único que merece es el castigo y la privación de sus libertades; no cree que pueda llegar a lograr el perdón de la víctima, representada en sus familiares.

Muchas veces el agresor opta por recluirse, no hablar más del tema, vivir con un sentimiento de culpa que lo atormenta y, en

ocasiones, su existencia se tiñe de depresión. No cree en la reconciliación; más bien, está dispuesto a hacer un acuerdo de convivencia, fijar ciertas normas y restricciones que eviten el resurgimiento de la agresión. Tampoco hace experiencia y, en la medida en que vuelvan a surgir circunstancias que generen conflictos similares, esta persona no estará libre de repetir el acto destructivo del cual alcanzó a culparse, pero que no fue capaz de reparar.

d. Estado mental maduro

En el estado mental maduro, el agredido ha tomado conciencia de su propia participación en la destrucción del objeto querido; ha podido delimitar responsabilidades de los otros factores y personas que contribuyeron a su muerte; ha iniciado el doloroso proceso de reparación, instalando en su mente el recuerdo de una buena relación en la que predominan los sentimientos de amor por sobre los de odio; y ha sido capaz de iniciar un proceso que lleve al verdadero cambio a los agentes destructivos, para llegar a sentir que su objeto queda significativamente protegido de futuras destrucciones.

La dolorosa toma de conciencia de la propia participación y los esfuerzos emocionales para conducir a un verdadero arrepentimiento al agresor, son realizados en un ambiente de mucha confianza en sí mismo y en los demás, en un ambiente de mucha esperanza.

En este estado se reconoce la pérdida, el agredido no se paraliza en el pensamiento rumiativo masoquista ni en la búsqueda de conmiseración, como en el estado neurótico. Sabe que lo perdido no se reemplaza mágicamente, y va compartiendo con nuevas personas sentimientos como los vividos con quien se fue. De esta manera, no renuncia por completo a las vivencias pasadas compartidas. Sabe que la persona del presente y la persona perdida son distintas. Este conocimiento es tolerable, porque la nueva vivencia se siente inconscientemente conectada con la anterior, y de esa manera conserva la primera.

En el estado mental maduro se hace tolerable la idea de la propia muerte. De la misma manera que se llega a sentir que las vivencias propias con personas perdidas nunca se pierden del todo, es posible llegar a sentir que las vivencias de otros con uno mismo, y los símbolos que uno ha creado, quizás no se pierdan por completo después de la propia muerte (Ogden 1989).

La justicia no persigue el castigo como método de aprendizaje, sino el cambio psíquico del agresor; la toma de conciencia de que, al

llevarlo a hacer verdadera experiencia de aquello que hizo, no lo vuelva a repetir y despierte en él un deseo vehemente de reparación. Los métodos de represión y coerción sólo están al servicio de ese fin: el cambio auténtico.

En el estado mental maduro se reconoce que la realización propia se lleva a cabo en el vínculo, y que mientras más libertad tenga el otro, más rica y creativa será esta realización personal.

Desde esta actitud se hace posible la reconciliación, como un volver a unirse después de haber vivido una experiencia de odio, pero en la cual terminó sobreponiéndose el amor, experiencia que concluye con un fortalecimiento de los lazos afectivos. El camino, sus dificultades y vaivenes, como también el tiempo que tome la reconciliación, va a depender de la respuesta del agresor.

En el estado mental maduro, el agresor está agobiado por sentimientos de tristeza y penar, encontrándose auténticamente arrepentido por el daño que ha hecho. A la vez, ha delimitado su responsabilidad y la de los demás, lo que contribuye a disminuir su propia persecución y culpa. Luego de pasar por todo esto, está abocado a la tarea de reparar en su mundo interno a aquella persona muerta a causa de su acción. Acepta la justicia, ya que ella también lo ayuda a la discriminación de las culpas compartidas, a la reparación en el muerto y en los familiares que necesitan un procedimiento justo. Producto de su auténtico arrepentimiento, contribuye a la aclaración de los hechos, permitiendo al grupo social hacer experiencia para que nunca se repitan los actos que destruyeron a algunos de sus miembros.

Desde esta actitud de reparación surge una disposición a ayudar al agredido, al familiar de las víctimas. Ayudarlo especialmente con la información que necesite, para que él pueda también llevar a cabo su duelo.

El victimario reconoce que la realización de la propia existencia sólo se lleva a cabo en la medida en que no niegue ni destruya el vínculo con el otro. Y que va a lograr mayor experiencia psíquica, más enriquecimiento mental, en la medida en que logre una revinculación con la persona agredida, como también con quienes la representan, o sean ellos sus familiares u otros.

Así como para el agredido la reparación se completa en la medida en que el agresor lleva a cabo un cambio psíquico que le garantiza que aquello nunca más volverá a ocurrir la agresión, el agresor completa su reparación en la medida en que siente que puede garantizar al

agredido y a quienes lo representan, que aquello no volverá a repetirse. Esto implica un doloroso trabajo de aproximación al agredido para llegar a lograr en él el cambio psíquico necesario, esto es, que salga del estado mental persecutorio, maníaco o neurótico y llegue a creer en el arrepentimiento del agresor, alcanzando así un estado mental maduro.

Desde esta actitud reparadora madura por parte del agresor se hace posible la reconciliación, la que es un volver a unirse después de haber vivido una experiencia de odio en la cual termina predominando el amor; experiencia que, en definitiva, fortalece los lazos. Sin embargo, como lo señalábamos más arriba, esta reconciliación depende también de la reacción del agredido. Para poder entender mejor lo complejo de esta dinámica, en el próximo capítulo la ejemplificaré con un conflicto conyugal.

Agresor y agredido se pueden encontrar en cualquiera de estos estados mentales, lo cual depende de las capacidades psíquicas personales, y de los condicionantes internos y externos relacionados con el proceso de duelo.

En nuestro país, los distintos sectores involucrados en el conflicto que ha dividido a la sociedad desde comienzos de los años setenta, han dado por sentado que se debe buscar la reconciliación social. En el capítulo siguiente quisiera explorar qué significa esta afirmación, qué sentido tiene, y cuán difícil es su camino y su consecución en las relaciones individuales, para en la segunda parte del texto revisar dicha aspiración en la perspectiva social.

A continuación, ilustraré los conceptos vertidos en este capítulo con el análisis de una obra de cine. En el capítulo VII planteo la importancia del arte en la comprensión de fenómenos humanos de difícil acceso. En este caso, se trata de *La muerte y la doncella*, un film dirigido por Roman Polansky basado en la obra de teatro del mismo nombre del dramaturgo chileno Ariel Dorfman.

3. El duelo en “La muerte y la doncella”

En una casa solitaria a orillas del mar cerca de un acantilado, Pauli, una mujer alta y atractiva de aproximadamente 40 años, espera la llegada de Gerardo, su marido, mientras prepara la cena. Cuando ve acercarse un auto, apaga todas las luces, coge una pistola y se esconde. El ambiente es de temor, miedo y persecución. No es el auto de su marido, que ha sido recogido por otro hombre en el camino, tras haber quedado en pana de neumático.

Los dos hombres se despiden amablemente. Gerardo invita a pasar al desconocido, pero éste no acepta. Se presentan. Gerardo es abogado; el otro, un médico de apellido Miranda.

Pauli está molesta tras haber escuchado en la radio que Gerardo ha aceptado encabezar la comisión que se hará cargo de esclarecer los atropellos a los derechos humanos. Ella considera a esa comisión una traición, pues piensa que no hará justicia. Siente que la participación de su marido en ella es dignificar una traición. Para Gerardo, en cambio, la comisión es un paso que puede llevar a cambios posteriores en las normas y a acercarse progresivamente a una mayor justicia.

En la escena siguiente vuelve a acercarse un auto, lo que nuevamente genera el clima de persecución con que comienza la película. Es el médico, que trae la rueda de repuesto dejada por error en su vehículo. Esta vez Gerardo insiste en que pase, y el recién llegado acepta. En una conversación amable, el Dr. Miranda se muestra preocupado por lo que ocurrirá a las personas que atropellaron los derechos humanos. Su tono es cínico al mostrarse de acuerdo con la justicia e incluso promover venganza extrema frente a los culpables. Cuando Gerardo le dice que al menos van a publicar los nombres, él se muestra perturbado, y dice: “Por lo menos al final lo sabrán, y sus hijos lo sabrán y preguntarán: ‘¿Es verdad que hiciste esas atrocidades?’ Y enfrentarán a su propia carne”. Se muestra partidario de que los maten a todos.

En el transcurso de esta escena, la mujer, escondida en su dormitorio, ha escuchado el diálogo y ha reconocido la voz de quien fue el médico que la torturara. Descompuesta, sale de la casa y lleva el auto de Miranda y lo empuja por un acantilado próximo a su hogar.

Los dos hombres, solos en la casa, se divierten y emborrachan.

Hasta aquí podríamos decir que la película ha mostrado a tres personajes envueltos en un grave conflicto de agresión destructiva, que en este momento enfrentan en los siguientes estados mentales: Pauli se encuentra en un estado mental persecutorio, desde el cual todo es amenazante, obliga a protegerse, a estar escondida, a desconfiar de todo. Para ella, la justicia tiene que ser inmediata y con un cierto ingrediente de venganza. En el Dr. Miranda se percibe un estado mental maníaco, negador y cínico, como si él jamás hubiera participado en actos de violencia. Es capaz de actuar el papel de defensor de los derechos humanos y de proponer venganza hacia quienes fueron los torturadores y asesinos. Se siente omnipotente, cree que él lo controla todo, que no va a ser alcanzado por la justicia.

Gerardo, por su parte, muestra un estado mental es neurótico. Cree en los procedimientos tradicionales de la justicia, carece de la suficiente paranoia como para darse de que quien tiene al frente es el enemigo; su actitud es ingenua, se angustia frente al contacto que significa conocer realmente lo que pasó.

Tras arrojar el auto por el acantilado, Pauli vuelve a la casa. Encuentra al médico durmiendo en un sillón. Lo golpea con fuerza y lo ata a una silla. Lo trata con violencia, le grita y le va haciendo recordar todo lo que él le hizo. Ha traído del auto una cinta del cuarteto de cuerdas "La Muerte y la Doncella", de Schubert, y le propone a su prisionero que ahora escuchen esa música, la misma que él usaba mientras la violaba. Ella grita lo angustiante que ha sido para ella esa música, que antes amaba. Debía apagar la radio cada vez que la transmitía, debió deshacerse de la música de Schubert, y en una ocasión se vio obligada a huir de una cena en que la tocaron. "Salí huyendo", le dice. "Me enfermaba físicamente oírlo, pero es la hora de recuperar a Schubert". Pauli anuncia así la necesidad de un proceso que le permita volver a contactarse con los aspectos buenos de la vida y de sí misma. Un proceso que le permita salir del rencor, del odio, de la persecución, del temor y de la intranquilidad.

Gerardo, indeciso, insiste en que el procedimiento debe ser otro, apegado a la ley. Intenta ayudar al prisionero. Ella, poco a poco, le va mostrando que él no ha querido conocer nada de la realidad. Salen a conversar y le narra con detalle su experiencia, las torturas a que la sometieron:

Te dije que estaba vendada. Me tenían atada a una mesa boca arriba, excepto cuando decidieron ponerme boca abajo en un balde de mi propia mierda. Pero el primer día que vino el doctor eran amables. Tenían muchos cables —ya sabes, electrodos— puestos en mí, y una barra de metal como un pene dentro de mí. Cuando te dan golpes primero quema y luego tu cuerpo salta. Y duele cuando estás atado. Trataba de gritar más fuerte cuando dolía menos. Un truco, pero no funcionó. El doctor vino. Les dijo que era suficiente. Los hizo salir. Me inyectó, me sentí tibia, el dolor se había ido. Pensé que era como magia. Me limpió, puso algo en mis heridas. Me dijo que estaba a salvo y que pondría "La Muerte y La Doncella", si me gustaba Schubert. "Sí", dije emocionada y riendo, "adoro su música". Le agradecí. Le agradecí una y otra vez, y escuchamos juntos como una pareja. Como gente que le importa la gente. Y los primeros minutos no hizo nada. Luego oí que se movía. Sonó como el cinturón cayendo al suelo. Oí como sonaban las monedas en su bolsillo y el ruido de su ropa. De pronto estaba sobre mí, babeando ideas enfermas. Me

penetró. ¡Dios, cómo me dolió! Como fuego. Grité tan fuerte como con la electricidad, pero no paraba. No se detenía. Después cortó la música y se despidió. Me dijo: "Ningún hueso roto, ¿no es cierto, cariño?" Así es él de amable.

Gerardo, angustiado y atónito, le pregunta qué quiere ahora. Pauli, con lágrimas en los ojos y con rabia contenida, le responde: "Mi primer pensamiento fue violarlo, pero una mujer no viola. Pensé que tú lo harías. Te costaría; después de todo, necesitas algo de entusiasmo. Y pensé que podía usar una escoba, suficiente. Sé que es ridículo. Es ridículo, porque ninguna venganza me satisface. De eso se trata: poder y control crueles. Escucha, no quiero violarlo. No lo quiero muerto. Quiero que me hable. Quiero que me confiese todo lo que ha hecho, quiero grabarlo en video confesando todo lo que hizo; no sólo a mí, a todos".

En el estado mental de duelo de Pauli, de profundo dolor, ansiedad y persecución, siente que tiene que recorrer sus recuerdos y comunicar, comunicarle a Gerardo todo lo que le hicieron, ahora paso a paso. Siente que tiene la oportunidad, puesto que antes no había podido hacerlo, por falta de eco en Gerardo. Ahora el dique se ha desatado. Le cuenta todo. Pero, además, necesita la confesión de quien la torturó. Necesita saber que aquello que pasó, realmente aconteció; cómo pasó, quién lo hizo, por qué lo hizo, cómo lo hizo, cuándo lo hizo, con quiénes lo hizo. Aparece aquí la necesidad de delimitar las responsabilidades para poder salir de ese mundo de culpas persecutorias. Necesita aclarar lo que pasó en la realidad, por la amenaza a la pérdida del juicio, a la locura.

Convence finalmente a Gerardo que si el prisionero no hace una confesión que puedan grabar, está dispuesta a matarlo. Y en este dique que se ha abierto, también necesita resolver los daños que Gerardo le ha hecho. El director nos muestra cómo un duelo arrastra a otros duelos, un daño conecta con otros daños. Interroga a Gerardo acerca de la amante que él tenía cuando ella salió de la prisión y las torturas. Quiere recordarlo todo, necesita entenderlo todo. Gerardo, al contrario, le dice: "Moriremos de tanto pasado, hay mucho dolor". Reconoce ser un cobarde, le confiesa que no habría podido tolerar ni el primer día de torturas, habría confesado al primer golpe y la habría traicionado. Ella insiste en saber cuántas veces hizo el amor con la mujer que fue su amante, si estaba o no enamorado. Él declara su amor a Pauli; le dice, además, que antes de ella no amó a nadie, y le agradece haberle salvado la vida.

Miranda se decide a cooperar. Confiesa mientras lo graban en

video, pero no convence a nadie. Es como una actuación. Pauli, exasperada, llena de rabia, advierte que esto no la satisfará. Desesperada, lo lleva al borde del acantilado. Mientras, Gerardo, en su afán de no llevar las cosas a este límite de venganza, intenta hacer averiguaciones telefónicamente. Alguien lo informa que el médico se encontraba en Barcelona en la época de la detención de su esposa. Eufórico, corre a informárselo a Pauli, quien se encontraba con Miranda al borde del abismo. Pauli percibe que es una treta, que se trata de coartadas construidas por los servicios de inteligencia militar. Gerardo también lo sabe, pero quiere creer que es cierto. Pauli se muestra decidida. Le quita la venda de los ojos a Miranda. Éste, de rodillas, mira el abismo. Se angustia, y podemos tener la impresión de que toma contacto con su pequeñez: se acabaron las defensas maníacas, la mentira y la prepotencia. En ese momento se desarrolla la escena clave, el punto de quiebre de la obra.

Pauli se acerca, se agacha y se arrodilla frente a él, tomándole la cara con las dos manos. Él le rehuye la mirada, pero ella lo sostiene, lo mira a los ojos insistentemente y le dice "Míreme". Y mientras él la mira a los ojos, ella le dice: "¿No está bien claro para verme? ¿No me conoce? ¿No me dijo sus sucios pensamientos? ¿No me contó sus secretos". Por primera vez Pauli se dirige a él en un tono sereno, con una mirada entre tranquila y suplicante, sosteniéndole el rostro en un gesto de ternura, como si estuviera expresándole que lo necesita, y que necesita saber su pensamiento. Y se produce el cambio. Él le dice: "Sí". Pauli agrega: "¿No me violó?" Él, manteniendo su mirada en los ojos de ella, le dice: "Sí". Le pregunta Pauli: "¿Cuántas veces?"

En este momento, el médico comienza su confesión: "Muchas veces la violé, muchas veces, catorce veces, escuchaba música, sí, escuchaba música". La cara de él se transforma, su expresión tiene un matiz perverso, como si se hubiera remontado a esos momentos, como si se hubiera decidido a confesarlo todo con tal autenticidad, que la emoción del recuerdo le contamina la expresión facial.

Al comienzo fui bueno. Tomó semanas, fui fuerte. Luché duro. Nadie luchó tan duro. Fui el último. El último en tomarle el gusto. Nadie murió, lo juro, salvé a muchos. Y les alivié las cosas. Así comenzó. Así entré. Necesitaban médicos. Mi hermano estaba en la policía secreta y me dijo que necesitaban a alguien que viera que nadie muriera. Yo la lavé. Usted estaba sucia; me dijo "estoy sucia", y yo la lavé. Los otros me alentaron. "Vamos, doctor, no se negará a carne fresca, ¿cierto?" No podía pensar claro ahí adentro. Podía sentir que comenzaba a gustarme. Sacaron a la gente. Carne sobre la mesa. Bajo la luz fluorescente y usted no sabía. Personas tendidas totalmente

indefensas, y no tenía que ser gentil, no tenía que seducirlas.

Lo dice con tono fuerte, agresivo; aumenta su expresión perversa:

Me di cuenta de que ni siquiera debía cuidarla. Tenía todo el poder. Podía romper a cualquiera. Podía hacerles o hacerles decir lo que yo quisiera. Ya estaba perdido. Me empecé a poner curioso. Morbosa curiosidad. ¿Cuánto puede soportar esta mujer? ¿Qué le pasará a su vagina? ¿Se seca con el shock? ¿Puede tener orgasmos después? Me gustaba estar desnudo, me desvestía lentamente, dejaba caer mis pantalones como para que oyera lo que hacía. Me gustaba que supiera lo que yo haría. Estaba desnudo bajo la luz. Y usted no podía verme. No podía decirme qué hacer. Era mía. Todas eran mías. Me enamoré de eso. Podía dañarla o violarla y usted no podía decirme que no. Tenía que agradecerme. Me encantaba. Sentí que se acabara. Sentí mucho que se acabara.

Esta vez la confesión es absolutamente franca. Gerardo se desespera, toma a Miranda y lo quiere tirar al acantilado. Pero se encuentra incapaz de hacerlo, y así se lo comunica a Pauli. Ella se acerca tranquila, da unos pasos, se ubica detrás de su prisionero, y lentamente le va desatando las manos. Y una vez que termina, se da media vuelta y se va caminando pensativa, con una expresión mezcla de tranquilidad y honda tristeza.

Quisiera detenerme en esta penúltima escena, que nos muestra en forma tan emotiva el punto de quiebre, el cambio que conduce a que el conflicto se resuelva por un camino más constructivo que destructivo. Si Pauli hubiera lanzado a Miranda por el acantilado, la culpa persecutoria interna, y la realidad persecutoria, no la habrían dejado en paz. Ella lo sabía, se lo dijo a Gerardo: “No sé qué me puede satisfacer; no quiero violarlo, no quiero matarlo, quiero que confiese”. La confesión inauténtica no le sirvió de nada; al contrario, aumentó su ira. Es la confesión auténtica, en que él reconoce aquello que hizo hasta con la carga emocional del recuerdo, en que admite cómo fue construyendo su perversión, lo que despierta el perdón de Pauli.

Lo sorprendente es que Pauli logra esta confesión por la confluencia de dos factores psicológicos: la caída de la omnipotencia del médico cuando mira el abismo y se da cuenta de su propia insignificancia; y el acercamiento cálido, humano, casi tierno y suplicante en que Pauli le da a entender cuánto lo necesita, y de alguna manera le pide que la ayude a salir del infierno de odio en que se encuentra.

Agredido y agresor se necesitan mutuamente. El agresor necesita al agredido para que lo acuse hasta llevarlo al límite de la toma de conciencia de su insignificancia, de su debilidad, de su limitación, de la pérdida de su omnipotencia. El agredido —en este caso, la mujer— necesita que el agresor le confiese aquello que hizo, le restablezca el juicio de realidad, le disminuya la culpa persecutoria, le permita saber cuánto ella fue víctima de la agresión de otros y cuánto de sí misma. Y ello de tal manera que "la pesadilla de cuando me llevaban y no grité, no pedí auxilio, que me vuelve en sueños una y otra vez" no siga perturbándola, porque ha podido delimitar cuánto hubo de propia culpa su autodestrucción.

La última escena de la película nos muestra un cuarteto de cuerdas que interpreta "La Muerte y la Doncella" de Schubert, en un pequeño teatro. Pauli está en la platea, junto a Gerardo. Miranda, en un balcón con su mujer y sus hijos. Se miran como habiendo comprendido lo que pasó. Miranda acaricia la cabeza de su hijo, como si hubiera podido también resolver la persecución que lo atormentaba. "Al final lo sabrán, y sus hijos lo sabrán y preguntarán: '¿Es verdad que hiciste esas atrocidades?' Y enfrentarán a su propia carne". Después de acariciar la cabeza de su hijo, la vuelve a mirar. Gerardo también lo mira. La expresión de la mirada de Gerardo y de Pauli tiene algo de querer olvidar, pero es un olvido que no les impide escuchar "La Muerte y la Doncella".

Capítulo III La reconciliación

1. Necesidad y significado de la reconciliación

¿Por qué se hace necesaria la reconciliación? ¿Por qué buscan la reconciliación dos personas que han vivido un conflicto? La reconciliación es la consecuencia de haber llevado a cabo un proceso de elaboración del conflicto vivido. En relación con el tema que estamos tratando, es la elaboración de un conflicto en el que ha habido daño, destrucción y muerte. Este conflicto requiere de un duelo. En la medida en que se hace el trabajo de duelo reparatorio, en la etapa final emerge la reconciliación. En este sentido, la reconciliación es más una consecuencia que una causa. No porque las personas se reconcilien se van a resolver los conflictos generados por el odio desatado. Más bien, es porque se elaboró el odio que inundó la mente a raíz de la situación de separación y pérdida, que va a surgir la reconciliación.

¿Por qué un duelo elaborado conduce necesariamente a la reconciliación? Porque ambos, tanto agresor como agredido, necesitan del otro para llevar a cabo el proceso de elaboración del duelo, y es en el vínculo con el otro y en relación con lo que ese otro representa en la mente de cada cual, que culmina el proceso de duelo. El agredido, en la medida en que logre el cambio psíquico en el agresor, va a sentir el proceso de duelo terminado. Pero lograr el cambio psíquico en el agresor significa haber logrado su arrepentimiento. Haber internalizado a un agresor arrepentido abre la posibilidad de conciliarse con él, esto es, de reconciliarse.

El agresor también necesita del agredido para completar su trabajo de duelo, y es en la medida en que es capaz de internalizar al otro destruido o muerto (o a los familiares que lo representan) como algo reparado, que puede dar por terminado el duelo. Internalizar en su mente al otro reparado equivale a reconciliarse con él; dejó así de ser un objeto persecutorio y se transforma en un objeto de amor.

2. Condiciones psíquicas para lograr la reconciliación

A medida que hemos ido describiendo el proceso de duelo, nos hemos ido dando cuenta de que los distintos estados mentales por los que pasa este duelo, son producto de condicionantes tanto internos como externos, en los cuales juega un rol fundamental la actitud de la contraparte; es decir, para el agredido la actitud del agresor y para el agresor la actitud del agredido.

A continuación revisaremos las diferentes interacciones que se pueden producir dependiendo de los estados mentales en que se encuentran el agresor y el agredido. Veremos cómo tales estados facilitan o perturban el proceso de duelo y, por ende, el de reconciliación.

Podemos hacer un cuadro en el que en uno de los ejes están los cuatro estados mentales en que puede estar el agresor, y en el otro los cuatro estados mentales en que puede estar el agredido (Figura 1).

Figura 1

AGREDIDO ⇒ / AGRESOR ⇓	Paranoide	Maníaco	Neurótico	Maduro
Paranoide				
Maníaco				
Neurótico				
Maduro				

Tiempo

Podríamos suponer que el rectángulo está atravesado diagonalmente por una línea que parte en su extremo superior y termina en un extremo inferior. Esta línea representa el paso del tiempo, en meses o en años. Mientras menos tiempo ha transcurrido, lo más probable es que las reacciones sean en niveles paranoides; más tarde, en niveles maníacos, luego en niveles neuróticos, para llegar a lograr el nivel maduro. Todo esto, siempre y cuando en una de las contrapartes no se produzca una detención y se genere un círculo vicioso que lleve al estancamiento o a regresar a etapas anteriores.

Lo que arroja este simplificado esquema de un proceso de reconciliación entre dos personas individuales que han vivido un serio conflicto con daño y agresión, es que la reconciliación no es posible mientras no se alcance el estado mental maduro.

A estas alturas, es importante aclarar algo que puede prestarse a confusión: la reconciliación puede ser vista como la resolución de un proceso de duelo entre dos personas en el mundo externo, y también como la resolución de un proceso de duelo al interior de un individuo. En el caso que estamos desarrollando, puede haber reconciliación del agredido con el agresor, a pesar de que el agresor no pueda reconciliarse con el agredido. Del mismo modo, puede haber reconciliación por parte del agresor hacia el agredido, a pesar de que el agredido no quiera reconciliarse.

Usamos el término reconciliación para referirnos a un encuentro que se da en ambos participantes del conflicto. Sin embargo, como acabo de señalar, desde el punto de vista psíquico puede haber reconciliación por parte de un miembro de esta díada independientemente del otro. Y ello porque el encuentro entre ambos se produce en la mente del agresor o del agredido. Un familiar de detenido desaparecido puede reconciliarse con el victimario, a pesar de que éste nunca haya dado la cara, y ni siquiera haya pedido perdón. El asesino puede reconciliarse con la víctima, aunque ya esté muerta, y con sus familiares aunque éstos rechacen todo tipo de relación. Por supuesto, como dejamos claro cuando revisamos los condicionantes externos en el pronóstico de un duelo, la no participación de la contraparte va planteando exigencias crecientes que a veces pueden llegar a hacer de la tarea del duelo casi un imposible.

Como decía antes, lo que posibilita la reconciliación es el acceso al nivel maduro de funcionamiento mental.

En la convivencia diaria, no basta con la reconciliación personal en el mundo interno propio. Se requiere y se aspira a la reconciliación mutua.

En esta interacción, si la contraparte se ha quedado detenida en el nivel paranoide, se hace muy poco probable la reconciliación. En un conflicto de pareja, si esta contraparte ha podido avanzar al menos a un nivel maníaco, es posible que el funcionamiento maduro de su pareja la pueda movilizar a niveles superiores de funcionamiento mental. Si uno de los involucrados está funcionando en niveles neuróticos, y su pareja desde un estado mental maduro, es posible que

logre trasladarlo a un nivel de funcionamiento mental maduro, lo cual permitiría completar el duelo y, por tanto, la reconciliación.

3. Agresión, duelo y reconciliación en un conflicto conyugal

Este esquema es un modelo que nos ayuda a pensar en cualquier conflicto producido en la relación entre dos personas en el que haya habido daño y destrucción, y donde se requiere un proceso de duelo y reparación para hacer posible el reencuentro y la reconciliación.

A modo de ejemplo, quisiera describir el desarrollo de un conflicto en una relación de pareja, que nos ayude a entender la dinámica interactiva que favorece y/o perturba el desenlace reconciliatorio.

La esposa, dueña de casa, cinco hijos, después de veinte años de matrimonio descubre que su marido, desde hace seis años, tiene una amante. Imaginémonos distintos escenarios del conflicto de esta pareja que puedan ilustrar todos los estados mentales posibles en su interacción, los factores que entorpecen la resolución del conflicto y los que la facilitan.

Imaginemos los cuatro estados mentales que hemos descrito en los que puede caer la víctima; en este caso, la esposa.

La mujer reacciona sintiéndose brutalmente agredida y sobrepasada en su dignidad, humillada, todos hechos que amplifican sentimientos pasados de rabia, persecución y odio, los que ahora descarga en la figura del marido. No quiere saber nada de él, toma inmediatamente un equipo de abogados, con mucha astucia saca ventajas de la situación económica, y con diferentes maniobras se queda con los hijos. Lo echa de la casa y le hace la vida imposible.

Otra mujer en esta misma situación puede reaccionar diciéndose a sí misma que no es para tanto: “Qué tanta importancia tiene que mi marido tenga otra mujer; mientras me dé plata para lo que yo necesite y no me maltrate, no me interesa mucho lo que haga por fuera”. También podría sacar ventajas diciendo: “Esta es mi oportunidad de tener una aventura; total, no va a poder recriminarme después de lo que él me ha hecho”. Todo esto corresponde a un estado mental maníaco.

En un estado mental neurótico, después de haber elaborado la rabia, el odio y la culpa persecutoria que generó tal descubrimiento, la esposa puede estar dispuesta a olvidar el episodio, siempre y cuando el marido le dé una serie de garantías. Con el propósito de que nunca

más vea a esa mujer, mantiene un sistema atento de vigilancia, y termina en un control casi total sobre su marido. La vida sexual entre ellos es pobre. Desde que supo de esta infidelidad, ella no puede tener relaciones sexuales placenteras, pero está dispuesta a aceptar una convivencia pacífica en pro del grupo familiar y de no romper el lazo del matrimonio.

En un estado mental maduro, una vez que ha atravesado las difíciles etapas del duelo —que incluyen perder la ilusión de un marido fiel y elaborar la traición de la cual fue víctima—, la mujer es capaz de contactarse con las limitaciones, con la agresión y con el descuido que aportó a la relación de pareja; todos elementos que, desde una cierta perspectiva, hacen comprensible la búsqueda de una amante por parte del marido. Asume así su propia responsabilidad en la situación. Toma contacto con el amor que siente por él y con el deseo de reparar el vínculo, de tal manera de pueda volver a predominar en ella el amor al marido; que este nuevo equilibrio le permita rescatar la confianza en él, y así reencontrarse en una pareja reparada y nuevamente atractiva.

Esta evolución pasa por un esfuerzo titánico que, por supuesto va a depender no sólo de las capacidades de comprensión y de reparación que tenga esta mujer, sino también —como hemos reiterado— de la respuesta del marido. Pero desde esta actitud madura, la esposa podría llegar a obtener la comprensión cabal del episodio, el arrepentimiento auténtico por parte del marido y una actitud de reparación que fortalezca el lazo de fidelidad. Y, con ello, el resurgimiento del afecto, cariño y ternura que acompaña a la pasión cuando el amor triunfa sobre el odio, todo lo cual les permitirá recrear su relación.

Espero que no se malentienda que comprender, acoger y contener sea sinónimo de pasividad, no-agresividad ni asertividad. Al contrario, esto último no es madurez, sino que corresponde al arreglo neurótico. Y aquí tiene una cabida muy importante la acusación: la mujer madura acusa al mismo tiempo que comprende. La acusación ayuda a que su marido tome conciencia y elabore. Acusa con asertividad en un lenguaje que no aumenta la persecución, sino el *insight* de lo que ha pasado.

Imaginemos ahora cuatro escenarios diferentes de reacción por parte del esposo, con sus respectivos estados mentales.

La reacción en un estado mental paranoide se puede caracterizar por un hombre que reaccione violentamente, culpando a su esposa de haberlo llevado a no tener otra alternativa. Toma inmediatamente

medidas legales que lo protejan, la amenaza para evitar la venganza de parte de ella, y la somete a un trato humillante. No cambia, sino más bien empeora su conducta. A partir de ese momento, mantiene a su amante sin recato, aumentando la humillación social de su esposa.

En un estado mental maníaco, el esposo puede negar el hecho sostenidamente a pesar de las evidencias de la realidad, o minimizarlo engañando permanentemente a su mujer, a quien trata de aplacar con algunos regalos y otros "engañitos", con el fin de mantener el control total de la situación. Puede plantear que no tiene por qué revisar su situación personal, que su mujer está equivocada y debe atenerse a su rol de dueña de casa y madre de sus hijos, y que se conforme con que no le falte dinero para los gastos.

En un estado mental neurótico, el esposo es capaz de darse cuenta del daño que le hace a su mujer, a quien también ama. Se siente extremadamente culpable y jura no volver a repetir lo mismo. Deja de ver a su amante. Está de acuerdo con todas las medidas restrictivas que le ha impuesto su esposa, y él incluso se impone otras. A lo que no está dispuesto es a revisar con profundidad su situación, a contactarse con las ansiedades que podría despertar su insatisfacción, a explorar qué está buscando en esa amante a la cual renunció en un acto de sometimiento más que de fuerza de voluntad y sacrificio. Con el tiempo, se da cuenta de que la relación con su mujer no es buena, no tiene deseo sexual hacia ella, y si bien llevan una convivencia más o menos pacífica, vive con sensación de aburrimiento, vacío y sin sentido. Se va llenando de resentimiento.

Un esposo en estado mental maduro, después de haber resuelto en un proceso de duelo difícil y doloroso todas las culpas y la persecución que provocó su acto sostenido de infidelidad, ha sido capaz de contactarse con el daño que le ha hecho a esta persona que ama. Al mismo tiempo, reconoce sus sentimientos y deseos hacia la amante, pero valora mucho más su relación de matrimonio, a pesar de la ambivalencia. Reconoce que la situación vivida fue un obstáculo para el desarrollo de una mejor relación con su esposa, y está dispuesto a superarlo. Pero superarlo no implica reprimir el deseo de tener esta amante, sino elaborar hasta las últimas consecuencias qué significa este deseo, qué agresión implica hacia su pareja, cómo tendrá que ganarse paso a paso su confianza nuevamente, cómo podrá reparar el daño hecho, de tal forma que logre que su esposa lo perdone. Sacrifica aquella parte del deseo que no logra entender ni superar, en un acto de auténtica fuerza de voluntad, movido por el amor hacia su esposa. Además, se preocupa de que su esposa tome contacto con la contribución que ella ha hecho al conflicto, y en este sentido también

la acusa. Lo hace de tal manera que ambos, al ir elaborando y disolviendo los sentimientos de odio que han vivido, puedan ir recuperando y haciendo predominar el vínculo amoroso que reanima la relación de pareja en un auténtico reencuentro apasionado.

La situación que acabamos de describir, con los cuatro estados mentales en cada uno de los miembros de la pareja, nos muestra que las posibilidades de combinatoria son dieciséis. Y entre estas dieciséis alternativas, más probable es el desencuentro que el encuentro. En una simplificación matemática podríamos decir que las probabilidades de reconciliación desde el punto de vista psíquico son una en dieciséis. Esta es una de las razones que explica por qué es tan difícil la vida en pareja.

Los estados mentales paranoides, maníacos o neuróticos, en cualquiera de sus combinaciones, hacen imposible la reconciliación. Ninguna de las nueve combinaciones aleatorias de estas variables —esposa en estado mental paranoide y esposo en estado mental maníaco, esposa en estado mental paranoide y esposo en estado mental neurótico, o ambos en estado mental neurótico, paranoide o maníaco—conduce a una reconciliación. La mayor estabilidad que una pareja podría lograr en estos estados se da cuando ambos están en un estado mental neurótico y surge de ellos una disposición a una convivencia acordada en un esquema de no agresión, basado en el cumplimiento de normas y deberes más que en preocupación amorosa por el otro. Pero esto lleva consigo la indiferencia, la pérdida progresiva del amor, la apatía, la falta de pasión y, a la larga, el resentimiento rabioso.

La reconciliación se hace posible sólo en la medida en que uno de los dos miembros de la pareja esté en un estado mental maduro. Si ambos son capaces de elaborar el duelo y llegar a delimitar claramente las responsabilidades, a arrepentirse por el daño hecho y a reparar el objeto dañado, podemos decir que se ha producido la reconciliación. Si uno de los dos está en cualquiera de los otros tres estados mentales —paranoide, maníaco o neurótico—, pero el otro se relaciona con él desde un estado mental maduro, es posible que lo arrastre hacia la reconciliación. Por ejemplo, si el estado mental del hombre es paranoide, la tarea de la mujer desde el estado mental maduro va a ser muy difícil y con resultados inciertos. Si el hombre estuviera en estado mental maníaco, la reconciliación se hace más probable, ya que gracias a la interacción con su mujer en estado mental maduro, podrían disminuir las persecuciones y las culpas persecutorias que le impiden elaborar el duelo. Si el hombre estuviera en estado mental neurótico, el paso desde la sensación de incapacidad

e impotencia para reparar a un tener confianza en sí mismo, con deseos de restablecer un vínculo basado en el amor y no en el cumplimiento del deber, se hace mucho más probable; y ello gracias a la ayuda de la capacidad de contención del estado mental maduro que le daría su mujer.

4. Cambio psíquico, pilar del proceso de reconciliación

Cuando describimos el proceso de duelo, dijimos que éste estaba determinado por condicionantes internos y externos. Entre los condicionantes internos, gravitaba de manera especial la calidad de los personajes internos que habíamos construido como consecuencia de la elaboración de todos los duelos de nuestra historia personal. Si habíamos logrado elaborar más o menos adecuadamente los duelos desde la infancia —esto quiere decir no huir ni quedar en posiciones vengativas donde predominan el odio, la venganza, la envidia y el temor—, los personajes incorporados en nuestra mente iban a estar marcados más bien por la esperanza, la motivación, la comprensión y el amor. Por lo que hemos visto hasta ahora, es de estos personajes de quienes depende la evolución positiva, la elaboración de los duelos. ¿Por qué?

Evolucionar en el proceso de duelo significa pasar de una etapa más primitiva a una más avanzada o más elaborada, y este paso implica necesariamente un cambio psíquico. Pasar del estado mental paranoide al estado mental maníaco implica un cambio psíquico, y así del maníaco al neurótico y del neurótico al maduro. Este cambio psíquico sólo es posible en la presencia de los personajes internos buenos; o, dicho de otra manera, gracias a la acción de estos personajes buenos. Me explico: el estado mental paranoide está dominado por el odio que despierta la frustración producto de la separación y privación. Esta situación es vivida por el sujeto como un haber sido despojado de aquello bueno y gratificante que poseía. Tal privación ha generado en él un estado de odio de tal magnitud que no le es posible tolerarlo dentro de sí mismo, y en parte necesita proyectarlo hacia afuera, en los demás. Como consecuencia de proyectar el odio en los otros, siente que los demás lo odian y lo quieren atacar, y usa nuevamente armas extremadamente violentas para defenderse. Este es un círculo vicioso del que no se puede salir, sino gracias a la experiencia de una relación con un otro que sea capaz de devolver un producto distinto al expulsado. Es decir, con un otro que sea capaz de tomar el odio que el sujeto expulsa y proyecta, transformarlo y devolverlo de manera tal que no reactive nuevamente la rabia y la venganza. Este acto de tomar la agresión de una persona, dejarse impactar por ella, mantenerla por un tiempo en la mente para

así elaborarla, y devolverla como un producto nuevo y enriquecido, requiere de mucha tolerancia a la frustración, paciencia, consideración y cuidado hacia la otra persona. Estoy describiendo la esencia de un acto de amor. Si bien es lo opuesto a un acto de odio, también, como hemos visto, es distinto a la correspondencia simétrica. En ésta se devuelve amor, cariño, rabia u odio en la misma proporción en que se los ha recibido. Esto es lo propio de Eros. Lo que describimos acá, y que es el único acto que produce un auténtico cambio psíquico en el otro, es un acto de Cáritas. (Veremos la diferencia entre el vínculo desde Eros o desde Cáritas la vemos con más detención en el capítulo VII).

Sólo los personajes buenos internalizados en nuestro mundo interno —que son el resultado de experiencias de duelos en los que predominó la reparación por sobre el daño y la destrucción— tienen la capacidad de tolerar la agresión y devolverla como productos pensados, elaborados y creativos, permitiendo así a los personajes malos una posibilidad de cambio.

Además de todo lo anterior, vimos que el duelo estaba condicionado por las circunstancias externas. Vale decir, el mundo externo puede potenciar la acción de los personajes malos o reforzar la acción de los personajes buenos, dependiendo de la actitud mental de aquel con quien se tenga el conflicto. Si el otro está en posición mental paranoide, va a tender a reforzar nuestros personajes malos; si está en posición mental maníaca ocurrirá algo semejante, aunque en menor medida; menos aún en posición mental neurótica, donde ya hay un contrapeso y hay más posibilidades de que despierte personajes buenos. Si el otro está en posición mental madura, las condiciones externas favorecen la emergencia de nuestros personajes buenos. No sólo su emergencia, sino también, como he dicho, la transformación de los personajes malos en buenos.

Ustedes se habrán dado cuenta de que estoy tocando un punto muy delicado, que tiene que ver con que he puesto al agresor y al agredido en un mismo nivel de exigencias en la resolución de un proceso de duelo por daño y destrucción del otro.

En parte, lo anterior está relacionado con que no es mi propósito plantear juicios morales. Mi intención es tratar de entender los procesos mentales que transcurren, y los condicionantes que conducen a los procesos mentales en una dirección más destructiva o más constructiva.

Ya en el ejemplo de la mujer que había sido engañada por el

marido, resulta difícil entender que, para que se lleve a cabo la reconciliación, se requiere de un funcionamiento mental maduro; es decir, comprensivo, contenedor de la agresión, pensador de sus propias culpas en el trayecto del daño o descuido de la relación, en una actitud contenedora hacia el que ha agredido. Esto suena a masoquismo, pero no lo es.

La motivación a contener a quien ha agredido no proviene de una sensación de placer por sufrir. Surge de ver que a ese otro, a pesar de que agrede y despierta odio, también se le ama. Además, proviene de la capacidad de identificarse con la imperfección, con lo negativo, con los personajes malos de ese otro, lo cual supone haber elaborado la omnipotencia y desarrollado una actitud humilde, que concluye "yo tampoco estoy exento de hacer lo mismo".

En un trabajo publicado en Internet, "Lo que yo aprendí de Auschwitz", un sobreviviente escribe de ese campo de concentración se extiende en las siguientes conclusiones: "Dios no existe. Sobrevivir a Auschwitz no es una experiencia ennoblecedora. Los nazis no son tan diferentes de nosotros. El genocidio está siempre con nosotros. Nuestros corazones son proclives a enfermar, lo cual puede ser resistido". Termina señalando que, "como los fragmentos de un holograma, cada uno de nosotros contiene una imagen de todas las partes de nuestra especie; cada uno de nosotros participa en toda la belleza y en toda la maldad del ser humano. Todos nosotros participamos de la música de Mozart y de los asesinatos de Mengele. Si, en la mañana, te miras al espejo y dices 'yo tengo la cara de un asesino', te has puesto a ti mismo en una posición que te permite empezar a trabajar en aquello que más necesitas. Esto supone un balance diario, preguntándote a ti mismo cada noche qué hiciste ese día para negar al asesino. En la medida en que pensemos que el genocidio es algo que solamente lo puede cometer un 'otro' demoniaco, que nosotros somos personas buenas, que el deseo de asesinar nunca podría tocarnos, con esa actitud perpetuaremos el genocidio, porque precisamente son aquellos que niegan los que perpetúan las maldades y los desastres del pasado".

La tendencia natural de nuestra mente es a pensar que aquel que agredió debe hacer el proceso de arrepentimiento; sin embargo, la psicología de las relaciones objetales nos enseña que al interior de nuestra mente no existen las personas individuales, sino sólo los vínculos, y que la realización final de los procesos se da solamente en un vínculo; por lo tanto, la elaboración de uno va a depender de la actitud del otro.

Lo que quiero decir es que para la evolución del proceso de duelo del agredido, no sólo no es indiferente, sino que es fundamental el estado mental y la interacción que tenga con el agresor. Y, por supuesto, viceversa.

La vida es siempre un desafío. Y éste consiste en tener que resolver las ansiedades que los distintos acontecimientos, tanto internos como externos, nos van deparando. En nuestra vida psíquica, los acontecimientos implican siempre un vínculo, algo que le hago al otro, algo que el otro me hace a mí, en un determinado estado afectivo. A esta dimensión no se puede renunciar. Y son estos vínculos los que voy incorporando en mi mente. Y este algo que el otro me hace a mí, o que yo le hago a él, puede estar teñido por un estado afectivo de amor, como también por uno de odio. A decir verdad, las cosas no son en blanco y negro, sino que las relaciones son predominios de amor u odio. En la medida en que predomina el amor, el desafío de elaboración de ese vínculo es menor. Tan sólo podríamos decir que hemos tenido más suerte, pero sólo eso. Si en el vínculo que hemos establecido predomina el odio, el desafío de elaboración será mucho más difícil y doloroso.

Lo que estoy planteando es que nuestra realización vincular, que es la esencia misma de nuestra existencia, se fragua en torno al amor y en torno al odio, y que los caminos de crecimiento psíquico consisten en la capacidad de elaborar aquellos acontecimientos en los cuales ha predominado el odio. A veces tenemos la desgracia de no haber tenido en nuestras primeras experiencias suficientes vínculos de amor, por lo que los desafíos posteriores a que nos exponen las relaciones de odio van a ser muy difíciles de superar, a veces imposibles. Este es el elemento trágico de la vida. Aunque, a pesar de esa tragedia, siempre se abre una ventana de esperanza, relacionada con la capacidad que tengan los otros —es decir, la familia, los grupos, las instituciones, la sociedad— de revertir este proceso que ya está marcado negativamente.

La vida sólida no se construye sólo con los eventos positivos. Si así fuera, no se podría adquirir la capacidad y la fortaleza que se entrena en la adversidad, que endurece y capacita para enfrentar aquellas circunstancias que son inevitables en el curso de la existencia, por más suerte que se tenga. El olímpico que hubiera recibido sólo amor —lo cual es un imposible— estaría muy mal preparado para vivir. De aquí no debe desprenderse que es sano preocuparse de comunicar odio. El odio es imparable, deviene solo; más bien, debemos preocuparnos de estar generando amor al máximo de nuestras capacidades.

Vistas así las cosas, el desafío para nuestra mente en una perspectiva de crecimiento cuando nos acontece un hecho que nos vincula a un otro con odio, no consiste en cómo nos deshacemos de aquella relación, de ese otro. El desafío es, más bien, qué podemos hacer para facilitar que esa relación pueda transformarse en un vínculo donde finalmente predomine la pulsión de vida, por sobre la pulsión de muerte; o, dicho en otras palabras, la libido, el entusiasmo, la pasión y el amor, por sobre la destrucción, la desmotivación, el vacío y el odio.

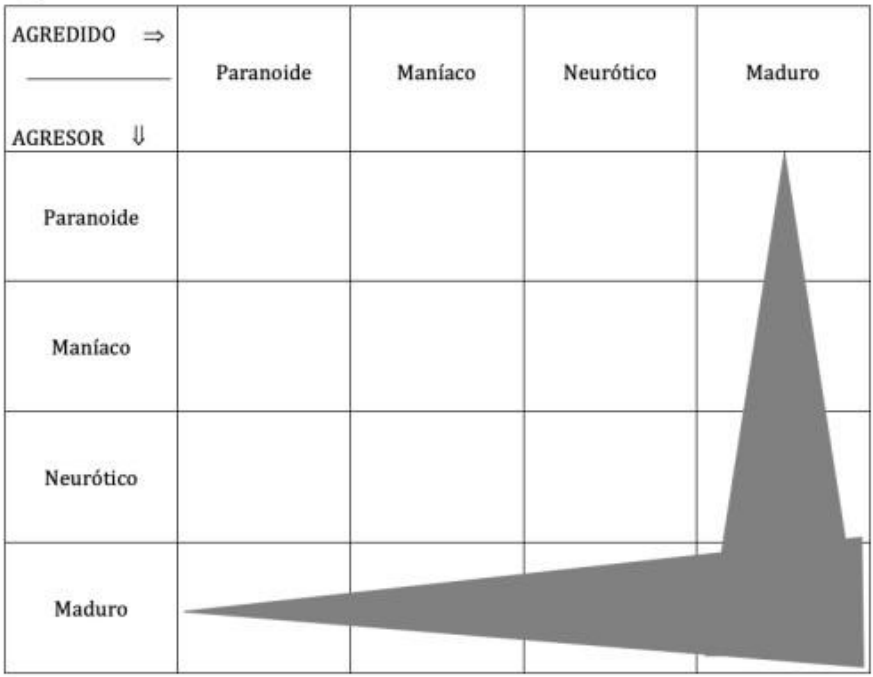
Desde esta perspectiva, lo decisivo no es si estoy en el papel del agredido o en el del agresor. Lo esencial en la determinación del curso y destino de esta relación es lo que yo haga para elaborar ese proceso de duelo en el que no me puedo deshacer del otro; y, por ende, qué hago con el otro para que pueda acompañarme en un trabajo lento, difícil y árido, de una elaboración que nos lleve a un buen término.

Traslademos estas ideas al caso concreto de la interacción entre el familiar de una víctima y el causante de esa muerte.

Ya hemos señalado en otras partes de este trabajo la necesidad que tiene el agredido de llevar al agresor a un cambio psíquico. Dijimos que este cambio en el agresor le permite al agredido sentir que la reparación ha sido más completa, porque deja al objeto querido mucho más protegido. Además, junto con ese cambio, recibe ayuda de parte del agresor para llevar a cabo el proceso de duelo. Obtendrá de él cooperación en términos de todos los factores condicionantes externos que necesita para disminuir su propia culpa persecutoria, y que tienen que ver con conocer a fondo qué pasó. También señalamos cómo el agresor necesita al agredido, porque sólo encontrará paz en la medida en que haga un duelo en relación con aquel que destruyó. En esa perspectiva, los representantes de la persona por él destruida pueden ser agentes que disminuyan la persecución, reactiven los personajes buenos que conducen a la capacidad de pensar y reelaborar el duelo, para conseguir su propio perdón.

En la Figura 2, que repite el esquema de interacción de los estados mentales del agredido y el agresor, quiero graficar lo que sucede cuando uno de los dos logró el estado mental maduro. La parte achurada representa las probabilidades de cambio mental de la contraparte que está en estado mental paranoide, maníaco o neurótico. En estado mental paranoide, son mínimas; en estado mental maníaco son un poco mayores, pero aún escasas; en estado mental neurótico son significativas. A continuación explico el gráfico.

Figura 2



La gran dificultad en este proceso es que cuando no se está en el estado mental maduro, sino en el neurótico, maníaco o paranoide, no se quiere dar el paso que lleva al estado siguiente de mayor liberación. El agresor no quiere entender, no está dispuesto a escuchar al agredido, siente que toda la culpa la tiene el agredido, que él lo hizo en defensa propia, que la víctima debía desaparecer, que las relaciones son un asunto de fuerza y de poder, y que en caso contrario él habría terminado muerto. Desde esta situación de funcionamiento paranoide, las posibilidades de que pueda progresar en la elaboración del duelo requieren disminuir el montante de persecución, y ello sólo se logra por la interacción con los personajes buenos. En la medida en que en el agresor existan en abundancia, en algún momento podrán entrar en escena, disminuir la persecución y ayudar en el proceso. Pero en caso de una carencia importante de dichos personajes, la función del agredido o de quien lo representa —en este caso, un familiar— va a ser de fundamental importancia. Sólo en cuanto la relación por parte del agredido sea desde la comprensión, desde la contención, vale decir, desde los impulsos amorosos, logrará disminuir la persecución y llevar a que el agresor se contacte con el horroroso daño que ha hecho. De hecho, el agresor ni siquiera quiere que lo ayuden de esta manera; lo que en realidad desea es que el agredido reaccione en forma violenta y agresiva, para poder mantenerse en su posición.

Intuye —no sólo lo intuye, a veces lo vive— que en cuanto se asome a tomar contacto con el hecho de que el agredido también tiene algo de bueno, surgirá un dolor mental insoportable: la culpa persecutoria propia del estado mental maníaco. (Algunos no la pueden tolerar esta culpa, como veremos al final de este capítulo en la persona de Javert, el inspector de policía de *Los miserables,* de Víctor Hugo.)

Una situación análoga acontece para pasar del estado mental maníaco al estado mental neurótico, y de éste al estado mental maduro, aunque con otros niveles de ansiedad. En el paso del estado maníaco al neurótico se debe resolver la culpa persecutoria; en el paso del estado neurótico al maduro, el sentimiento de impotencia e incapacidad (la ansiedad de castración). El dolor mental que supone pasar del estado mental paranoide al estado mental maníaco es extremo, porque se requiere salir de la persecución para entrar en la culpa persecutoria, que es más dolorosa que la persecución, aunque menos atemorizante. Por lo mismo, requiere mucho apoyo. Desgraciadamente, de quienes más necesita ese apoyo y esa comprensión, más odio y rechazo ha obtenido el agresor, por la violencia de su trato.

El paso del estado maníaco al estado mental neurótico genera un dolor mental depresivo, con fuertes sentimientos de culpa, parálisis, inhibición, autodevaluación y desesperación, producto del darse cuenta de que aquel a quien se dañó también es alguien a quien se ama.

Y el paso del estado mental neurótico al estado mental maduro también implica un dolor psíquico, caracterizado por la tristeza y el penar permanente mientras se repara el objeto dañado, en un trabajo que exige y cansa. No obstante, son dolores psíquicos más tolerables que los anteriores.

A todas las exigencias que hemos descrito, al temor de la persecución, al dolor de la culpa persecutoria, a la angustia de la sensación de impotencia e incapacidad, se suma el hecho de estar siempre a prueba, sin tener certeza de que aquello que se está haciendo para reparar lo destruido, se vaya a cristalizar finalmente con algún sentido. La incertidumbre se viene a agregar como otro elemento que dificulta la tarea.

Este proceso de duelo, que depende de condicionantes externos e internos, puede ser ayudado en su evolución a través de la interacción con alguien que lo conduzca, de tal forma que la persona en duelo no quede atascada en ninguno de los estados mentales que hemos

descrito. Esto requiere conocimiento de las variables psíquicas que están en juego, experiencia y destreza en el manejo emocional y cognitivo de dichas variables. Son estas capacidades las que califican a una persona de psicoterapeuta.

Si miramos con más atención en qué va a consistir la función del psicoterapeuta para ayudar a que este proceso se desarrolle en un sentido de crecimiento y no de destrucción, que termine en un contacto más vital con la existencia y no más depresivo, nos encontramos con lo siguiente: consiste básicamente en que el terapeuta haga la contraparte, se identifique con el rol complementario. Me refiero a que si el paciente fue el agredido, el terapeuta se identifique con el agresor; si el paciente fue el agresor, el terapeuta se identificará con el agredido. (Para ser más preciso, el terapeuta deberá hacer una identificación doble, porque si su paciente es el agredido, la víctima, para poder entenderlo también necesita identificarse con el agredido.) Lo que quiero subrayar es la importancia de la identificación complementaria a la del paciente. Es esto lo que le permitirá desarrollar de trabajo de duelo, donde el paciente, en el caso de ser el agredido, podrá poner toda la rabia, el odio y la persecución en el terapeuta; éste, a su vez, deberá ser capaz de devolvérsela con un sentido nuevo, para que así pueda comprender aquello que aconteció, y lo que a él le sucedió. Un proceso análogo es necesario si el paciente es el agresor.

He descrito la acción del psicoterapeuta para ilustrar cómo la resolución del conflicto pasa por trabajar y elaborar la relación agredido-agresor. Esto no significa que los conflictos sólo puedan evolucionar gracias a la ayuda psicoterapéutica. Los psicoterapeutas no inventamos el cambio psíquico, ni la comprensión, ni el amor. Sólo somos más expertos en ayudar a conducir por esos caminos cuando estos procesos se detienen.

5. El duelo en Jean Valjean y Javert

Quiero terminar ilustrando con una obra de la literatura universal esta interacción agredido-agresor, donde lo esencial en la posibilidad de reconciliación, es el cambio psíquico.

En *Los Miserables,* de Víctor Hugo, el ex convicto Jean Valjean es acogido por el obispo de la ciudad, quien lo invita a cenar y lo deja a dormir esa noche en su casa. Valjean responde a su generosidad robándole su único objeto de valor, unos cubiertos de plata. Al huir, es apresado por la policía y conducido de vuelta a la casa del obispo, frente a quien lo acusan. La reacción del obispo va a trastornar la

mente de este hombre y lo va a conducir a un cambio psíquico radical. Cuando el obispo los ve aparecer, su comentario es: "¡Ah, habéis regresado! Me alegro de veros; os había dado también los candeleros, que son de plata, y os pueden valer doscientos francos. ¿Por que no los habéis llevado con vuestros cubiertos?"

Permítanme citar largamente lo que se desarrolla a continuación:

Jean Valjean abrió los ojos con una expresión que no podría pintar ninguna lengua humana.

—Monseñor —dijo el cabo—. Es verdad entonces lo que decía este hombre. Lo encontramos como si fuera huyendo, y lo hemos detenido. Tenía estos cubiertos...

—¿Y os lo ha dicho —interrumpió sonriendo el obispo— que se los había dado un hombre, un sacerdote anciano en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y lo habéis traído acá.

—Entonces —dijo el Gendarme— ¿podemos dejarlo libre?

—Sin duda —dijo el obispo.

Los gendarmes soltaron a Jean Valjean, que retrocedió.

—Es verdad que me dejáis? —dijo con voz casi inarticulada, y como si hablase en sueños.

—Amigo mío —dijo el obispo—, tomad vuestros candeleros antes de iros.

Y fue a la chimenea, cogió los dos candelabros de plata y se los dio.

Jean Valjean, temblando de pies a cabeza, tomó los candelabros con aire distraído.

—Ahora —dijo el obispo—, id en paz. Y a propósito, cuando volváis, amigo mío, es inútil que paséis por el jardín. Podéis entrar y salir siempre por la puerta de calle. Está cerrada sólo con el picaporte noche y día.

Parecía que Jean Valjean iba a desmayarse.

El obispo se aproximó a él y le dijo, en voz baja: — No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado.

Jean Valjean, que no recordaba haber prometido nada, lo miró alelado. El obispo continuó con solemnidad: —Jean Valjean, hermano mío, vos no pertenecéis al mal, sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios.

Jean Valjean salió del pueblo como si huyera. Caminó precipitadamente por el campo, tomando los caminos y senderos que se le presentaban, sin notar que a cada momento desandaba lo andado. Lo turbaba una multitud de sensaciones nuevas. Sentía cólera, y no sabía contra quién. No podía saber si estaba conmovido o humillado, sentía por momentos un estremecimiento extraño, y lo combatía, oponiéndole el endurecimiento de sus últimos veinte años en prisión. Esta situación lo cansaba. Veía con inquietud que se debilitaba en su interior la horrible calma que le había hecho adquirir la injusticia de su desgracia. Y se preguntaba con qué la reemplazaría. En algún instante hubiera preferido estar preso con los gendarmes, y que todo hubiera pasado de otra manera; de seguro entonces no tendría tanta intranquilidad. Todo el día lo persiguieron pensamientos imposibles de expresar.

A continuación, Jean Valjean le arrebata una moneda a un niño, a Gervasillo. Poco después se contacta con lo que ha hecho, busca al niño y no lo encuentra. En su desesperación, cae desfallecido sobre una piedra con las manos en la cabeza y la cara entre las rodillas, y exclama: “¡Soy un miserable!”

Su corazón estalló, y rompió a llorar. ¡Era la primera vez que lloraba en diecinueve años!

Cuando Jean Valjean salió de la casa del obispo, estaba, por decirlo así, fuera de todo lo que había sido su pensamiento hasta allí. No podía explicarse lo que pasaba en él. Las frases del obispo se presentaban a su memoria sin cesar. Comprendía claramente que el perdón de aquel sacerdote era el ataque más formidable que podía recibir; que su endurecimiento sería infinito si podía resistir aquella clemencia; pero que si seguía, le sería preciso renunciar al odio que había alimentado en su alma por espacio de tantos años, y que ahora había comenzado una lucha colosal entre su maldad y la bondad del anciano sacerdote.

En este estado de espíritu había aparecido Gervasillo y él le había robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? Con toda seguridad no hubiera podido explicarlo. ¿Era aquella acción un último efecto, un supremo esfuerzo de las malas ideas que había traído del presidio?

Jean Valjean retrocedió con angustia y dio un grito de espanto. Al robar la moneda del niño había hecho algo que no sería ya más capaz de hacer. Esta última mala acción tuvo en él un efecto decisivo. En el momento en que exclamaba: "¡Soy un miserable!", acababa de conocerse tal como era. Vio realmente a Jean Valjean con su siniestra fisonomía delante de sí, y le tuvo horror.

Jean Valjean lloró largo rato. Lloró lágrimas ardientes, lloró a sollozos; lloró con la debilidad de una mujer, con el temor de un niño.

Mientras lloraba, se encendía poco a poco una luz en su cerebro, una luz extraordinaria, una luz maravillosa y terrible a la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su endurecimiento interior, su libertad halagada con tantos planes de venganza, las escenas en casa del obispo, la última acción que había cometido, aquel robo de cuarenta sueldos a un niño, crimen tanto más culpable, tanto más monstruoso cuanto que lo ejecutó después del perdón del obispo; todo esto se le presentó claramente, pero con una claridad que no había conocido antes, hasta entonces.

Examinó su vida y le pareció horrorosa; examinó su alma y le pareció horrible. Y sin embargo, sobre su vida y sobre su alma se extendía una suave claridad.

El cambio psíquico que experimenta Jean Valjean no es sin dolor, porque requiere pasar por la culpa de darse cuenta del daño que ha hecho, ahora personificado en la figura de un niño inocente. La culpa de tomar conciencia de que también ama a aquellos a quienes tanto ha odiado; la culpa de traicionar al obispo, que representa al padre bueno que recién le ha demostrado su amor. Es una culpa dolorosa, posibilitada por el gesto contenedor del obispo. Este le ha devuelto la agresión de haber sido usurpado con un acto que estremece a Jean Valjean, y que en un principio no logra comprender: le dice que aquello le pertenece, y le regala aún más. De aquí en adelante, Jean Valjean dedicará su vida a ayudar a los pobres, a los limitados, a hacer más justicia; en definitiva, a reparar el daño a sus semejantes, del cual sabe que somos todos culpables.

El otro personaje que nos interesa de esta novela en relación con tema que estamos tratando, es el inspector de la policía, Javert.

Javert había nacido en una prisión, hijo de una mujer que leía el futuro en las cartas, cuyo marido estaba también encarcelado. Al crecer pensó que se hallaba fuera de la sociedad y sin esperanza de entrar en ella nunca. Advirtió que la sociedad mantiene

irremisiblemente fuera de sí dos clases de hombres: los que la atacan y los que la guardan; no tenía elección sino entre una de estas dos clases; al mismo tiempo sentía dentro de sí un cierto fondo de rigidez, de respeto a las reglas y de probidad, complicado con un inexplicable odio hacia esa raza de gitanos de que descendía. Entró, pues, en la policía y prosperó. A los cuarenta años era inspector."

Estaba compuesto este hombre de dos sentimientos muy sencillos y relativamente muy buenos, pero que él convertía casi en malos a fuerza de exagerarlos: el respeto a la autoridad y el odio a la rebelión. Javert envolvía en una especie de fe ciega y profunda a todo el que en el Estado desempeñaba una función cualquiera, desde el primer ministro hasta el guarda rural. Cubría de desprecio, de aversión y de disgusto a todo el que una vez había pasado el límite de lo legal, era absoluto y no admitía excepciones.

Era estoico, austero, soñador, humilde y altanero como los fanáticos. Toda su vida se compendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. ¡Desgraciado del que caía en sus manos! Hubiera sido capaz de prender a su padre al escaparse del presidio y denunciar a su madre por no acatar la ley; y lo hubiera hecho con esa especie de satisfacción interior que da la virtud.

Javert había sido el carcelero de Jean Valjean, y en cuanto sospechó que el que ahora era el alcalde podía ser la misma persona, esto es, un ex convicto, con toda energía empezó su persecución implacable. Durante años Javert persiguió a Jean Valjean. Lo acosó, lo obligo a vivir marginado, siempre oculto, a pesar de que era un hombre respetable, generoso y totalmente reformado. El motor de su vida era perseguir a los malos y mantener así una intensa idealización de la policía, que representaba la justicia y el bien. Como él pertenecía a la policía, estaba entre los buenos. Esta disociación marcada entre buenos y malos requiere un esfuerzo constante de proyectar lo malo en lo otros y mantener en uno a cualquier precio lo idealizado. Como el mundo no está tan maquiavélicamente diseñado, es una actitud mental peligrosa y frágil.

A raíz de una revuelta de estudiantes universitarios en enfrentamientos con la policía, el inspector Javert cae en manos de los estudiantes. Se lo entregan a Jean Valjean para que lo mate. Era extremadamente comprensible que, en ese momento, Jean Valjean se vengase, o al menos se quitara a ese perseguidor de encima. Así lo entiende Javert, quien le dice: "Toma tu venganza".

Jean Valjean sacó una navaja del bolsillo, y la abrió.

—¡Una sangría! —exclamó Javert—. Tienes razón. Te conviene más.

Jean Valjean cortó las cuerdas que ataban las muñecas del policía, y luego las de los pies. Después le dijo:

—Estáis libre.

Javert no era hombre que se asombraba fácilmente. Sin embargo, a pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo menos de sentir una conmoción. Se quedó con la boca abierta e inmóvil.

Después de dar algunos pasos, Javert se volvió y le gritó: “No me gusta esto. Matadme mejor”.

—Idos— dijo Jean Valjean.

Javert se alejó poco a poco.

Cuando hubo desaparecido, Jean Valjean descargó la pistola al aire.

Lo hizo para demostrarle a los demás que había cumplido la misión encomendada.

Más tarde, Jean Valjean cae nuevamente en las manos de Javert, quien tiene la posibilidad de llevarlo preso; sin embargo, esta vez lo deja ir. Javert ya estaba desorientado, puesto que no podía procesar el acto de Jean Valjean, al haberle perdonado la vida.

En el fondo de su alma acababa de pasar algo nuevo, una revolución, una catástrofe, y había materia para pensar. Padecía atrozmente.

Se sentía turbado; su cerebro, tan límpido en su misma ceguera, había perdido la transparencia.

Ante sí veía dos sendas igualmente rectas; pero eran dos y esto le aterraba, pues en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y para colmo de angustia, aquellas dos sendas eran contrarias y se excluían mutuamente. Cuál sería la verdadera.

Le sorprendía que Jean Valjean lo perdonara; y lo petrificaba la idea de que él, Javert, hubiera perdonado a Jean Valjean. Con ansiedad se daba cuenta de que tenía que pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias lo obligaba a hacerlo.

¡Pensar! Cosa inusitada para él, y que le causaba un dolor indecible. Hay siempre en el pensamiento cierta cantidad de rebelión interior, y le irritaba sentirla dentro de sí.

Su meditación se volvía cada vez más cruel.

Jean Valjean lo desconcertaba. Los axiomas que habían sido el punto de apoyo de toda su vida caían por tierra delante de aquel hombre. Su generosidad lo agobiaba. Javert sentía penetrar en su alma algo horrible: la admiración hacia un presidiario. Pero, ¿se concibe que se respete un presidiario? No, y a pesar de ello, él lo respetaba. Temblaba. Pero por más esfuerzos que hacía, tenía que confesar en su fuero interno la sublimidad de aquel miserable. Era espantoso.

Un presidiario compasivo, dulce, clemente, recompensando el mal con el bien, el odio con el perdón, la venganza con la piedad, prefiriendo perderse a perder a su enemigo, salvando al que le había golpeado, más cerca del ángel que del hombre; era un monstruo cuya existencia ya no podía negar.

Esto no podía seguir así.

Un orden de hechos inesperados surgía y lo subyugaba. Era para su alma un mundo nuevo; el beneficio aceptado y devuelto, la abnegación, la misericordia, la indulgencia; no más sentencias definitivas, no más condena; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; una justicia de Dios, contraria a la justicia de los hombres. Divisaba en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento de semejante espectáculo.

Se veía en la necesidad de reconocer con desesperación que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno; y también él, ¡cosa inaudita!, acababa de serlo.

Padecía los extraños dolores de una conciencia ciega, bruscamente devuelta a la luz. En él había muerto la autoridad; ya no tenía razón de existir.

¡Qué situación tan terrible la de sentirse conmovido!.

¡Ser de granito y dudar! ¡Ser hielo, y derretirse! ¡Sentir de súbito que los dedos se abren para soltar la presa!

No había sino dos maneras de salir de un estado insoportable.

Una, ir a casa de Jean Valjean y arrestarlo. Otra...

Y Javert optó por esta última: “Se inclino hacia el Sena, volvió a enderezarse, y luego cayó a plomo en las tinieblas”.

Hubo una agitación en el río, y sólo la sombra fue testigo de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.

Para Javert no fue posible el cambio psíquico. La contención, la significación de la agresión, el amor que le devolvió Jean Valjean, lo acercaron al dolor de la culpa persecutoria. Al tomar contacto con el engaño de su vida, al ver a esos personajes rígidos, fanáticos, odiosos y vengativos con los cuales se había identificado por toda una vida, y al darse cuenta del daño del cual eran capaces, no pudo perdonarse ni tolerar el dolor de esa culpa. Tampoco pudo reforzar sus antiguas conductas fanáticas y correr a prender a Jean Valjean, recluirlo en la cárcel y retomar su antigua identidad. Ya no creía en ella. Jean Valjean le había demostrado la maldad de esos personajes, ya no podía volver a idealizar esa autoridad y esa justicia sádica.

Cuando Jean Valjaen se encontró con el obispo y más tarde le quitó la moneda a Gervasillo, pasó por una crisis de identidad análoga, que lo llevó a cuestionar dolorosamente todo su pasado y a los personajes malditos con los que se había identificado. Sin embargo, fue capaz de empezar un camino de restauración, de acoger la esperanza que significa una vida de reparación, de identificarse con sus personajes buenos y reparar ,en la entrega al prójimo, el daño realizado en el pasado. Javert no pudo, su estado mental paranoide y maníaco, su división del mundo entre los buenos y los malos, los justos y los injustos, era tan rígida y tan fanática, que en el momento en que Jean Valjean le hace ver su error, se encuentra incapaz de soportarlo y no ve otra salida que el suicidio.

Al entender la desesperación de Javert, podemos acercarnos a comprender la resistencia de la mente a tomar conciencia del daño cuando está en estado mental paranoide o maníaco. Se resiste, como si el inconsciente supiera el montante de dolor, de angustia y desgarramiento interno al que se expone. Por eso, si queremos lograr el reconocimiento de la culpa del agresor, debemos estar conscientes de las férreas defensas que levantará ante tal contacto. Debemos aceptar que sólo en un clima de extrema contención podemos bajar su nivel de persecución, situación que nos abre una ventana de esperanza, pero sólo una ventana,: no nos asegura el logro de la confesión auténtica del delito. Algunos no son psíquicamente capaces. Ya sea de una manera directa y brutal, o en forma indirecta y

solapada, prefieren el camino de la autodestrución.

En síntesis, sólo el doloroso camino de toma de conciencia de la realidad psíquica en relación a aquello que aconteció, en la cual tienen importancia los hechos reales pero también los hechos psíquicos internos que se gatillaron por aquel desgraciado acontecimiento, puede llevar a una elaboración auténtica y veraz del duelo. Una elaboración que, en definitiva, ayude a hacer experiencia, a crecer en sabiduría y a lograr mayores grados de libertad.

Segunda Parte Análisis psicológico de la reconciliación social

En esta segunda parte me propongo aplicar un modelo psicoanalítico del funcionamiento mental que nos ayude a entender el daño psico-social producido a raíz del enfrentamiento político vivido por el país en los últimos treinta años. En relación con las dinámicas de grupos grandes y a los conceptos de liderazgo, me baso fundamentalmente en el texto de Otto Kernberg, *Ideology, Conflict, and Leadership in Groups and Organizations*. Respecto a la dinámica de pequeños grupos, tomo los conceptos desarrollados por Bion en su texto *Experiencias en grupo*" y *Atención e interpretación*. También me he apoyado en muchos conceptos sociológicos de orientación kleiniana desarrollados por C. Fred Alford. El marco básico en el que me muevo en relación con la teoría psicoanalítica, es el de las relaciones objetales y la psicología del yo, brillantemente desarrollado e integrado por Otto Kernberg en sus trabajos y libros publicados a lo largo de treinta años. La importancia del arte en los procesos de duelo está especialmente inspirada en los trabajos de Hanna Segal y Donald Meltzer.

Capítulo IV Descripción del conflicto

1. El funcionamiento mental colectivo

En el capítulo II describí los estados mentales que puede vivir una persona en una situación de duelo, tanto para el caso del agresor como del agredido. En esa oportunidad precisé el estado mental paranoide, el estado mental maníaco, el estado mental neurótico y el estado mental maduro. Son estas cuatro formas de funcionamiento mental las que determinan nuestra vida psíquica, tanto individual como en grupos. Sin embargo, el estado mental de un individuo es diferente cuando está solo o en compañía; y también depende de cuántos conforman el grupo y el grado de organización de éste.

A continuación, describiré cómo se dan estos estados mentales en las distintas formas de asociación que tiene el ser humano. Las alternativas de asociación, tanto para el hombre como para la mujer, son las siguientes:

a) Relación individual: es la relación de uno consigo mismo.

b) Relación diádica: es la relación con un otro.

c) Relación triangular: es una relación cualitativamente diferente a la anterior, ya que evoca el vínculo con los padres. En esta interacción despierta la sensación de que, en la medida en que se concentra la atención en uno de los miembros, se desplaza al otro fuera del campo interactivo.

d) Relación de grupo pequeño: es el grupo constituido a partir de cuatro personas hasta un número de quince a veinte. La cantidad máxima está determinada por la capacidad de poder mirar a los ojos a cualquier otro miembro del grupo, como también poder ser mirado a los ojos por cualquiera de los miembro. Se reúnen para llevar a cabo una tarea.

e) Relación de grupo grande: es el grupo constituido por más de veinte personas, pero no más de doscientas a trescientas. El límite máximo viene dado por la posibilidad de estar en un mismo recinto físico, ser escuchado y escuchar a los demás. Se pueden reunir por muy diferentes propósitos: organizarse, llevar a cabo tareas, elecciones, celebraciones, entre otras.

f) Relaciones de masas organizadas: son grupos formados por personas que no necesariamente están ubicadas en un mismo recinto,

que pueden constituir cientos o miles de personas. Se caracterizan por pertenecer a una institución, grupo político o ideológico que tiene algún tipo de organización. Por ejemplo: la iglesia, el ejército, los partidos políticos, una empresa.

g) Relaciones de masas no organizadas: constituyen las grandes poblaciones de una ciudad, país, continente, que no están agrupadas en torno a instituciones, doctrinas o ideologías (Moscovici 1993).

Podemos agrupar y clasificar de distintas maneras —que describimos a continuación— las anteriores formas de asociación, en relación con las modalidades de su funcionamiento psicológico.

a. Relación individual, diádica, y triangular

El manejo de la agresión está estrechamente ligado a la psicopatología individual y a la relación cercana con otro sujeto. En estas condiciones, surgen la ambivalencia de amor-odio y la envidia. La relación triangular favorece el surgimiento de los celos.

La proyección, mecanismo psíquico cuya importancia para deshacerse de lo displaciente hemos visto, no es tan fácil de implementar en estos casos. Más aún, es especialmente difícil en la relación consigo mismo, porque no se tiene otra pantalla en quien proyectar. En la relación diádica, la complicación surge porque el otro tiene un perfil definido y no es una pantalla en blanco; por lo tanto, no todo se puede proyectar. Proyectar en la pareja puede ser más fácil, pero aún tiene las complicaciones que evoca la figura parental combinada (es una fantasía universal que surge en la infancia, en que los padres unidos excluyen agresivamente al niño).

En estas relaciones, los primeros encuentros generan ansiedad. La familiarización posterior con el vínculo no sólo la disminuye, sino que es fuente de gratificación emocional y afectiva profunda.

Cualquiera de los cuatro estados mentales descritos puede predominar en las relaciones mencionadas, aunque es necesario tener presente que el logro de los estados mentales más elaborados es fruto de un largo trabajo. En esta interacción es posible el cambio psíquico. Basta que uno de los miembros de la relación funcione en estado mental maduro, para que el otro pueda transitar a un estado mental de mejor funcionamiento.

b. Los grupos pequeños

En este tipo de asociaciones, el manejo de la agresión está

relacionado con la psicopatología que despliega el grupo, pero también delimitada por el control visual y comunicativo. A diferencia de las relaciones individuales, diádicas y triangulares, el vínculo se establece en forma simultánea con tres o más personas a la vez, constituyendo un tipo de relación que nos retrotrae inmediatamente al recuerdo de momentos primitivos de nuestro desarrollo mental. En esas épocas nos sentíamos inundados por la percepción de múltiples objetos. Esto genera una sensación de pérdida de control que aumenta la ansiedad y el temor paranoide.

Esta misma condición de relacionarse en forma simultánea con múltiples otros, con múltiples objetos, hace que cada persona pierda su perfil individual y el conjunto se transforme en una pizarra en blanco que favorece la proyección. Fácilmente podemos proyectar nuestro sentimientos de rabia, odio, envidia e idealización sobre otros. Sin embargo, también supone el temor permanente a que aquello proyectado nos sea devuelto.

Esto último lleva a que sea muy difícil sentir familiaridad, confianza y tranquilidad en el vínculo grupal.

Basándose en la descripción de lo que acontecía en grupos pequeños en ausencia de un líder definido, Bion precisó los tipos de regresiones psíquicas a funcionamientos mentales más primitivos a los que está expuesto un grupo de este tamaño. El grupo se junta para llevar a cabo una tarea y, sin embargo, es constantemente invadido por lo que él denominó los “supuestos emocionales básicos”. Como decía, el grupo se reúne para resolver un problema, realizar una tarea. Para llevar a cabo este propósito, se requiere un estado mental capaz de contactarse con la realidad, con tolerancia a la frustración y con la capacidad de controlar las emociones. En el abordaje de la tarea, el grupo debería usar métodos racionales y científicos. El líder debe saber cómo llevar las cosas para que este abordaje se realice. Deben tolerarse las ideas nuevas aunque causen frustración y dolor, porque se acepta que a pesar de que la realización de la tarea implica dolor, lleva también al crecimiento y a la maduración.

Sin embargo, en forma automática e inconsciente, proveniente del funcionamiento más primitivo de la mente, el grupo puede boicotear la realización de la tarea, cayendo —como dije— en estados mentales básicos de ataque y fuga, de dependencia o de apareamiento.

En el estado mental de *ataque y fuga*, el grupo no tolera la frustración que la tarea demanda. Este sentimiento va habitualmente acompañado de altos montantes de rabia y agresión, las cuales son

proyectadas hacia fuera. El grupo busca inmediatamente un líder que lo proteja y que dirija el ataque contra aquellos enemigos externos en quien puso su propia agresión. A la vez, puede esperar que el líder sea un experto en maniobras de huida. Estas actitudes le dan a este estado el nombre de "ataque y fuga".

En este ambiente, el grupo no tolera ninguna oposición a lo que sería una especie de ideología que casi todos comparten. Si surgen opiniones distintas, es probable que se formen subgrupos, los cuales combatirán unos contra otros. Uno de estos grupos es el que adula al líder, mientras que el otro lo ataca o huye. En este ambiente extremadamente persecutorio, es habitual que los miembros del grupo se sientan controlados por los demás miembros y, al mismo tiempo, muy perseguidos por el líder. La única manera en que logran unirse, es atacando o huyendo de un enemigo común.

Ejemplo: La directiva de un partido político constituida por doce miembros se reúne para analizar el fracaso de la última votación parlamentaria. Después de un corto período de deliberaciones, se va imponiendo la opinión de quien va tomando el liderazgo y la conducción del grupo en ese momento, en el sentido de que la derrota en las urnas se debió a que el partido político opositor desplegó una campaña para granjearse la simpatía de los sectores con más recursos, obteniendo así más fondos en publicidad y propaganda. Los argumentos se van inclinando a que las causas del fracaso fueron las maniobras poco honestas del partido opositor. Este es un funcionamiento del grupo en el supuesto básico de ataque y fuga: no quiere asumir la difícil tarea de pensar cuáles fueron los errores que cometió, las limitaciones, los autoengaños, las simplificaciones, las omisiones y la dejación en la que participaron los conductores de dicha campaña. El grupo busca un enemigo externo, en este caso el partido político opositor, y va entregando la dinámica grupal al líder que más representa esas ideas. Todos se unen frente al enemigo común, pero esto les impide hacer experiencia del fracaso electoral.

En otro tipo de funcionamiento psíquico regresivo, el de *dependencia,* el grupo no quiere asumir lo complejo de la tarea y busca a un líder omnipotente que lo sepa todo, a pesar de que esto implique sentirse a sí mismo como inmaduro e incompetente. El "grupo de dependencia" espera todo del líder, su actitud es extremadamente pasiva y con ausencia casi total de juicio crítico. Sus miembros son como niños frente a un profesor, o como adeptos a una persona cuya bondad no se cuestiona. Al mismo tiempo, están constantemente desesperados por obtener, aunque sea a la fuerza, el conocimiento y el poder que esta persona idealizada contiene.

Dada la voracidad y la insatisfacción permanente del grupo, en algún momento genera una automática devaluación del líder, lo hace fracasar y se dirige enseguida a la búsqueda de otro líder incluso más grandioso que el anterior.

Ejemplo: El consejo de una facultad universitaria se reúne periódicamente para resolver los problemas derivados de la investigación y de la docencia académica. El grupo, compuesto por siete miembros, funciona de la siguiente manera: la mayor parte de los miembros no prepara la reunión ni piensa previamente cuáles son los temas que le interesaría resolver. Entre ellos existe un acuerdo tácito de que uno de los miembros es el más capacitado para manejar todos esos temas; a él le entregan siempre la conducción de la reunión, el planteamiento de los problemas, el desarrollo de los mismos y, fuera de algunas flojas intervenciones por parte de ellos, termina siendo esa misma persona quien plantea las soluciones. Cuando dichas soluciones no han dado buenos resultados, el grupo reacciona molesto y reclama por la ineptitud de este colega a quien le han entregado toda la responsabilidad. No es raro que, con el transcurso del tiempo, las altas expectativas del grupo no puedan ser satisfechas por este líder y termine siendo descalificado y reemplazado por otro miembro del mismo grupo.

Se debe tener presente que éstos son estados mentales grupales, y que la tendencia natural es a que el grupo pase por distintos estados mentales, o "funcionamientos de supuesto básico", como los llama Bion. De estar funcionando en supuesto básico de dependencia, pasan a supuesto básico de ataque y fuga, de ahí a un supuesto básico de apareamiento, y así sucesivamente.

El supuesto básico del *apareamiento* es una manera un poco más elaborada de evitar automáticamente la tarea. Consiste en concentrarse en la interacción de dos de sus miembros, una pareja, no necesariamente heterosexual, y en simbolizar en ellos la esperanza de que, fruto de su interacción, se generarán las soluciones que permitirán que el grupo sobreviva. Se trata de una experiencia mesiánica, que espera que una idea, producto del encuentro entre estas dos personas, como una pareja que engendra un hijo, librará al grupo de sus sentimientos de odio, destrucción o desesperación.

Ejemplo: El directorio de una empresa, constituido por ocho miembros, se reúne para resolver un difícil problema administrativo. La observación atenta al funcionamiento del grupo podría arrojar la siguiente descripción: la mayor parte de las intervenciones de los miembros son lugares comunes, intervenciones formales que no

aportan nada nuevo a la resolución del problema. Sin embargo, se permite un diálogo permanente entre dos miembros del grupo, intercambio de argumentación sobre el cual se basa el resto de los miembros para intervenir, pero dejando la impresión de que esperan que el problema sea resuelto por esta pareja.

Es importante subrayar que podemos plantear estos supuestos básicos como una evitación de la tarea, y como la tarea se realiza por medio de las ideas nuevas, los supuestos básicos son un ataque a las ideas nuevas. Esto se debe a que las ideas nuevas siempre son dolorosas y vienen a perturbar el cómodo equilibrio de la inercia psíquica.

Tomando las ideas de Bion, podemos analogar el supuesto básico de ataque y fuga con el estado mental paranoide, el supuesto básico de dependencia con el estado mental maníaco y el supuesto básico de apareamiento con el estado mental neurótico. El estado mental maduro consistiría en el funcionamiento en "grupo de trabajo". Esto significa que el grupo se aboca a la tarea primaria en un estado mental que se contacta con la realidad, con tolerancia a la frustración, realiza un abordaje con métodos racionales y control de las emociones.

Dadas las características del funcionamiento del grupo pequeño, se puede ver que sí es posible el cambio psíquico, pero siempre y cuando se cuente con un líder que sea capaz de manejar los supuestos básicos y llevar al grupo a la aceptación de una idea nueva, o sea, a un funcionamiento en "grupo de trabajo" (Bion 1963).

c. Los grupos grandes, las masas organizadas, y masas no organizadas

En estos grupos, el manejo de la agresión está relacionado con la psicopatología que despliega un conjunto de individuos sin ningún control ni comunicación entre sus miembros. Esta situación grupal evoca una relación con múltiples objetos, que, dada su cantidad y la incapacidad de conexión sensorial y perceptiva con ellos, recuerda los momentos más primitivos y persecutorios en que la relación era con objetos parciales. Vale decir, momentos del desarrollo mental en que se tenía la sensación de vincularse con partes de la madre, con partes del padre, con partes de los objetos, porque no se era capaz de percibirlos como totalidades.

En la condición anterior, los otros son figuras indefinidas, sin identidad ni perfil propio. Están transformados en un mundo de objetos parciales que se ofrecen como una pizarra mucho más lisa y

más blanca que en el grupo pequeño, facilitando en extremo la proyección de las emociones primitivas que transcurren en ese momento (Alford 1989).

Estos mecanismos de proyección abundantes, puestos en una masa anónima, vacian el yo del individuo, que puede oscilar entre un sentimiento de extrema alienación o uno de completa fusión. Esto se potencia con lo que Kernberg señala como la percepción que tiene el individuo de que el grupo amenaza su identidad individual. Tal amenaza está vinculada a la tendencia a que en situaciones grupales se activen los niveles de funcionamiento psicológicos más primitivos, con una gran agresión primitiva destructiva, la cual corresponde a los montantes significativos de agresión no integrada y no sublimada en relaciones diádicas y triádicas, y que ahora son expresados en los procesos grupales (Kernberg 1998).

En estas condiciones, es prácticamente imposible que haya familiarización, es decir, llegar a sentir confianza en el compartir con un grupo de estas características, independiente del período de tiempo de pertenencia, del grado de capacitación, del estatus y de la ubicación dentro de su organización.

Los estados mentales de los grupos grandes se caracterizan por una tendencia mucho mayor a un funcionamiento primitivo que los grupos y asociaciones descritas anteriormente. Su tendencia básica empieza a funcionar en lo que Jaques ha llamado “estado paranoiagénico”, el que tiene características similares al grupo de ataque y fuga de Bion, y que se caracteriza por un moralismo fanático, sadismo, violencia, control paranoide-persecutorio, y búsqueda de líderes con características de personalidad paranoide (Kernberg 1998).

Otro estado mental habitual es el que Kernberg ha denominado “de convencionalismo”. De rasgos similares a lo que Bion llamó “grupo de dependencia”, se caracteriza por infantilización, hedonismo primitivo, tendencias psicopáticas, y la búsqueda de un líder narcisista omnipotente y omnisciente.

Estos estados mentales corresponderían a lo que hemos denominado estado mental paranoide en el primer caso, y estado mental maníaco en el segundo. Ambos son estados mentales a los cuales los grupos grandes y las masas se ven arrastrados, especialmente en situaciones de desestructuración, de crisis y de emergencia social.

La organización, la burocratización y la ideología, sirven al

propósito de mantener un tercer estado mental en el funcionamiento de los grupos grandes y las masas, que se caracteriza por una manía y una paranoiagénesis moderada, enmarcada y controlada. Este estado favorece el desarrollo y crecimiento de los grupos de trabajo y de las individualidades, sin generar los niveles de agobio y de persecución de los estados paranoides y maníacos anteriormente descritos. Es como si por medio de la organización, la burocracia y una ideología *ad hoc*, se creara un marco de acuerdo que mantiene un cierto grado de control sobre las necesidades instintivas, que tienden a descontrolarse en el funcionamiento de grupos grandes. He denominado estado mental neurótico a este estado mental social. Está relacionado con el concepto de Bion de grupos que funcionan en el supuesto básico de apareamiento, o sea, la búsqueda de una pareja, de un otro que produzca soluciones o ideas nuevas, criaturas que van a permitir la supervivencia del grupo en su totalidad. Es como si sectores amplios de la población facilitaran el desarrollo de los grupos de trabajo y de las individualidades que forman parte de la sociedad, y, sin embargo, renunciaran a sentirse capaces de llevar a cabo la tarea por sí mismos. Es por esto que denomino neurótico a este estado mental social, el cual se caracteriza por lograr acuerdos que se traducen en límites que los grupos están dispuestos a respetar. Estos límites serían análogos a los diques represivos de la mente individual, que permiten el pensamiento sin que seamos inundados por las fantasías, deseos y pulsiones del inconsciente.

Quiero señalar aquí una característica propia de los estados mentales de los grupos grandes, característica que es esencial para entender la hipótesis central que planteo en este libro. Me refiero a que estos grupos grandes y las masas, tanto organizadas como desorganizadas, son incapaces de funcionar en estados mentales maduros. Lo que caracteriza en su esencia al estado mental maduro es la tolerancia a la frustración derivada del displacer y el dolor que provoca la agresión no metabolizada, capacidad que posibilita la creación de una idea nueva, un pensamiento. Dicho de otro modo, es un estado mental reparador, que asume la tarea pese al esfuerzo, la paciencia y el dolor que ella implica, lo que le permite restablecer lo que había sido dañado, ya sea por sí mismo o por otro. Como bien lo señala Alford, las masas no tienen capacidad reparadora y, frente a la agresión y la destrucción reaccionan, con la ley del talión. Este es uno de los hechos centrales en los que me basaré para demostrar que la reconciliación en los grupos sociales no es posible, es una ficción, una equivocación que proviene de la extrapolación de un concepto que, perteneciendo a la psicología individual, por un error se traslada a la psicología social.

Las situaciones psíquicas que se producen en los grupos grandes y en las masas no son compatibles con los cambios psíquicos auténticos, permanentes y sólidos. Los estados mentales paranoicos y maníacos son transitorios y no conducen al crecimiento mental; pueden aparentar haber resuelto conflictos, pero se derrumban con facilidad. Al no ser posible alcanzar el estado mental maduro, sólo el estado mental neurótico crea las condiciones posibles para que, desde interacciones individuales, diádicas, triangulares, familiares y de grupo pequeño, se puedan dar los cambios psíquicos necesarios para el desarrollo mental y, de esta forma, conducir a un cambio mental social.

Lo anterior implica que los grupos sociales cambian, la cultura y la política de la sociedad cambia, pero no por modificaciones a escala macro, grupal, sino por los cambios individuales de las personas, las familias y los grupos pequeños. Nuestro desafío consiste en crear en los grupos grandes y en las masas, las condiciones que favorezcan los procesos de elaboración individual, familiar y de grupos pequeños. Una sociedad con individuos, familias y grupos pequeños con más recursos mentales, con más experiencia asumida, tendrá líderes y grupos de trabajo de más calidad, que en los inevitables momentos de crisis, aquellos en que las masas funcionan en estados paranoides y maníacos peligrosos para la sociedad, serán el baluarte que impida la erupción de procesos autodestructivos.

2. Reacción social a la agresión destructiva

a. Agresión mutua y división social a partir de 1970 en Chile

A continuación intentaré una descripción de los hechos a los cuales fue arrastrada nuestra sociedad durante la década de 1970. Tales hechos llevaron a enfrentamientos conducentes a un nivel de agresión destructiva extremadamente alto, que provocó el daño que a su vez nos ha empujado a una delicada situación de duelo. Estoy consciente de la difícil, si no imposible tarea de intentar una descripción objetiva de los hechos sin emitir juicios valorativos, para así poder entender el proceso desde una perspectiva lo más cercana a lo que serían las ciencias psicológicas y las ciencias sociales. Sin embargo, sé que la visión de los hechos que describa ya lleva un montante de subjetividad. He optado por basarme en el Informe Rettig sobre las violaciones de los derechos humanos, documento elaborado por una comisión compuesta por personas de casi todas las tendencias políticas. Tomo las ideas expuestas en la síntesis publicada bajo el título *Nunca más en Chile* (Comisión Chilena de Derechos Humanos 1999).

Para muchos, el origen último de la crisis que cristalizó en septiembre de 1973 debería buscarse en la lucha soterrada entre los distintos y divergentes intereses sociales a lo largo de todo el siglo, e incluso del siglo pasado. El Informe Rettig señala que, entre los orígenes de la polarización que llevó a la crisis del 73, está la llamada guerra fría que se desarrolló mundialmente a partir de los años 50. Tal situación potenció y facilitó la ideologización de movimientos y partidos rígidos y poco tolerantes a las visiones contrapuestas, que ofrecían modelos acabados de solución a los problemas sociales.

A partir de los años 60, sectores políticos de izquierda y de derecha consideraron que la fuerza era el camino prioritario para el cambio o el mantenimiento del modelo de sociedad propiciado. Importantes sectores de izquierda pusieron en primer plano la vía armada, y la derecha, especialmente en los momentos de crisis social, también planteó una salida armada.

b. La desestructuración social en el período 1970-73

Durante el gobierno de la Unidad Popular, se agudizó la polarización ideológica y política. La crisis económica agravó la confrontación, y el nivel de violencia y agresión se fue haciendo cada vez más amenazante, generando un estado social como el que hemos denominado de franca paranoiagénesis. La comisión Rettig plantea que la violencia no fue exclusividad de ningún bando, concluyendo que hacia 1973, Chile vivía un clima objetivamente propicio a la guerra civil.

Las Fuerzas Armadas, que se habían mantenido al margen de la crisis hasta septiembre de 1973, se vieron impelidas a asumir el poder por la amenaza de división y escisión al interior de la institución misma, por amenazas foráneas a la seguridad exterior y por la perturbación creciente del orden público, que ponía en peligro la seguridad interior y el funcionamiento de la economía en sus aspectos más importantes. También contribuyó a la intervención de las Fuerzas Armadas su tradición de vivo anticomunismo y sus conceptos de contrainsurgencia y seguridad nacional. A todo ello se sumó el llamado cada vez más insistente de parte de sectores importantes de la civilidad, que planteaban como única salida a la crisis, una intervención de las Fuerzas Armadas.

c. Relación agredido-agresor en el período 1973-99

Las Fuerzas Armadas, a través de la Junta de Gobierno, asumieron primero el Poder Ejecutivo, y luego el Constituyente y Legislativo.

Había un sector del Ejército cuya ideología estaba inspirada en el concepto de la contrainsurgencia desarrollado en Estados Unidos. Para ellos, la guerrilla no es tal, sino una verdadera guerra cuyo objetivo es liquidar las instituciones del mundo libre en una estrategia hipócrita, que requiere de la contrainsurgencia una respuesta basada en sus mismos métodos. Para este grupo, el concepto de seguridad nacional tenía un valor supremo que autorizaba, en casos extremos, la violación de derechos individuales por motivos de interés general.

Entre enero de 1974 y agosto de 1977 se dio "la época de más dura represión sobre el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), el Partido Comunista y el Partido Socialista, cuyas sus estructuras desaparecieron y sus miembros fueron ejecutados, huyeron al exterior o sufrieron persistentes persecuciones".

En agosto de 1977 se disolvió la DINA (Dirección Nacional de Inteligencia) y, en septiembre de ese mismo año, se creó la CNI (Central Nacional de Informaciones), que prácticamente mantuvo el mismo diseño de la DINA. Este organismo tuvo distintas etapas y mostró gran variación en el número y método de las violaciones a los derechos humanos. Entre noviembre de 1977 y mediados de 1980 se orientó más hacia las tareas de inteligencia política que de represión. En 1979, el MIR inició su operación de retorno para generar una lucha armada contra el gobierno militar. Luego se organizó el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y, más tarde, el Grupo Lautaro. A partir de ese período, la CNI desarrolló una actividad represiva mucho más intensa, haciendo desaparecer a un número importante de personas, escogidas de manera selectiva y con métodos distintos a los períodos anteriores.

El interés de este trabajo no está centrado en la comprensión de los procesos psicosociales que condujeron a la crisis que desembocó en la intervención militar. Tampoco forma parte de los objetivos de este trabajo la comprensión de los elementos psicológico-sociales que condujeron a esos extremos de violencia, con torturas, asesinatos y desaparecimientos, que termino con un total de 3.196 víctimas el año 1990. Sin embargo, es necesario precisar algunos elementos que nos van a ayudar a la comprensión del proceso de duelo que hoy es nuestro principal interés.

A partir del año 70, a raíz de la extrema polarización recién descrita y el aumento del nivel de agresión en la defensa de intereses con ideologías cada vez más rígidas y excluyentes, se generó un ambiente que hemos definido como estado mental persecutorio. En este clima de estado mental social paranoide, la búsqueda de un líder que cumpliera con el supuesto básico de ataque y fuga que la gran parte de la sociedad exigía, era inevitable. Este liderazgo fue asumido por las Fuerzas Armadas y de Orden, y por su comandante en jefe, el general Augusto Pinochet.

El período de intervención militar, en que se aplicó una sistemática fuerza represiva hacia los grupos que se opusieron a la ideología defendida por las Fuerzas Armadas, profundizó la división de la sociedad. El sector constituido por quienes sustentaban el poder y ejercían el control del país, se colmaron de una sensación de triunfo, de poseer la verdad, tuvieron en sus manos el monopolio de la coerción, y fueron descuidados en el respeto a los derechos humanos, amparados por una convicción ideológica en la justicia de su acción, y por una burocracia que los protegía.

El otro sector de la sociedad, perdedor, sometido y, a consecuencia de su derrota, mucho más destruido y dañado, incubó sentimientos de odio, resentimiento y deseos de venganza.

Estoy haciendo la descripción de la psicología de los grupos, independientemente de que, en el ámbito individual, los sentimientos y pensamientos pudieran ser mucho más moderados.

3. La sociedad dañada. Proceso de duelo

El ejercicio de la agresión y la violencia daña y destruye, generando una condición mental que denominamos duelo, la que consiste en el trabajo psicológico que deberemos hacer para asumir la pérdida e integrarla a nuestra memoria. Vimos las condiciones, tanto

internas como externas, que se requerían para llevar a cabo dicho proceso de duelo. Mientras menos de tales condiciones se cumplan, más difícil se hace el duelo. El objetivo final del proceso de duelo consiste en reparar aquello que se dañó, de manera tal que terminemos sintiendo que lo hemos transformado en algo bueno y que, además, queda protegido en la mayor medida posible de un eventual nuevo ataque destructivo.

En el capítulo II llegamos a la conclusión de que, en este exigente proyecto de reparación, el agresor juega un papel muy importante. Planteamos que el proceso de elaboración del duelo consiste en una interacción permanente entre el agresor y el agredido. El pronóstico, la calidad del duelo, van a estar determinados por los estados mentales en los cuales se produzca tal interacción. Vimos que, de la interacción de los estados mentales del agresor y del agredido, resultan dieciséis posibilidades. Sólo en siete de ellas se hacía probable una resolución del duelo y la consiguiente reconciliación, que es el objetivo en el duelo individual. Esto se debe a que lo único que permite el cambio de un estado mental hacia la madurez es la capacidad de contención del otro, vale decir, su grado de madurez. Basta con que uno de los miembros de la pareja agresor-agredido asuma esta actitud madura, consistente en la capacidad de devolver comprensión bajo la forma de reconocimiento de la agresión (en otras palabras, devolver amor por agresión), para que se pueda movilizar un proceso de elaboración.

a. El grupo es incapaz de reparar

En el capítulo IV describimos las características esenciales del comportamiento psicológico en los distintos tipos de asociación que puede establecer un individuo. Aludimos al nivel de funcionamiento primitivo de los grupos grandes, de las masas organizadas o no organizadas —que sólo funcionan en estados mentales paranoicos, maníacos y neuróticos— y que no tienen acceso en ese estado grupal a un funcionamiento maduro. Ello nos ha llevado a plantear que el grupo no puede reparar, no puede contener, no puede devolver amor por agresión, porque para que esto se produzca se requieren tres condiciones: amar a un otro concreto, percibir que aquel que es objeto de nuestra agresión también es alguien querido, y que la culpa por el daño hecho no sea tan intensa, no sea culpa persecutoria sino depresiva (Alford 1989).

Ninguna de estas tres condiciones psicológicas se cumple en los grupos. A continuación, las describiré con mayor detención, centrándome en su incompatibilidad con el funcionamiento grupal.

Amar a otro concreto. El amor capaz de contener, que devuelve la agresión modificada, que es capaz de reparar, es aquel que se siente por una persona concreta. Para Meltzer, sólo las relaciones íntimas permitirían el despliegue de nuestras pasiones de tal forma que podamos experimentar total y concretamente los conflictos con significado emocional. Entre estos conflictos, el más importante es el que nos contacta con el hecho de que odiamos y amamos a la misma persona, en una relación que nos desafía a verificar constantemente que predomina el amor por sobre el odio, requisito fundamental para el desarrollo y el crecimiento mental. Las relaciones que no se constituyen con ese grado de emoción que permite la relación íntima, no contribuyen en nada a nuestro crecimiento y desarrollo. A lo más se transforman en experiencias intelectualizadas o disociadas, es decir, no integradas a nuestra mente y, finalmente, abandonadas.

La interacción en grupos grandes, como precisamos en el capítulo IV, se caracteriza por generar una amenaza que lleva al sujeto a una pérdida de identidad, ya sea a través de un fundirse en el grupo o de un aislamiento defensivo. Estas emociones difusas, con características persecutorias y maníacas, no son tienen la capacidad de servir de fundamento a ninguna relación particular, ya sea real o imaginaria, que desarrolle la intensidad emocional necesaria para el aprendizaje emocional.

Como señala Fred Alford (1989): “En el grupo, el aprendizaje emocional se frustra, porque su condición primaria no está presente: amor por un otro concreto. Freud consideraba que es psicológicamente casi imposible *amar al prójimo como a sí mismo*. El amor hacia otros abstractos, señaló, necesariamente es un amor débil. No se trata de que las relaciones hacia otros que son abstractos no sean intensas; pueden serlo, pero son más primitivas, gobernadas por principios más cercanos a la moral del talión que a la moral de la reparación”.

Percibir que aquel que es objeto de nuestra agresión también es alguien querido. Planteamos antes que la pertenencia a un grupo, junto con gratificaciones, implica diversas amenazas para el individuo; entre ellas, las posibilidad de pérdida de la identidad, de fusión con el grupo, aislamiento y sentimiento de exclusión (Kernberg 1988), búsqueda de un enemigo externo (Bion 1963) o búsqueda de un grupo que todo la satisfaga y en el cual poder fundirse (Canetti 1983, Anzieu 1993). Tales amenazas generan altos montantes de ansiedad, que llevan al uso de un mecanismo de defensa muy eficiente, pero muy endeudador, que permite mantener la pertenencia al grupo y, al mismo tiempo, disminuir el nivel de ansiedad. Este mecanismo es el

de separar lo bueno de lo malo, de tal manera que se construye un mundo en blanco y negro. El grupo se identifica con lo bueno, lo idealizado, e identifica al enemigo externo con lo malo, lo rechazado. En estas condiciones, es imposible que se dé el sentimiento de aprecio y preocupación por el otro. Este otro, al ser portador de todo lo malo, no sólo no debe ser reparado, sino más bien atacado y destruido.

Que la culpa por el daño hecho no sea tan intensa; no sea culpa persecutoria, sino culpa depresiva. Esta situación puede llegar a ser dramática, porque el funcionamiento desconfiado de las dinámicas grupales hace que un gesto positivo proveniente del contrincante sólo logre aumentar el sentimiento de persecución y de culpa persecutoria. Frente a un gesto de acercamiento del que se considera enemigo, su contraparte corre el riesgo de darse cuenta de que el otro podría ser alguien bueno, situación que despertaría una culpa insoportable, imposible de manejar en condiciones grupales. Por lo tanto, el grupo redobla el mecanismo de idealización-devaluación y necesita considerar que tal demostración de acercamiento no es sino una nueva estrategia hipócrita de la cual hay que defenderse y a la cual se debe responder atacando.

La culpa que nosotros llamamos culpa depresiva (depresivo no en el sentido patológico, sino por la emoción de tristeza que acompaña el darse cuenta de cuán limitado y pequeño se siente quien la padece) no persigue, sino que genera preocupación; motiva y empuja a la reparación de lo dañado.

b. La reacción social paranoide y maníaca

Una vez examinadas las difíciles condiciones para que se dé un proceso de elaboración del duelo individual, y si a ello le sumamos las dificultades inherentes a la dinámica social, podremos entender cuán difícil tarea, que a ratos parece imposible, es el proceso de duelo en un grupo. Una sociedad cogida por la violencia, la agresión y la polarización entre sometedores y sometidos, reacciona tendiendo hacia el estado mental paranoide, especialmente en aquellos directamente involucrados en el conflicto; y hacia el estado mental maníaco, en aquellos que en alguna medida se pueden marginar de él. En los primeros predomina la persecución, el odio, la envidia y el terror, junto a la destrucción; y en los segundos, la superficialidad, la ironía, la frivolidad, la negación y la simplificación.

Para el sector social en el que predomina la persecución, la realidad es vivida como amenazante y no hay otra alternativa que contraatacar o huir. En él no existe culpa, para él la destrucción se

produce a causa del daño que hacen los demás, frente a los cuales hay que defenderse. No hay concepto de justicia, la moral que predomina es la ley del talión. Domina el más fuerte, sin consideración a la situación del otro; su objetivo es siempre aniquilarlo. En este mismo estado mental, la persecución puede alcanzar niveles tan altos, que los grupos se defienden negando la existencia del daño, de la destrucción y de su participación en él.

Los sectores que reaccionan en estado mental maníaco también están respondiendo a la persecución, pero ésta tiene una intensidad un poco menor, de tal forma que les permite elaborar respuestas que los tranquilicen, aunque sean simples, superficiales y convencionales. Las respuestas son rígidas y no pueden ser puestas en tela de juicio; tienen características de omnipotencia y permiten un control total de la situación. En este estado mental, nada de lo que ha pasado es tan terrible, la búsqueda de la verdad y la aclaración de los hechos no tienen importancia. Lo único que importa es eliminar del horizonte la amenaza del dolor y la persecución que provendrían si se tomara contacto con la complicidad que se tuvo en la destrucción del otro, y el monto de esa destrucción. Las reparaciones propuestas son muy parciales y no tienen en consideración el dolor del otro. La actitud en general se traduce en un “olvidemos todo”, “borrón y cuenta nueva”, “demos vuelta la página”, “seamos como una familia unida”, “como buenos hermanos” y “reconciliémonos pronto”.

Es en este contexto que debemos preguntarnos qué significa reconciliarse: ¿A qué aspiramos? ¿Cuál es el proceso que nos puede llevar a un estado tan loable?

Capítulo V ELABORACIÓN DEL CONFLICTO

1. Acuerdo social más que reconciliación

a. Reconciliación: definición y concepto

Según el Diccionario de la Real Academia Española, *conciliar* significa: 1. Componer y ajustar dos ánimos que estaban opuestos entre sí. 2. Conformar dos o más proposiciones o doctrinas al parecer contrarias. 3. Granjear o ganar los ánimos y la benevolencia. Alguna vez se dice también del odio y aborrecimiento.

En el mismo Diccionario, el término *reconciliar* significa lo siguiente: 1. Volver a las amistades, o atraer y acordar los ánimos desunidos. 2. Restituir al gremio de la iglesia a alguien que se había separado de su doctrina. 3. Oír una breve o ligera confesión. 4. Bendecir un lugar sagrado por haber sido violado. 5. Confesarse de algunas culpas ligeras u olvidadas en otra confesión que se acaba de hacer.

Las definiciones del término reconciliación tienen una connotación dirigida a señalar el retorno de alguien extraviado al seno de una institución o religión, excepto la primera definición, que rescata el sentido de volver a la amistad y a la unión. Tal como lo señala el término, es un volver a una situación que se poseía previamente. Para que exista reconciliación tiene que haber habido conciliación, esto es, tiene que haber habido un estado de cosas en que dos o más proposiciones o doctrinas, al parecer contrarias, se habían armonizado. O dos ánimos opuestos entre sí habían logrado componerse y ajustarse.

Sin embargo, hemos señalado que una de las características esenciales de los comportamientos sociales es la tendencia al uso de mecanismos de defensa caracterizados por dividir las cosas en buenas y malas y proyectar lo malo hacia afuera, lo que genera situaciones de permanente desacuerdo. De hecho, no podría ser de otra manera, si consideramos la historia como dinamizada por fuerzas sociales en permanente controversia, como revisaremos luego.

Esto se ve confirmado por los hechos históricos. Sin ir más lejos, recién hemos descrito la situación política de los últimos treinta años de nuestro país, la cual está marcada por una antigua historia de grupos ideologizados en oposición e, incluso, contactados con grupos mundiales en permanente oposición. O sea, si aspiramos a reconciliarnos, debemos primero preguntarnos: ¿hubo conciliación

antes de vivir el período político de estos últimos treinta años? Excepto las uniones transitorias, en obediencia a los mismos principios primitivos de funcionamiento grupal que se generan frente a la emergencia de un enemigo externo —como en algún momento lo fueron España, Perú, Bolivia o Argentina—, el resto de la historia de Chile confirma esta permanente confrontación.

Conciliarse y reconciliarse son dos términos muy acertados para describir los proceso de reencuentro después de una ruptura de relaciones personales —no colectivas— donde antes hubo conciliación.

Sin embargo, y es aquí donde nos interesa la psicología social, la dinámica psicológica de los grupos y masas favorece las reconciliaciones individuales o las entorpece. En los estados mentales paranoides se hacen muy poco probables las reconciliaciones personales: todos los individuos tienden a funcionar en ese estado mental y se requiere de una capacidad mental excepcional para retrotraerse de la fuerza de tal condición grupal. En el estado mental social maníaco se hace más probable la reconciliación personal, aunque aún es escasa: sólo la consiguen aquellos que logran sacudirse de la frivolidad del planteamiento convencional y simplista. Pero, en tal caso, se exigen condiciones mentales excepcionales.

La situación es diferente si el estado mental social es neurótico. Es éste un estado mental que permite lograr acuerdos entre los sectores confrontados; establece marcos favorables a los procesos de los grupos de trabajo al interior de las organizaciones involucradas, favorece el crecimiento de los individuos creativos en los ámbitos artísticos, científicos, sociales y religiosos. Esto crea las condiciones para que se multipliquen las reconciliaciones individuales que, en definitiva, terminan cambiando el perfil del grupo.

La reconciliación individual es posible porque los individuos pueden hacer duelo, reparar el objeto dañado e internalizarlo, esto es, introyectarlo, identificarse con él, enriqueciendo la identidad de la persona. En esto consiste lo esencial de la re-conciliación: en un volver al vínculo, al concilio.

Distinto es el caso, como veremos a continuación, cuando se trata de masas, de grandes grupos.

b. Ingenuidad e inconveniencia de promover y esperar la reconciliación social

Desde un punto de vista psicoanalítico, las masas no tienen espacio mental donde introyectar, no tienen memoria; como dijo Freud, no tienen sentido del pasado. Responden como si no tuvieran historia, como si fueran sólo un grupo de miembros sin identidad previa y sin identidad fuera del grupo. Los grupos no hacen duelos ni reparan. No alcanzan el estado mental reparatorio, porque su condición mental persecutoria les impide preocuparse por ese otro que es el objeto del intento de reparación. Por tal razón, entre los grupos no hay vínculo. Nunca hay conciliación entre ellos, y menos puede haber reconciliación.

Las masas y los grupos grandes sólo pueden pactar, convenir, concertar, negociar, armonizar, contemporizar, acordar. Y esto en el mejor de los casos, cuando los niveles de regresión —vale decir, de persecución y de odio— están en un grado aceptable, gracias al manejo adecuado por parte de los líderes y de los grupos de trabajo que ellos mismos dirigen. De ahí la importancia de la capacidad de consensuar de los líderes, sobre todo en épocas de crisis. Y ello sin perjuicio de que, en otros estamentos sociales, sus líderes desarrollen posiciones de vanguardia menos contemporizadoras, más disruptivas, más arriesgadas y menos consensuales.

Es importante insistir en algo que señalé anteriormente, como es que la dinámica paranoide de los grupos grandes, especialmente en situaciones regresivas, los lleva a defenderse con los mecanismos de escisión y proyección no sólo frente a las amenazas, sino también frente a las actitudes amistosas. Las primeras, porque despiertan temor; las segundas, porque acercan al sentimiento de culpa que les resulta intolerable. Los grupos no responden según como son tratados. La psicología de grupos no es un "modelo de espejo", como señala Fred Alford.

Elizabeth Lira y Brian Loveman, en un resumen de su libro *Las suaves cenizas del olvido. La vía chilena de reconciliación 1814-1932* (1999)*,,* publicado en revista *Mensaje* de junio 1999, describen cómo el tema político de la reconciliación ha estado siempre presente en Chile desde el siglo XVI. Los autores plantean que la reconciliación aparece como una invitación a deponer las diferencias y las rencillas pasadas en función del bien común y la paz social para lograr el reencuentro, invitación sustentada en la pertenencia común a la patria y a la *familia chilena.* "Después de cada ruptura, en el siglo XIX se plantean cómo construir y reconstruir una supuesta *familia chilena unida*. Los líderes políticos, en sus esfuerzos por lograr esta reconciliación, formulaban definiciones complejas sobre la verdad, la justicia, la amnistía, la impunidad, la concordia política, el olvido y la

reconciliación de manera polémica, consciente y refinada". Más adelante me refiero al peso que cae sobre los hombros del líder cuando se le plantean exigencias imposibles, como queda demostrado en lo que ha pasado en la historia del liderazgo chileno.

Los autores señalan que, en general, los líderes tomaban en cuenta el clima político nacional, las coyunturas internacionales, y pensaban en las sensibilidades protocolares, sobre todo en las apariencias. En seguida, van haciendo notar cómo la reconciliación es una propuesta política utópica, que significó muchas veces una armonía ilusoria y una tolerancia pragmática de las diferencias. Sólo permitía restablecer coyunturalmente la estabilidad política y poner fin a las guerras civiles. "Pero dichos conflictos, a los que se les corría el velo del olvido, podían inducir nuevas rupturas cada vez más violentas, como ocurrió en 1891. A pesar de todo esto, entre 1932 y 1964 la reconciliación basada en los indultos, las amnistías individuales y colectivas, se multiplican". "Las amnistías se trivializaban hasta el extremo de constituirse en elementos rutinarios de gobierno. Regía la impunidad como premisa implícita para gobernar".

Al mismo tiempo que Lira y Loveman van cuestionándose esta aspiración a la reconciliación, describen en forma paralela la persistencia de visiones opuestas y antagónicas del bien común, del régimen político legítimo y de la utopía social a partir de 1814. "La existencia de grupos nacionales dispuestos a definir a los otros como enemigos ha sido un factor decisivo en las rupturas y en la polarización y violencia política". Más adelante señalan que "desde 1932 hasta 1970 no hubo ruptura en el sistema político. Pero siempre hubo amenazas de ruptura, motines, rebeliones, sediciones, conspiraciones y anuncios de una guerra civil que venía". "La batalla ideológica entre el capitalismo liberal y las alternativas social-cristiana, corporativistas-fascistas y marxistas fue constante. Los adversarios del capitalismo y del modelo republicano liberal nunca aceptaron la Constitución de 1915 y el orden sociopolítico que lo fundamentaba, igual que los liberales del siglo XIX no aceptaron, antes de 1874, la Constitución de 1833. Los social-cristianos, los falangistas, las variadas corrientes del socialismo y los comunistas, denunciaban sin tregua el régimen constitucional, social y económico. Como los pipiolos y radicales en el siglo XIX, operaron dentro del sistema sin aceptar su conveniencia ni su legitimidad".

La historia de la sociedad chilena se desarrolla en la interacción de grupos en pugna, como es lo propio del devenir histórico de todas las sociedades. Lo que he quiero señalar es que la historia nos

confirma lo que el funcionamiento grupal del punto de vista psicológico nos sugiere: que entre los grupos sociales no existe el concilio y, por ende, tampoco la re-conciliación.

Tratando de entender cuáles son las motivaciones a los insistentes llamados a la reconciliación de los chilenos, podríamos señalar distintas hipótesis.

En primer lugar, este llamado provendría fundamentalmente de sectores sociales con muy poca tolerancia a la incertidumbre y a la agresión. Apoyados en los mecanismos primitivos del funcionamiento de grupos grandes, adhieren a soluciones relativamente simplificadas, que minimizan el daño y la seriedad de las consecuencias generadas por el conflicto destructivo.

También puede plantearse que el llamado a la reconciliación se ve avalado por uno de los mecanismos que, según plantea Kernberg, es usado con frecuencia para disminuir la paranoiagénesis en las organizaciones y en los grupos sociales. Esto es, las llamadas "ideologías humanistas", que pueden constituir una herramienta de suma utilidad en la disminución de la actitud mental paranoide de una organización o de los grupos sociales; no obstante, también se prestan para ser usadas por un estado mental maníaco que las desfigura y las plantea como una solución simplona carente de realismo y de comprensión profunda, especialmente hacia los grupos más afectados. En el caso de nuestro país, me refiero a la poca empatía hacia quienes han sido víctimas del atropello de los derechos humanos, como también hacia las Fuerzas Armadas. Frente a ambos grupos se plantean soluciones de reconciliación que, desde la situación histórica actual, resultan impensables.

Otro factor que podría ayudarnos a entender la urgencia en reconciliar a grupos sociales en controversia, puede ser la tendencia a los proyectos políticos de carácter totalizante tan frecuente en nuestro país. En *Historia contemporánea de Chile,* vol. II (1999), Gabriel Salazar y Julio Pinto en el capítulo I, referido al proyecto de Orden y Unidad Nacional, denuncian tal actitud: "De allí su carácter totalizante: si no se consigue que el conjunto de la nación se pliegue a estos objetivos nacionales diseñados y dirigidos por una minoría gobernante, se llega a la conclusión de que la estabilidad y *los destinos* del país están en jaque; la crisis de una clase o del proyecto de dicha clase es la crisis del país en su conjunto". Más adelante señalan: "La idea de *los intereses generales de la nación* y de una *revolución en libertad*, de la *restauración del país* y los actuales *proyectos-país* y *servicio-país* están emparentados con ella. Y liderar la sociedad chilena ha sido hacerse

cargo de ese proyecto nacional unitario. Recordemos, a modo de ejemplo, el lema de nuestro primer presidente electo en el nuevo período democrático: el presidente *de todos los chilenos."*

También ha contribuido a esta confusión la extrapolación automática de acontecimientos psicológicos que corresponden a la psicología individual, hacia el plano de los hechos psicológicos que transcurren en la psicología social. La reconciliación es un fin anhelado en las relaciones individuales, en las relaciones con uno mismo, en las relaciones diádicas y triádicas, en las relaciones familiares; e incluso, aunque con dificultad, es posible en grupos de trabajo. Sin embargo, es una conducta psicológica que no puede darse en las relaciones entre grupos grandes, entre las masas, sean o no organizadas.

A continuación, quisiera citar del texto de *El Chile perplejo,* de Alfredo Jocelyn-Holt (1999), una muy ilustrativa descripción del fenómeno de reconciliación inauténtico, superficial, que obedece a una pseudo-reparación:

Todos recordamos el comercial ese, de hace años, en que padre e hijo estallan en iras. Literalmente están por tirarse los platos por la cabeza. El hijo decide irse. Es una escena infernal. Tiene razón el viejo Sartre, el de *Huis clos*, el infierno son los "*otros*". Pues bien, finalmente hemos superado el infierno.

Un poco más de maquillaje, uno que otro ensayo, y la cámara nuevamente hace lo suyo. Se apagan las luces, y ... ¡acción!... Toma dos: una gran torta con velitas y detrás de ellas la cara medio sonriente, un poco bobalicona del hijo pródigo que viene de vuelta. Se acerca, *y más, pero mucho más*. Va hacia el padre. Al punto que uno comienza a preocuparse. No vaya a ser que le plante el tortazo en la cara. No, siempre el no. *El amor es más fuerte*. Se produce el reencuentro. Padre e hijo se *reconcilian.* Gracias *"Clos de Pirque"*, *la alegría ya llegó*.

Esa es la primera versión de la reconciliación. La segunda es más confusa. *Se te olvida*... Ocurre también en la televisión y, por cierto, en un comercial. Es reciente.

Hombre maduro, aunque joven, viene a buscar a Niño. No cuesta mucho darse cuenta de que son Papá e Hijo, en casa de este último, en realidad de Mamá, aunque probablemente la de Papá alguna vez, quizás pague todavía los dividendos. Todo un lío.

Es que es el día que papá tiene derechos de visita y salida. Lo pasan *bacán*. Se nota que son el mejor amigo el uno del otro. Pasean, juegan, en los columpios —bueno para el equilibrio—, quizás un mall, *a la sombra de la mano invisible*, hasta que llega la tarde.

Toma dos: en el departamento de "*soltero*" de Papá. Deciden cocinar. Está de moda. Pero Papá no digamos que es muy diestro. Se caen los platos, los cubiertos, es el caos mismo. Está visto que Papá no sirve mucho para esto de vivir solo. Así y todo, Papá encuentra la solución. Salsa de tomates Malloa. Unos tallarines, salsa de tomate, y nuevamente se sale del paso.

Toma tres: Papá e Hijo vuelven a casa de Mamá. Tocan el timbre. Sale Mamá. Se intercambian miradas. Papá le pasa a ella la mano del niño. Mamá extiende la suya. Niño los mira a los dos, y en un acierto espontáneo, une manos de Mamá y Papá. Todo muy tierno, todo muy incómodo. ¿Cómo salir del paso? Muy simple, *el amor es más fuerte*. Se abrazan todos, de nuevo estamos en plena reconciliación. Corte.

Moraleja: salsa de tomates Malloa une. Aunque pensándolo mejor, no está del todo claro por qué exactamente.

¿Más de lo mismo? ¿Más de lo mismo, pero mejor? ¿Ni más ni menos, sino todo lo contrario?

Cierto sub-texto, que apenas se atisba, pareciera estar diciéndonos otra cosa: que, en realidad, la salsa es incomible. En el fondo, a lo que voy, es que el niño no quiere más guerra, no quiere más salsa de tomates. Lo que Dios ha unido, que los niños angelicales de este mundo en crisis vuelvan a reparar. Y todo, por cierto, gracias a Malloa. Con un poco de salsa, maquillada pero aún roja, rosada a estas alturas, todo se recompone.

¡Chile!... ¡La alegría ya viene!..."

Entre otras, una de las razones porque me he detenido en denunciar la expectativa desubicada e ingenua de reconciliación al tratarse de las masas, es porque es una exigencia que recae con todo su peso en los líderes. Las masas no hacen experiencia. Son los individuos aislados los que, por sus capacidades excepcionales, hacen verdadera experiencia política, y es a ellos que, en el mejor de los casos, las sociedades más sanas eligen como líderes.

El progreso de la humanidad está basado en la conducción hecha por sus líderes. Si por procesos regresivos mal conducidos éstos no logran mantener el nivel socio-cultural alcanzado, somos capaces de

repetir las más atroces conductas, con niveles de destrucción jamás imaginados. Hay que subrayar que cuando me refiero a líderes no apunto sólo a los presidentes de las naciones, a los líderes de primer rango ni a los caudillos, sino también a los líderes de grupos, de instituciones y de masas organizadas. Dentro de éstos, a los líderes de los "grupos de trabajo", que definimos en el capítulo VI.

Someter a los líderes a una búsqueda de reconciliación es exigirles una tarea de lealtades imposibles. Un buen líder, que cumple las condiciones que vamos a describir en el próximo capítulo, dentro de las cuales una dosis adecuada de carácter paranoide lo ayuda a darse cuenta del peligro real, sabe que las masas funcionan en estados mentales paranoicos y maníacos; que, por lo tanto, no perdonan; que su mirada es en blanco y negro, porque son ahistóricos, porque no son capaces de valorar lo que se ha obtenido en el pasado. Un error es como una gota de tinta en un jarro de agua cristalina: lo tiñe todo, el pasado, el presente y el futuro. El líder sabe que si se equivoca y genera un proceso regresivo en las masas o grupos que dirige, no van a contrastar ese hecho desafortunado con sus buenas obras; más bien, todo lo que ha hecho va a quedar transformado en algo desvalorizado, el presente descalificado por el yerro, y el futuro sembrado de desconfianza. Camina a la destitución. Por lo tanto, sabe que no es aconsejable pedir a su grupo que se reconcilie. Sería un error. Al final, el líder que busca reconciliación entre grupos queda atrapado entre la demanda paranoide del sector más afectado, que pide venganza, y la demanda maníaca del grupo menos afectado, que plantea una rápida reconciliación. Esto se traduce en un liderazgo que alterna entre satisfacer una u otra de estas demandas, desconcertando y dejando insatisfechos a ambos sectores, sin claridad en su proyección a futuro ni identidad propia en cuanto a la resolución del conflicto en cuestión.

En cambio, pedirles a los líderes que se esfuercen por conducir a las masas, a las organizaciones, instituciones y grupos de trabajo, a crear condiciones que favorezcan el proceso de duelo, es una exigencia sensata y estimulante. Ella desafía la creatividad y el realismo del líder que, como veremos en el capítulo siguiente, es un elemento esencial en el tránsito por el largo proceso de duelo social.

c. Sentido de la elaboración de un duelo social

Si la reconciliación social no es posible, ¿qué nos motiva a hacer un proceso de duelo social? Tal vez podamos extraer la respuesta de las características de nuestro funcionamiento mental. La reconciliación completa nunca es posible, tampoco en la psicología individual. Podríamos decir que nuestra vida es un transcurrir permanente

tratando de reconciliarnos lo mejor posible con quienes son y han sido nuestros enemigos. Pero nunca lo logramos completamente. Por lo tanto, la motivación a la reconciliación no proviene del logro de un resultado final, porque, si así fuera, desalentados ya habríamos abandonado a poco andar la gran tarea que nos impone el vivir. La tendencia a la reconciliación, a la actitud de reparación de aquello que hemos dañado, proviene de una fuerza que nos da la certeza de que crecemos, nos desarrollamos y nos enriquecemos en la medida en que enfrentamos el desafío de la reparación, independientemente de cuánto y cuándo lo logremos, esto es, aunque no tengamos asegurada la meta.

Es esta fuerza la que se denomina instinto de vida, pulsión de vida, pulsión genital, pulsión amorosa, por sobre el instinto de muerte, pulsión de muerte, pulsiones pre-genitales, pulsión de odio, pulsión destructiva. Es desde esta fuente de energía libidinal positiva —amalgamada por el amor que hemos recibido en el pasado más lo constitucional heredado— que tenemos la certeza de que vamos a crecer si enfrentamos las consecuencias de nuestros actos. Actos que albergan inevitablemente la carga destructiva propia de nuestra ambivalencia, y de los cuales, movidos por la pulsión de amor, nos vamos a hacer cargo responsablemente.

Hacerse cargo responsablemente exige una condición básica: el recuerdo. El gran enemigo del desarrollo y del crecimiento mental es la tendencia a querer deshacerse de los hechos acontecidos cuando éstos nos son dolorosos, como si no hubieran sucedido.

Lo importante, entonces, es que se dé un proceso de elaboración y de reparación, más allá de que el objetivo final sea una reconciliación lograda o sólo un camino que se justifica en sí mismo. En el caso de la psicología individual, está además la promesa de la gratificación de la reconciliación, aunque ella no sea plenamente lograda En el caso de la psicología social, la esperanza está en que las elaboraciones y reparaciones individuales que su estructura y organización favorecen, conduzcan a un crecimiento cultural y político. Tomo un texto de Gregorio Marañón (citado por Jocelyn-Holt 1998):

La gran lección que la historia nos da cada día y que nosotros no queremos nunca aprender, es que no ha habido jamás tiranía que no hayan merecido los que la sufren. En realidad, el tirano es siempre el vengador de nuestras propias culpas, y para que desaparezca, no es a él a quien hemos de vencer, sino a nosotros mismos.

Mientras esta verdad no se clave para siempre en el alma de los

hombres, seguiremos con el mismo juego de hoy, de matar a un gesto violento con otro gesto violento, a una tiranía con otra tiranía. Del gesto del domador sólo nos liberará para siempre el que cada cual tenga su tirano en su propia conciencia.

La oportunidad de reparación se ofrece en el recordar reiteradamente, desde distintas perspectivas, una y otra vez, las veces que sean necesarias. Recordar en condiciones que van a permitir que los miembros que configuran los grupos, las instituciones y los grupos de trabajo, lleven a cabo reparaciones e incluso reconciliaciones individuales, que van contribuyendo al desarrollo de la cultura y permitiendo hacer experiencias para no repetir la historia.

d. Condiciones para la elaboración del duelo social

Las condiciones sociales que facilitan este proceso de recuerdo elaborativo, son aquellas que disminuyen los niveles de estados mentales sociales paranoides y maníacos; aquellas que, estableciendo acuerdos, fomentan el estado mental social neurótico y favorecen así el desarrollo de los procesos de reparación individual y de reparación en los grupos pequeños, en la familia y en los grupos de trabajo. Y en todo ello tiene un papel fundamental el líder.

Este proceso elaborativo del recuerdo es, básicamente, un proceso de conocimiento. El crecimiento de las sociedades, de los grupos y de las personas, está determinado por la capacidad de conocer en todas sus dimensiones, desde sus aspectos más contemplativos hasta los más ligados a la acción. Sin embargo, los procesos sociales destructivos (como también acontece con los procesos individuales), muchas veces no son de fácil comprensión. Requieren abrir nuevas ventanas al conocimiento, desplegar nuevos horizontes, espacios mentales que nunca habían sido explorados; exigen el máximo de creatividad del ser humano. Este mirar desde distintas perspectivas el hecho histórico traumático y doloroso, para ir aproximándose progresivamente a una comprensión que conduce a la elaboración —y si bien no a la reconciliación, a una sociedad cuyos niveles de interacción se complejizan y se enriquecen—, se lleva a cabo primordialmente a través de tres áreas: el arte, las ciencias sociales y la religión.

Para que se pueda dar este proceso de pensamiento se requiere un manejo social de liderazgo que es muy difícil cuando el trauma está muy fresco, o cuando las condiciones sociales están en un nivel de regresión primitiva paranoica y maníaca que la hacen caótica. En estas situaciones de crisis, el objetivo del liderazgo es disminuir los niveles de paranoia y de manía, de forma tal que los grupos entren en una

interacción adscrita a un marco que no incentive la persecución ni la negación; y que, en estas condiciones de respeto y recuerdo, se favorezca al interior de los grupos, instituciones y organizaciones que conforman la sociedad, el pensamiento elaborativo, el pensamiento reparador.

En el caso de nuestro país, me refiero de manera particular a que los sectores de izquierda identificados con los grupos de detenidos desaparecidos y sus familiares, puedan pensar sin un clima paranoide ni maníaco desde sus individualidades y sus grupos de trabajo, la dolorosa historia por la que han tenido que pasar. Pero, al mismo tiempo, los sectores de derecha identificados con los grupos militares que condujeron el proceso, y las instituciones militares propiamente tales, puedan tener las condiciones necesarias para pensar con un nivel lo más reducido posible de ambiente persecutorio y maníaco, su participación en lo positivo y en lo negativo del proceso histórico que les ha tocado vivir.

En este clima de acuerdos, definido anteriormente como propio de un estado mental social neurótico, se crea un clima de respeto que facilita el recuerdo. Pero un recuerdo que no consiste en la nostalgia infantil idealizadora, donde lo negativo está proyectado y se es víctima de él sin asumir la propia participación activa.

Para que el recuerdo no sea parcial, necesitamos a la contraparte. Debido a que en el funcionamiento grupal tendemos a la proyección y negación, necesitamos que el otro nos recuerde. La derecha debe recordarle siempre a la izquierda el desorden y el caos al que se atrevió a llegar, arriesgando seriamente la institucionalidad del país. La izquierda debe recordarle siempre a la derecha el ejercicio autoritario de la fuerza, el descontrol, la insensibilidad, el atropello a los derechos humanos y el sectarismo ideológico con que gobernó durante el período militar.

En este proceso de elaboración del duelo social, lo que nos interesa en definitiva es que las organizaciones e instituciones que participaron en la generación y en el mantenimiento del conflicto destructivo hagan experiencia, de tal forma que frente a conflictos similares en el futuro, tengamos respuestas más creativas y menos destructivas. Ello implica que los sectores de izquierda de este país sean capaces de revisar con seriedad, con objetividad, su participación en el caos político, social y económico al que condujeron al país. Sean capaces de elaborar la reacción maníaca (o sea, la generación y perduración de un estado mental maníaco) que minimizó, trivializó y negó la realidad de las características de las Fuerzas Armadas de

Chile, esto es, su estructura, su poder, su verticalidad de mando y la violencia frente al enemigo mostrada a través de la historia, como también su profundo sentimiento anticomunista y su adoctrinamiento en la seguridad interior del Estado.

La elaboración del duelo social también requiere que las Fuerzas Armadas revisen, estudien, analicen y elaboren la violencia y el autoritarismo excesivo con que actuaron por muchos años. Examinen la conformación de los servicios de inteligencia en períodos críticos, su autonomía de los mandos centrales, los procedimientos para obtener información del enemigo, las estrategias y tácticas de guerra diferentes según se apliquen un enemigo interno o a uno externo, los inconvenientes de aplicar doctrinas de seguridad elaboradas por otros países. No sé si son los temas pertinentes que se deben estudiar; los señalo para ilustrar que, sea cual sea el lado desde el cual se mire el conflicto grupal y el consiguiente duelo, se requieren reflexión, toma de conciencia y elaboración.

Como voy a reiterar en varias oportunidades, este proceso elaborativo debe darse al interior de la institución u organización grupal involucrada. La contraparte le recuerda que debe hacerlo, pero no se inmiscuye en su territorio. Los sectores afectados por la dictadura deben recordarles a las Fuerzas Armadas el daño causado, pero no deben entrometerse en su proceso de elaboración. Las Fuerzas Armadas deben recordar a los grupos civiles la falta de responsabilidad e inconciencia en el manejo sociopolítico del país, pero deben respetar su propio proceso de elaboración y no deliberar políticamente.

La intromisión de uno en otro aumenta los niveles de paranoia, las defensas de negación (“yo no hice nada”), la tendencia a la proyección (“el otro fue el causante de todo el mal”), y los mecanismos maníacos de venganza o trivialización. Y, en consecuencia, paraliza el proceso de elaboración del duelo social.

Llamo *neurótico* a este estado social, en analogía al funcionamiento mental neurótico. Los estados paranoide y maníaco enfrentan el conflicto que genera ansiedad persecutoria sacando de la mente lo malo, lo negativo, y echándolo fuera, proyectándolo. El estado mental neurótico no expulsa lo malo, lo negativo y conflictivo. Al contrario, lo deja en la mente; pero, como le despierta angustia, la mente levanta una barrera (represión) que le permite sacarlo fuera de la conciencia, evitando así que la perturbe. Con este procedimiento no niega la existencia de lo negativo; sabe que existe, pero lo mantiene guardado en su inconsciente, y se cuida de despertarlo: si se acerca

mucho, una señal le indica que se aproxima a terreno delicado. En el lenguaje del escenario psíquico, es una formación de compromiso que sucede con los diferentes personajes en conflicto en el mundo interno del sujeto.

En la dinámica social, la tendencia es al estado mental paranoide y maníaco, donde predomina la proyección de lo negativo en los grupos contrarios, o la negación, adulteración y "divertimento" con lo sucedido. En estas condiciones, los grupos de trabajo y las individualidades no pueden elaborar. El levantamiento de barreras que protejan de una inundación afectiva en exceso persecutoria disminuye el estado mental paranoide y maníaco.

¿Qué son, en qué consisten estas barreras? ¿Sobre qué se aplican?

e. Los acuerdos. Respuestas parciales y transitorias. Su función

En el mundo interno de un sujeto, las barreras protectoras son personajes que van rodeando a los personajes conflictivos en círculos concéntricos, de tal forma que el contacto con el problema se hace con los círculos más alejados de él y menos involucrados afectivamente. Los conflictos se van haciendo inconscientes. Estas barreras pueden ser rígidas e impermeables, o porosas. Mientras más rígidas, más neuróticas; mientras más porosas, más maduras.

Y, ¿de dónde surgen estos personajes protectores?

Los va creando la mente en relación con el conflicto. Son símbolos que construye la mente para envolver el conflicto y aislarlo, dejándolo ubicado no en el escenario, pero sí en el teatro de la mente; esto es, en el inconsciente. El estado mental paranoide y maníaco los expulsa de la mente, fuera del teatro; los proyecta fuera, a otro.

¿De qué depende que la mente expulse a los personajes o los deje en su interior, pero aislados? Ello depende del montante de amenaza y peligro que ellos despiertan, como también de la capacidad de tolerar la agresión y el dolor de enfrentarlos.

Aquí entra a tallar el arte del líder en la conducción de grupos grandes. El arte de "la medida de lo posible". Este consiste en no desestimar la capacidad que puede tener el grupo, la organización o la institución para tolerar un cierto nivel de persecución y dolor, de tal manera que, enfrentando el conflicto cara a cara, pueda construir respuestas (equivalentes a los personajes de mundo interno) que constituyan una capa amortiguadora de la figura amenazante original del conflicto que lleva a la persecución.

En los grupos, esta capa no es porosa —no puede serlo, porque el grupo no puede lograr el estado mental maduro—, sino rígida e impermeable. Protegidos por esta capa impermeable, los grupos de trabajo y las individualidades elaboran el conflicto.

El líder de grupos grandes conduce a sus miembros promoviendo el contacto con el conflicto. Sabe que el grupo en su conjunto elaborará respuestas que aíslen el conflicto original, pero que ellas contribuirán a formar una barrera represiva que, a la larga, permitirá la elaboración más objetiva del conflicto por parte de los grupos de trabajo y las individualidades.

El líder inter-grupos en conflictos (por ejemplo, el presidente de una nación), conduce tolerando la creación de respuestas que constituyen barreras represivas, porque éstas están al servicio de disminuir la persecución inter-grupal. Tales respuestas deben ser consideradas transitorias defensivas, pero aceptables, porque reconocen el conflicto y no lo niegan ni lo expulsan.

Los acuerdos son proposiciones transitorias entre los grupos, destinadas a disminuir los ataques mutuos —es decir, la persecución— y favorecer la elaboración del conflicto al interior de cada grupo. Los acuerdos aceptan la existencia del conflicto, reconocen que ha habido daño y construyen respuestas transitorias; en este sentido, muestran que los grupos aún no están capacitados para ver la verdad en toda su crudeza. En la psicología individual, estos acuerdos, transacciones o formaciones de compromiso, son pensamientos que, ordenados con cierta coherencia, forman esa barrera que llamamos *represión*. Pasado un tiempo, si hay proceso de elaboración, los acuerdos pueden cambiar, porque en la medida en que se elabora el conflicto, las respuestas que conforman la barrera también cambian. Los acuerdos, las barreras represivas, son construcciones transitorias y no definitivas en el proceso de duelo social. Los acuerdos definitivos para poner punto final o dar vuelta la hoja, pueden ser hechos desde un estado mental neurótico, para deshacerse del conflicto. Mirar los acuerdos como creaciones transitorias que nos permiten avanzar sin alejarnos del camino, les quita el carácter negativo a los acuerdos, entendidos peyorativamente como “arreglines” para no enfrentar los problemas de fondo.

¿Qué quiero decir con esto de los *acuerdos*? Acordar proviene del latín *cordis*, corazón, que da origen a *concordare*, es decir, estar en consonancia con otro desde una misma impresión emocional, no necesariamente fundamentada por la razón.

La segunda acepción del término viene de *cuerda*, de *acorde,* y refiere a una combinación musical armónica, esto es, dos o más sonidos distintos, pero que pueden armonizarse entre sí.

Una tercera acepción alude a acordado como *cuerdo*, prudente.

Y también la palabra acordar va a dar origen más tarde a *recordar*.

El acuerdo se refiere, entonces, a un encuentro que no tiene carácter definitivo, porque las variables no son objetivas, sino que provienen más bien de una impresión que surge desde el corazón. El acuerdo está relacionado más con una armonía que con dos posiciones idénticas; se vincula también con el hecho del recuerdo, que en sí mismo carece de una objetividad absoluta; y, por último, es planteados con cordura, con prudencia. Por lo tanto, de aquí podemos derivar que los acuerdos son proposiciones transitorias, respuestas que crean una armonía usando los elementos que en ese momento están disponibles. Si aparecen nuevos elementos, hallazgos, recuerdos o sentimientos, es necesario reconstruir otra vez la armonía y volver a nuevos acuerdos.

Permítanme hacer una analogía respecto del trabajo psicoterapéutico. El progreso del paciente en el conocimiento de sí mismo con la ayuda del psicoterapeuta está basado en los acuerdos mutuos. El paciente refiere al psicoanalista los pensamientos que vienen a su mente y que tienen que ver con su presente y su pasado. El analista hace una interpretación en relación con el material que el paciente le da, intentando llegar a un acuerdo con él. El analista ve más cosas que aquellas que le dice al paciente, pero sabe que el paciente no las podría comprender. El paciente le dice al analista menos cosas de las que pasan por su mente, porque muchas de ellas todavía le despiertan angustia y no se las puede comunicar. Ambos se guardan información y ambos dan información; sin embargo, logran ponerse de acuerdo en una nueva perspectiva, en una nueva mirada sobre aquello que está transcurriendo en la relación, sobre aquello que acontece en la mente del paciente. Este acuerdo no es definitivo; es una construcción transitoria que, en la medida en que surjan nuevos antecedentes —ya sea por nuevos hechos que va a vivir el paciente; o porque en el transcurso del proceso vienen a su mente nuevos recuerdos, de los cuales va a ser capaz de hablar; o porque disminuyen las represiones o tiene más confianza con su analista—, van a crear un nuevo desafío: armonizar entre ambos una nueva mirada, una nueva perspectiva que los acerque más a la verdad del hecho psíquico que están explorando.

Un buen terapeuta no es aquel que aclara y confronta, señala e interpreta todo lo que está viendo en su paciente. Es, más bien, aquel que sabe con qué elementos cuenta en ese momento para construir un acuerdo, un vibrar armónico con el paciente; un vibrar emocional que repercuta en él y que no se transforme en un dato intelectual, en una amenaza o acusación que le genere más angustia.

Y el buen paciente es aquel que, en el transcurso de la interacción psicoanalítica, va entendiendo que a la verdad de lo que a él le pasa se va llegando por aproximaciones sucesivas. Que el analista no le va a decir todo lo que a él le pasa; que él tampoco sabe bien lo que le pasa, porque hay vivencias guardadas en su inconsciente a las cuales le resulta tremendamente angustiante mirar. Esto lo va llevando, por una parte, a una disminución de la angustia de rendimiento, de la búsqueda de respuestas y soluciones rápidas; y, por otra, a aceptar que la investigación y la exploración de su mente se da por aproximaciones sucesivas de reconstrucciones que va haciendo junto con su analista. Aproximaciones que, en el lenguaje que estamos empleando, no son sino acuerdos transitorios, armonizaciones de puntos de vista, fuertemente emocionales; o sea, cargados de corazón, cuerdos, prudentes y teñidos por los recuerdos del pasado.

Si la relación terapéutica no pudiera transcurrir en este clima de acuerdos transitorios; si el conflicto conyugal que describí en la primera parte de este libro no pudiera resolverse a través de acuerdos transitorios, los que por aproximación sucesiva van conduciendo a cambios mentales y a nuevos acuerdos, se produce inevitablemente un estancamiento en el proceso. Porque el terapeuta no puede responder a todas las interrogantes del paciente, y porque el paciente no puede responder a todas las interrogantes del terapeuta. Porque el hombre no puede responder a todas las interrogantes que le hace la mujer que ha sido engañada, y porque la mujer no puede responder a todas las interrogantes que le plantea el hombre acerca de su participación en el conflicto.

Sin embargo, este camino alberga un grave riesgo: la convicción de que se ha logrado un acuerdo definitivo.

Lo que quiero señalar es lo siguiente: esta mirada del crecimiento personal, del crecimiento de la pareja, o del crecimiento de una sociedad a través de la resolución de conflictos por acuerdos que llevan por aproximación sucesiva a la verdad, puede ser catalogada de reformista en contraposición a otros procesos, que más bien buscan acelerar las contradicciones para provocar cambios más rápidos, más revolucionarios, en el sentido general del término. Desde la

perspectiva que hemos desarrollado, la búsqueda, el cambio por métodos más radicales, tienen el grave inconveniente de aumentar los niveles de persecución y producir reacciones paranoicas y maníacas. Pero el riesgo de este esquema más reformista es la paralización por una vía muy solapada, que consiste en la pretensión de que es posible lograr acuerdos definitivos. Al poco tiempo, terapeuta y paciente pueden establecer una relación en la cual se entienden muy bien y parecen estar encontrando permanentemente puntos coincidentes. Se han dejado de "acusar" el uno al otro y han caído en una pseudo-relación armoniosa que termina siendo absolutamente estéril, encallada en un acuerdo cuyo único objetivo es evitar el contacto con los sentimientos dolorosos, angustiantes, agresivos y potencialmente descontrolados. Esto mismo puede suceder en la relación de pareja, en cualquier asociación del hombre y también en la sociedad. Si queremos progresar siendo reformistas, debemos tener la convicción de que los acuerdos no son sino armonías transitorias que van a ser cuestionadas por nuevos hechos, por nuevos antecedentes, y necesariamente re-elaboradas para volver a construir nuevas armonías.

Amparada en acuerdos transitorios, la dinámica social evoluciona hacia una mayor elaboración del conflicto al interior de cada grupo. Tal elaboración mejora progresivamente la visión del conflicto en las personas y al interior del grupo, hasta que individuos y grupos de trabajo se hacen capaces de construir respuestas de tal realismo, calidad simbólica y creatividad, que reflejan que han asumido y elaborado el conflicto, y cambiado en relación con la visión original que tenían de él. Esto se traduce en transformaciones significativas en la institución, organismo o partido, tanto en su ideología de base como en su organización.

Parte de lo que he descrito ha sucedido en la evolución del conflicto social en Chile. La institución militar ha ido modificando sus respuestas en relación con lo acontecido. Inicialmente, no había acuerdos y el estado mental social era paranoide y maníaco. A partir de 1989, se fueron construyendo respuestas que generaron acuerdos transitorios e inestables, que luego requirieron de otras respuestas que generaron otro nivel de acuerdos. Lo que hoy sostienen las Fuerzas Armadas y de Orden es diferente a lo sostenido el año 89, y radicalmente distinto de lo sostenido antes de esa fecha. Proceso similar ha ocurrido con los grupos afectados por la intervención militar.

A este respecto quiero aclarar lo siguiente: se ha dicho que los acuerdos logrados los años 1993 y19 95 fracasaron. Esto sería así si el

objetivo de los acuerdos fuera dar vuelta la hoja; pero, desde la perspectiva que hemos desarrollado acá, los acuerdos son evaluados en cuanto a si fueron suficientes —es decir, incorporaron todos los elementos que en ese momento de la evolución del proceso eran asequibles— o insuficientes, es decir, no incorporaron todos los elementos de que disponían.

Los acuerdos son evaluados —y generalmente después del período histórico en que ocurrieron— en relación con la medida en que contribuyeron en el proceso de resolución del conflicto social, del duelo social a largo plazo. No en cuanto taparon, desviaron o detuvieron el proceso. Mientras el conflicto permanece, los acuerdos son suficientes o insuficientes en relación con el momento histórico. Los acuerdos no fracasan. De hecho, los acuerdos previos han disminuido la paranoia y la manía, han permitido más elaboración al interior de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos, y abren hoy la posibilidad para nuevos acuerdos.

Lo interesante, y que en este momento es necesario resaltar, es que la evolución desde la "denegación" paranoide y maníaca de los hechos hasta los acuerdos de distintos niveles, sólo ha sido posible por la acusación sostenida de la parte afectada. Y, ¿qué es la acusación sostenida? El recuerdo. Es el recuerdo constante de la contraparte, que no deja de mirar lo que sucedió. Si los afectados hubieran callado, se habrían hecho cómplices de la denegación. Se habrían deshecho del conflicto expulsándolo, pero no lo habrían resuelto. El país entero no tendría la posibilidad de hacer experiencia.

El arte del líder inter-grupal consiste en velar por que la sociedad y los grupos que la constituyen sigan elaborando el conflicto, fomentando el recuerdo y, para que éste no inunde de persecución y paralice el proceso, favoreciendo los acuerdos. En términos psicoanalíticos, llevando la mentalidad social paranoide y maníaca hacia el estado mental neurótico. No maduro, porque en grupos grandes no es posible. Bajo el amparo de los acuerdos brota la madurez individual y de grupos de trabajo; en la dialéctica entre recuerdo y acuerdo, poco a poco, lentamente, se elabora el duelo.

Lo que he querido decir es que no aspiremos a que las masas se reconcilien. Seamos realistas y anhelemos lo posible, aunque sea lo más doloroso y difícil: que podamos mantener el recuerdo para así lograr el olvido.

¿Qué quiero decir con esta aparente contradicción?

A estas alturas, quiero rescatar la importancia del olvido. El olvido, como estado mental que margina de la atención y de la conciencia un hecho psíquico cualquiera, es sumamente necesario para el adecuado funcionamiento mental. Si no pudiéramos olvidar, viviríamos interferidos por los hechos vividos en el pasado y ahogados por el recuerdo emocional fresco, que nos invadiría de sentimientos primitivos de rabia, dolor, alegría desbordante o exaltación.

Sin embargo, el olvido que saca de la mente el hecho acontecido y sus repercusiones emocionales, vacía de contenidos nuestra fantasía, base de las capacidades mentales, de la creatividad, entre otras. Es "botar la guagua con la bañera". Por lo tanto, hay un olvido saludable y un olvido nocivo.

2. El necesario olvido

a. Formas de deshacerse del pasado: denegación, amnesia, olvido

Los olvidos nocivos son los que, usando mecanismos de defensa muy groseros, muy primitivos, sacan los contenidos mentales, ya sea por negación ("esto nunca sucedió"), o por proyección ("esto le pasa a otros no a mí"). El costo, como decía, es el empobrecimiento mental, la dilapidación de una oportunidad de hacer experiencia y el alejamiento de la realidad en su distintos grados: pérdida del juicio o del sentido de la realidad. Es un mecanismo típico de los estados mentales paranoides y maníacos. A esta forma de olvido, para los fines de nuestro análisis, propongo llamarla *denegación*.

Otra forma de olvido, menos nociva que la anterior, consiste en reconocer los hechos, considerarlos propios, aceptar la participación en ellos y las consecuencias que acarrearon, pero no ser capaz de tolerar el dolor y la angustia que despierta el contacto con ellos. En su deseo de evitarlos, la mente, sin expulsarlos, levanta una barrera que se llama *represión,* y los traslada al inconsciente. Están olvidados, no están presentes en la conciencia, su aproximación a ellos desencadena angustia, como si la mente señalara "¡cuidado zona de peligro!" Esta forma de olvido nos transforma en personas temerosas, porque aquello que era aterrorizante permanece en el inconsciente, y cuando la mente percibe algo que le recuerda lo vivido, gatilla la sensación subjetiva de terror. Como proviene del inconsciente, no sabemos por qué, pero andamos miedosos. Tal situación, que no es ajena a la realidad de nuestro país, es señal de la imperfecta elaboración del duelo.

Este olvido no empobrece la mente. Un trabajo mental

elaborativo que disminuya las ansiedades puede hacer caer las barreras represivas, los hechos se pueden rescatar y el sujeto tiene nuevamente la oportunidad de elaborar, resolver y hacer experiencia. Es un mecanismo típico de los estados mentales neuróticos. Es un olvido más recuperable que el anterior. A esta forma de olvido propongo denominarla *amnesia*. Quienes olvidan de esta forma generalmente argumentan "el tiempo repara todo", "el tiempo es la única medicina posible para el dolor". Aceptan que sucedió algo muy doloroso, pero no se sienten capaces de enfrentarlo.

b. Necesitamos olvidar… recordando. El olvido que no reniega del pasado

El olvido que alivia la mente de lo innecesario, sin empobrecerla ni sacar sus contenidos fuera del alcance de la conciencia, es el olvido que resulta de un proceso de elaboración que pasa inevitablemente por el duelo, es decir, por la renuncia.

Hay culturas que, con el paso del tiempo, se asimilan a otras culturas. En este proceso de asimilación, la cultura asimilada ha debido olvidar sus propias costumbres. Pero esto lo ha hecho renunciando voluntariamente a lo que eran sus usos, renuncia dolorosa que genera una necesidad, la cual es sustituida por lo que la cultura nueva le ofrece. Si ha hecho esta renuncia para sustituir la vieja costumbre por otra, es porque la nueva le ofrece más ventajas, le da más sentido. Si es, por ejemplo, en el caso del lenguaje, es porque le permite comunicarse mejor.

En el desarrollo personal normal, la voracidad con que un bebé incorpora la leche de la madre más tarde será abandonada y sustituida por la voracidad con que incorpora la mirada de la madre, luego del padre; más adelante en su desarrollo, por la voracidad con que incorpora afecto, luego con la voracidad con que incorpora conocimientos; y, más tarde, por la voracidad con que incorpora el cuerpo de su pareja. Uso el término voracidad en todo los casos, pero la incorporación en sí misma irá cambiando en las diferentes etapas y, por ende, la intensidad y las características de la voracidad también serán distintas. Sin embargo, el recuerdo del estado afectivo y de la relación establecida en esas primeras experiencias con la madre, estarán ahí presentes, energizando el acto mental actual, diez, veinte o treinta años después. Se recuerda, aunque su carácter primitivo se haya olvidado. Está ahí, y en situaciones psíquicas de regresión, puede venir todo el recuerdo con sus características primitivas. La privación afectiva, la soledad y la frustración en cualquier etapa de la vida pueden desencadenar una voracidad de alimento, de sexo, de

dependencia, tan primitiva como la de las primeras relaciones con la madre.

Lo que quiero señalar es que los acontecimientos vividos con intensos afectos primitivos nunca son sepultados, pero sí pueden ser olvidados, gracias a que se van superponiendo a ellos nuevos hechos más elaborados, más simbolizados. Estos nuevos hechos crean una capa que separa los afectos primitivos de los más recientes, ya mucho más sofisticados, con símbolos ricos en significado. Tales símbolos denotan que tras los pensamientos hay una experiencia sedimentada, producto de los hechos asumidos y elaborados.

Es necesario olvidar los hechos espeluznantes que sucedieron a partir de 19‘73. La sociedad no puede quedar sumergida en un estado afectivo de horror y persecución, recordando concretamente lo acontecido. Sin embargo, ese olvido no puede ser denegación ni amnesia; debe ser un olvido que surge por la malla de elaboraciones dolorosas y angustiantes que vamos tejiendo a partir de la crudeza de los hechos. Esa malla no debiera ser una muralla sólida, sino estar tejida por hebras que en un extremo están unidas al hecho real acontecido y, en el otro, al hecho elaborado, penado, trabajado y simbolizado. Nuestro anhelo debería tender a querer vivir más contactados con lo elaborado, olvidados de lo brutal, pero, de alguna manera, simbólicamente relacionados con aquello. Y esto de forma tal que si se reactivan en el futuro situaciones análogas a las que nos llevaron a la destrucción, la mente nos la recuerde. Siga la hebra que nos conduce al hecho horroroso. Si hemos proyectado el conflicto, en ese momento no podremos recordarlo, estará perdido, y repetiremos como un calco la conducta del pasado. Debemos aspirar a este olvido que siempre recuerda, y que permite el rescate del pasado. Propongo llamar a esta forma de distanciarse de lo sucedido, *olvido* propiamente tal.

En su poema “El olvido” (en *Inventario*), Benedetti expresa de manera hermosa esa paradoja del olvido: alejarse de lo vivido, pero pudiéndolo rescatar:

El olvido no es victoria

sobre el mal ni sobre nada

y si es la forma velada

de burlarse de la historia

para eso está la memoria

que se abre de par en par

en busca de algún lugar

que devuelva lo perdido

no olvida el que finge olvido

sino el que puede olvidar

En el capítulo VII destaco la importancia del arte en el proceso de duelo, por su capacidad comunicadora de aspectos que nos sería imposible percibir de otra manera. También, por la actividad reparadora que nos ayuda a desarrollar. En este capítulo, como en otros, quiero ilustrar los conceptos vertidos en relación con el problema del olvido con la película *Amnesia,* del director chileno Gonzalo Justiniano.

Aprovecho esta obra para subrayar una carencia que nos debe hacer reflexionar. Esta es una película que muestra la reacción diferente de tres prototipos de militares durante el período en que asumieron el control del país. Al verla, el espectador se da cuenta de que es una simplificación imaginar que la reacción personal, afectiva y emocional de los militares pudo haber sido homogénea. Sin embargo, no contamos con relatos sinceros de militares que participaron en ese momento histórico del país. No me refiero a narraciones o informes acerca de cómo acontecieron los hechos —aunque también podría ser útiles—, sino más bien a comunicaciones escritas, narraciones, novelas, que nos permitan conocer cuál fue la vivencia de nuestros soldados, sargentos, tenientes, coroneles y generales durante este difícil período. La civilidad necesita comprender desde una perspectiva distinta a la descripción limitada a los hechos, no con el afán de buscar culpables, sino por el deseo genuino de entender qué sentimientos y emociones vivieron nuestras Fuerzas Armadas y de Orden cuando llevaron a cabo sus propósitos.

c. El duelo en "Amnesia"

En su desarrollo, esta película muestra, entre otras cosas, tres formas de reacción de los militares, tres estados mentales frente al conflicto ocurrido en Chile a partir de septiembre de 1973.

Los protagonistas de la película son Zúñiga, sargento que tiene a su cargo un pelotón de cuatro soldados en el norte; Ramírez, un soldado raso; y Mandiola, capitán de la tropa.

La película comienza en Valparaíso. Ramírez, retirado hace años, se encuentra en la calle con el sargento Zúñiga, también retirado hace años del Ejército. Sentados en un bar y caminando por las calles de Valparaíso, recuerdan lo que pasó. En este recuerdo se va perfilando la personalidad de estos tres prototipos de militares, como los muestra el director.

Durante su permanencia a cargo de un campo de prisioneros en el norte, Mandiola aparece como un personaje desorientado: “Yo ya no sé qué guerra estamos peleando”. Reiteradas veces le pide el traslado a su superior Marambio. Este le exige que mate a uno de los prisioneros, a lo que él responde: “Ustedes dicen que hay que matar, y eso es muy fácil; pero un hombre es un hombre y soy yo quien está frente a un ser vivo que me mira, ¿me entiendes?”. En otra escena escribe: “Al igual que el viento, el silencio corroe mi mente, mis pensamientos; por qué dudar, desde los tiempos más remotos el hombre ha tenido que asesinar para sobrevivir”. En una escena posterior ,airado le grita a Marambio por la radio de comunicaciones: “Mira, Marambio, mi abuelo fue general, y si yo fui militar no fue para terminar siendo un hijo de puta. Dile al comandante que necesito hablar con él personalmente”. Marambio le da la última orden: “Tienes que matar a los prisioneros, desaparecer. Barres, dejas la arena limpia y vuelves con tu gente y se acabó”. Mandiola se desespera, le saca un tubo a la radio y lo tira lejos. En ese momento entra Zúñiga, pero él resuelve el problema obligándolo a pensar que no ha visto ni escuchado nada.

Esta manera de manejar la realidad es sumamente peligrosa, es la antesala de la pérdida del juicio de realidad, mostrada en la escena siguiente. El capitán Mandiola se ha vuelto loco, lo ha quemado todo, decreta que, a partir de ese instante, la torre de vigilancia es el lugar de reclusión de los prisioneros. Conversa con uno de ellos y le dice: “El único que va a quedar culpable soy yo. Llegué aquí como capitán y quieren que salga como mono”, y se ríe como un simio. Levantando el sable, decreta: “A partir de este instante y por los siglos de los siglos, en esta parte del planeta la guerra ha terminado. Razón por la cual a partir de esta fecha, este día será recordado como el día de la paz y celebrado como fiesta nacional. Ya verán quién es Mandiola”.

Mandiola no es capaz de salir del estado persecutorio y llega a usar tales mecanismos de defensa, que lo llevan a perder el juicio de realidad y termina loco. Aquí el olvido consiste en una denegación total que se mezcla con construcciones delirantes de grandeza. “Aquí termina la guerra, éste será el día de la paz y celebrado como fiesta nacional”. Él decreta lo que sucede en la realidad, él hace la historia.

La otra salida está representada en los soldados rasos. Un soldado que no entiende nada de lo que pasa, cuya única tarea es mirar por sus binoculares, se queja de que con ellos no se ve nada. Otro soldado huye con un prisionero. Pero el más interesante está representado en Ramírez. Obedece las órdenes, pero con mucha angustia, sin estar de acuerdo. Es el más cercano a los prisioneros. Se arriesga e improvisa algunas decisiones por su cuenta, como la de dejar libre a Carrasco a pesar de la orden de matarlo. Pasa el tiempo y no puede olvidar el pasado, está obsesionado con encontrar a Zúñiga. No sólo encontrarlo, sino vengarse, y así se lo dice directamente al encontrarlo: "He soñado con matarte, matarte, Zúñiga".

Es el sargento Zúñiga quien representa mejor el aspecto que quiero ilustrar por medio de esta película: el problema del olvido. Zúñiga representa el estado mental maníaco omnipotente, identificado con un ejército perfecto, todopoderoso: "Este plano viene de arriba, es un campamento modelo probado por todas las razas y en todos los tiempos, para que usted sepa, huevón", le dice a un prisionero cuando repara en que hay algo que está mal diseñado. "El Ejército no deja nada al azar". Este sentimiento de omnipotencia proviene de formar parte de una institución poderosa y a la que se debe cumplir con una obediencia ciega.

"Por algo habría sido que tuvimos que matar a todos estos huevones, pos' Ramírez; nosotros recibíamos órdenes, alguien tenía que limpiar este mundo ¿o no?", le dice a su subordinado. Más adelante, Ramírez ayuda a una prisionera embarazada, a quien Zúñiga termina matando. "Cuándo va a aprender el muy huevón que los soldados no están hechos para pensar", le dice Zúñiga. En la escena siguiente, en las calles de Valparaíso, le dice a Ramírez: "La gente es muy hipócrita, o crees que yo inventé todo eso ¡a las órdenes, mi coronel! ¡como mande, señora vieja chuchadesumadre!. Si estábamos todos locos. Uno hizo el trabajo sucio y ahora, ¿donde están? Ahí en sus casitas, y uno cagándose de frío en este cerro de mierda". "Hay que desaparecer, parece que se nos pasó la mano, tenemos este trabajo para ti. Nunca más los volví a ver; bueno, a veces aparecen en la tele con los mismos que antes teníamos presos. Putas, como si nadie se acordara de nada".

Esta identificación con sometimiento va acompañada de una sensación de omnipotencia, cultivada en la mentalidad militar todopoderosa que tiene la fuerza de las armas. Esta actitud abiertamente exaltada, minimiza las consecuencias de los actos, y en ella el pasado parece trivial.

“ Así que dejaste ir a Carrasco. Yo sabía que algo me escondías; putas que estábamos locos, Ramírez”. Como si diera lo mismo dejar a un prisionero vivo o muerto. Y cuando más adelante se encuentra en Valparaíso con Carrasco, a quien había mandado a matar y al que Ramírez le perdonó la vida, le dice: “Carrasco, no te había reconocido. Supongo que no estarás enojado, todavía enojado”. Carrasco le contesta irónicamente: “Cómo se le ocurre, si fueron dos balazos no más, mi sargento”. Y Zúñiga le dice: “Pero qué te pasa Carrasco; no ves que de nuevo todos se reconciliaron, se terminó el problema, no serás tú el último de los enojados”.

Esta actitud que desprecia, minimiza el daño provocado, propia del estado mental maníaco, es la que conduce a un olvido enfermizo, la que niega el pasado. El sargento Zúñiga se lo dice a Ramírez:

El tiempo. El tiempo todo lo borra. Quién iba a pensar que esto iba a quedar como un recuerdo. Como si no hubiera ocurrido jamás”. Más adelante le dice a Ramírez: “Te doy un consejo, muchacho: preocúpate del futuro. Yo puedo presentarte gente que te pueda ayudar; a mí me presentaron una persona que me ayudó a olvidar todo lo negativo, y que sólo recordara lo positivo, como una especie de amnesia controlada por ti mismo. Lo que te sirve, bien; lo que no te sirve fuera, fuera. Aquí somos todos amigos, muchacho. Lo importante no es lo vivido, Ramírez, sino lo que uno recuerda de lo vivido. ¿Entiendes?

El sentimiento de omnipotencia es vivido como un poder para la acción ilimitado y también omnisciente, es decir, dueño de un saber absoluto sobre lo que ha pasado, lo que está pasando y lo que pasará. En relación con el pasado, la omnisciencia del personaje fílmico no necesita respetar los hechos objetivos acontecidos, que además acarrearían una serie de limitaciones, de angustia y de dolores. Por lo tanto, deforma y reconstruye el pasado según sus propias conveniencias. Como tiene la “capacidad” de considerar que aquello que su pensamiento crea es lo que realmente sucedió, se puede dar “el lujo” de sacar de la mente algunos episodios y construir un pasado completamente distorsionado, pero de lo cual no tiene ninguna conciencia.

Este es el mecanismo que hemos descrito como denegación. Aunque el título de la película es *Amnesia*, yo he reservado ese término para una forma de olvido que, aunque inmadura, es mucho menos distorsionadora de la realidad que ésta que acabamos de describir.

Como ustedes habrán apreciado, la denegación, si bien puede ser una maniobra tremendamente eficiente para disminuir la angustia, la persecución y el dolor mental frente a un hecho desgraciado del cual somos responsables, paga un alto costo. Nos lleva a construir una historia distorsionada, a ir haciendo falsa experiencia de lo que hemos vivido, y a sumergirnos progresivamente en la mentira. En su grado más extremo, la distorsión puede ser de tal monta que lleva a la construcción delirante, como fue el caso del capitán Mandiola. Zúñiga niega su pasado sin caer en la locura, pero el director nos muestra que su condición mental es de una inconciencia cercana a las formas más primitivas de nuestra especie.

Una escena muy lograda que ilustra este estado mental maníaco representado en el sargento Zúñiga, es aquella en que ambos van bajando una cuesta en los cerros de Valparaíso, inmediatamente después de haber recordado cómo Zúñiga había matado a la mujer embarazada sólo porque no quería salir del baño. Mientras caminan, marchan con movimientos como robóticos; no parecen humanos, dan la sensación de algo siniestro y, al mismo tiempo, cantan, “no estaba muerto, andaba de parranda”. Zúñiga, cada tanto, toca la trompeta: “tu-tu… tu-tu-tu-tu”. Y le dice a Ramírez: “Si tuviéramos que hacer todo de nuevo, muchacho, lo haríamos otra vez”.

La última escena de este pelotón de soldados en el norte termina mostrando en sus rostros los estados mentales que acabo de describir. Ramírez, triste y angustiado por haber tenido que dispararle a los prisioneros. Mandiola con la mirada perdida, absolutamente loco. Y Zúñiga, exaltado, dando órdenes, como creyéndose un cuento absurdo, totalmente maníaco.

En las últimas escenas de la película, Carrasco y Ramírez, ahora en Valparaíso, tratan de matar a Zúñiga. Lo quieren ahorcar de un árbol. Muy angustiado, pide perdón: “Perdónenme, perdónenme, yo recibía órdenes, no tenía nada contra ti, Carrasco ,ni contra nadie, Ramírez”. Ramírez está a punto de disparar y Carrasco le dice: “Dejémoslo así no más, si estaban todos locos”. A Zúñiga, mientras tanto, le sale agua por la boca, babosea abundantemente, como con cara de tonto y con lágrimas en los ojos. En la última escena están Carrasco, Ramírez y su señora, cenando, y en una esquina está el sargento Zúñiga como dormido, como un ser sin existencia, como un loco catatónico marginado de la vida. Los otros comen mientras lo miran consternados, con una sensación de desesperanza, como pensando que con este ser no habría nada que hacer. Su cara es peor que la de Mandiola, que terminó siendo un mono. Parece la cara de un orangután, con los labios gruesos hacia fuera. Se pasa la mano por la

boca igual que un animal, manteniendo una mirada como de simio. Como si el director de la película hubiera querido decir: este tipo de amnesia no es propia del hombre, corresponde más bien a los ancestros primitivos de nuestra naturaleza animal.

Tercera Parte La elaboración del duelo social

Capítulo VI Liderazgo y conducción de un proceso de duelo social

1. La importancia del liderazgo

La tendencia natural de un grupo que se forma a partir de cuatro personas, ya sea pequeño, grande, masa organizada o no organizada, como las hemos definido, es abocarse casi automáticamente a la búsqueda de un líder. Digo automáticamente, porque es una necesidad inconsciente que forma parte de los automatismos mentales, que no requieren ser procesados por la conciencia.

El líder termina representando los deseos y las necesidades de las masas y, en este sentido, si bien tiene un cierto grado de libertad, está fuertemente codeterminado por su interacción con las masas. Si la historia la hacen las masas, los grupos sociales o sus respectivos líderes, es una pregunta de poca relevancia. Obedece sólo a cuestiones de pedagogía. Porque las masas son indisolubles de sus líderes, y sus líderes las representan. Por lo tanto, se puede escribir la historia desde las masas o desde los líderes. El punto es que resulta más fácil, más esclarecedor y menos confuso, escribir la historia desde los liderazgos. Podríamos plantear una analogía: en la psicología social, las masas y los líderes son lo que es el “ello” al “yo” de la psicología individual. Si nos proponemos describir la biografía de un sujeto, podemos optar por describir su desarrollo desde las necesidades instintivas, desde sus pulsiones y angustias. Resulta más clarificador, sin embargo, describir la biografía desde el yo, esto es, desde la instancia encargada de hacer las transacciones entre las necesidades impulsivas que provienen del instinto y de la biología, y la realidad que las limita.

En las formas de gobierno teocráticas y aristocráticas, la importancia y el reconocimiento de la conducción lideral eran evidentes, y la responsabilidad de los actos caía en gran parte sobre los hombros del líder.

El estilo de gobierno democrático dio origen a otro tipo de liderazgo, más completo, y al mismo tiempo más complejo y sofisticado y, por lo tanto, portador de mayores contradicciones en su seno. La contradicción más importante con la cual hay que convivir en el modelo democrático, es su aspiración a la igualdad mientras mantiene la asimetría que supone la autoridad depositada en el líder democrático elegido. Esto genera una situación afectiva ambivalente: a ratos se tiende a reconocer el valor fundamental del liderazgo y, a ratos, en aras de la igualdad que ofrece el sistema, se favorece su

devaluación, desprestigio y descrédito, por la envidia inconsciente hacia quien posee el poder. Esta situación lleva a la búsqueda de caminos y soluciones individualistas.

En este clima afectivamente ambivalente del estado democrático, resulta difícil valorar la excepcionalidad requerida en el líder. Ella siempre está ensombrecida por esa búsqueda de la igualdad que se ancla en una de las tendencias más arraigadas en la mente, y que está vinculada a la envidia. Desde este sentimiento, muchas veces inconsciente, tendemos a negar las diferencias y a despojar de atributos al líder que podría ser fuente de admiración y agradecimiento. La otra cara de la misma moneda es la idealización irracional del líder, que niega sus limitaciones. Desde el punto de vista de nuestro funcionamiento mental, el paso de los sistemas aristocráticos en sentido general, a los sistemas democráticos, es el tránsito desde la capacidad de admiración por idealización infantil propia de los esquemas de sometimiento, a la genuina valoración y admiración. En este último estado, el sujeto descubre en el otro una cualidad que él mismo no posee y que puede ser puesta a su servicio. Esta actitud agradecida requiere haber resuelto la agresión y la envidia que la autoridad nos despierta.

En ciertos sectores de la sociedad chilena ha sido una tendencia generalizada de estos últimos años propagar el descrédito hacia el liderazgo personificado en el político, y descalificarlo porque su rol obedecería a intereses personales, vanidad, abuso de poder y demagogia histérica. Independientemente de los aspectos verdaderos de esta crítica, lo que no se considera es la dificultad a la que se ve expuesto el liderazgo, por lo que finalmente termina siendo una crítica más destructiva que constructiva; además, implica desprecio, porque no pondera la compleja tarea a la que se ve abocado el líder democrático, de tener que incorporar en su discurso el inconsciente colectivo de las masas. Del *demos*. Un buen político es el que construye buenas soluciones de compromiso entre lo demagógico y sus propias convicciones programáticas. Al reparar exclusivamente en el aspecto demagógico de sus discursos y de su conducta, somos poco sutiles y con bajísima capacidad de discriminar, no contribuimos a precisar dónde está el problema y desautorizamos el liderazgo político que, como en una profecía autocumplida, finalmente va quedando en manos de los menos preparados. Tenemos extrema dificultad para mirar el trabajo político como una disciplina donde el elemento creativo juega un papel fundamental, y tendemos a desautorizarlo desde una perspectiva racional —más precisamente, racional instrumental—, que no es apropiada para la evaluación de una actividad de relaciones humanas, como es la política. En este trabajo,

que conjuga arte, técnica y ciencia, el político debe ser capaz de integrar elementos dispersos para dar soluciones que son transacciones, compromisos, de una complejidad que obedece más a las lógicas no tradicionales, que a las leyes de la causalidad de la lógica tradicional (Matte Blanco 1975)).

Esta dolorosa renuncia a la omnipotencia de la omnisciencia científica en la conducción de la sociedad, aceptando que depende de la interacción individuo-masa expuesta a la dinámica poco controlable de lo instintivo-afectivo, nos ayudaría a ubicar en su justo valor a la persona del líder. Nos permitiría comprender su actitud y asumir la complejidad de su tarea, compuesta de un interjuego de afecto y razón.

2. Liderazgo en los grupos grandes y en las masas

Desde el punto de vista que nos interesa —es decir, el manejo de los estados mentales de los grupos por parte del líder—, el objetivo principal del liderazgo de un grupo es mantener los niveles de estado mental paranoico o de estado mental maníaco lo más reducidos posibles, de tal manera que el grupo camine hacia el cumplimiento de lo que se ha llamado la tarea primaria, el proyecto. Para este propósito, es requisito fundamental la conducción grupal hacia los procesos de pensamiento por sobre los de descarga emocional instintiva. Dicho de otra manera, que el líder sea capaz de trabajar en el supuesto básico de "grupo de trabajo", y no de "ataque-fuga", "dependencia" o "apareamiento" (como vimos al describir las dinámicas de grupo pequeño). Trabajar en mentalidad de "grupo de trabajo" significa estar en contacto con la realidad, con tolerancia a la frustración, con control de las emociones, en cooperación con los otros miembros, todo lo que permite el surgimiento y la aceptación de ideas nuevas.

Los instrumentos con que cuenta el líder para disminuir los niveles de persecución son cuatro: la dimensión política del liderazgo, el ejercicio del poder, el manejo de los aspectos burocráticos y organizacionales, y el desarrollo de una ideología pertinente.

En la descripción de estas dimensiones que constituyen el liderazgo sigo de cerca los planteamientos de Kernberg (1998).

a. La dimensión política del liderazgo

Está referida a la capacidad que tenga el líder de crear aliados dedicados a llevar a cabo las tareas planificadas. Hemos descrito que

en la configuración de grupos pequeños y grandes las relaciones están siempre expuestas a ser cogidas por los supuestos básicos regresivos que impiden el desarrollo de la tarea. En esas circunstancias, se transforman en controversias por conflictos de intereses, en actitudes pasivas, en deslealtades y en conductas destinadas a sacar provecho personal.

En este ambiente, el líder debe tener muy clara la tarea, vale decir, los objetivos de la organización o de la institución que dirige y la capacidad de profundización en las relaciones personales. De esa forma podrá darse cuenta de las características de cada miembro del grupo, entre los cuales puede crear aliados para llevar a cabo la tarea. Debe tener una dosis importante de asertividad, para no caer en la tentación de dejarse manejar por el funcionamiento primitivo del grupo, que lo puede tender a idealizar o a transformar en un líder que promueva la descalificación de otros grupos. Aquí los rasgos de carácter histéricos son valiosos, tanto para mantener el carisma y el aprecio como para satisfacer las necesidades de dependencia de los miembros del grupo, ambos factores reforzadores de la autoridad el líder para llevar a cabo su tarea. La fuerza sugestiva de sus rasgos histéricos lo ayuda, por métodos indirectos, a conducir al grupo a los objetivos deseados.

b. El ejercicio del poder

Como señala reiteradamente Kernberg, los remanentes de agresión que no han podido ser resueltos a través de las relaciones personales diádicas y triangulares —la agresión que no está integrada ni sublimada por los procesos mentales—, tienden a buscar canales de descarga a través de los grupos. Por lo tanto, si hay algo que debe tener muy claro un líder que se hace cargo de un grupo de trabajo, de un grupo grande, de una masa organizada o no organizada, es que se verá enfrentado a montantes altos de agresión. El manejo de la interacción poder-agresión está muy vinculado a la autoridad delegada en el líder, a su personalidad y a la reacción agresiva grupal. Como señala Kernberg, el poder, definido como la capacidad de llevar al grupo a cumplir los trabajos organizacionales propuestos, surge de muchas fuentes. Entre ellas, la autoridad con la institución inviste al líder; la autoridad derivada de sus características de personalidad y de sus capacidades tanto técnicas como intelectuales; la autoridad delegada a él por otros profesionales; la proyección de la agresión que el grupo hace en él, la que constituye la dimensión paranoide de los funcionamientos grupales; la idealización del líder como parte de la dimensión narcisístico-dependiente de los funcionamientos grupales.

Para Kernberg, la concentración del poder en el líder no es algo dado, ni se puede plantear como que reside exclusivamente en su personalidad o proviene exclusivamente de la organización estructural. Son muchas las condiciones que hacen que el líder aumente el ejercicio de su poder, aumentando así sus capacidades, o viceversa. Por ejemplo, los éxitos aumentan el capital de credibilidad que inviste al líder y, como consecuencia de ello, aumenta su poder de autoridad. También los fracasos tienden a reducir la autoridad del líder y activan los procesos grupales regresivos, esto es, la mentalidad paranoica y maníaca.

Otros elementos que, según Kernberg, contribuyen al poder investido en el liderazgo son las fluctuaciones en la delegación de poder y responsabilidad hecha por la autoridad desde afuera de la institución hacia el líder; la adecuación e inadecuación de las estructuras organizacionales a la tarea primaria, punto que veremos luego; la delegación de poder hecha por la autoridad y por todos los miembros de la institución en términos de su confianza e idealización (versus desconfianza y devaluación) en sus líderes; la rigidez o caos en los componentes burocráticos de la institución, punto que también revisaremos luego; cómo administra el líder su poder y su autoridad en la interacción con los miembros del grupo.

Además de las variaciones en el poder, producto de los vaivenes generados por los puntos enumerados arriba, en las relaciones cotidianas el líder se sitúa en el centro de poderosas fuerzas agresivas que pueden afectar tanto su poder como la capacidad de eficiencia que de él se deriva. Ya hemos señalado cómo el grupo tiende a proyectar gran parte de la agresión hacia el líder, producto de las relaciones ambivalentes de amor y odio que se generan en ese estado regresivo. Muchas veces tal proyección va encubierta por una idealización defensiva que confunde más al líder, por los dobles mensajes que le envía. Tampoco podemos olvidar que el líder, al igual que los demás, arrastra sus propias fuerzas agresivas internas, las que provienen de aquella agresión que no pudo integrar, elaborar ni resolver en las relaciones diádicas y triangulares, y que tampoco puede sublimar en las tareas de liderazgo.

A todo lo anterior debemos sumarle los factores que despiertan angustia en el líder y que contribuyen a menoscabar el manejo eficiente del poder en la conducción de los grupos. Me refiero a la responsabilidad que significa la toma de decisiones bajo condiciones de incertidumbre. También a la inconveniencia de establecer relaciones personales íntimas y de amistad con los miembros del grupo sobre los cuales ejerce un rol de liderazgo. Por lo tanto, el líder

está expuesto a una constante frustración de las necesidades de dependencia, lo cual lo lleva a un intenso sentimiento de soledad. A esto debe añadirse la soterrada invitación, por parte del grupo, a establecer vínculos hipersexualizados, con miembros que el grupo se las ingenia para ofrecer (Kernberg 1998)

c. El manejo de los aspectos burocráticos y organizacionales

Kernberg cita a Jaques, quien en 1976 realizó un estudio sistemático en el cual definió los méritos de un buen funcionamiento burocrático. Entre ellos, destaca que la burocracia provee al sistema social de una determinada jerarquía racional; define las responsabilidades públicas y los informes fiscalizadores respectivos; permite la delegación estable de la autoridad; y facilita una total información de la organización hacia el medio social, tanto por medios legales como políticos, y a través de organizaciones paralelas de las uniones de trabajadores o empleados.

Kernberg comenta que la burocracia provee un balance óptimo entre la potencial consecuencia de una regresión determinada por las relaciones jerárquicas entre los individuos, por un lado, y reparación de los desagravios y protección de las arbitrariedades, por el otro. La burocracia pasa a ser, entonces, el medio más importante por el cual una organización puede protegerse a sí misma contra la paranoiagénesis (lo que nosotros hemos definido como la emergencia de estados mentales sociales paranoicos o maníacos). Según Kernberg, la burocracia que funciona bien en un sistema democrático, tiene el potencial para hacer un modelo ideal de estructura organizacional.

El mismo autor, citando a Master (1989), resume las principales características de la burocracia. En primer lugar, una burocracia provee un elemento de coacción, el cual es necesario en un grupo grande de gente con conflictos de intereses, de forma tal que puedan funcionar para el beneficio de todos. Por otra parte, el sistema burocrático, creando nuevas maneras de cooperación entre los constituyentes de los grupos, tiene la capacidad de aumentar la eficiencia. Finalmente, las burocracias otorgan beneficios a sus miembros, asegurándoles su autoperpetuación.

Kernberg da un ejemplo de cómo, dentro de una organización burocrática, los conflictos internos se pueden diagnosticar, controlar y resolver racionalmente por sus mecanismos estándares de funcionamiento: los tres niveles de los sistemas permiten a los subordinados quejarse a sus supervisores superiores acerca de insatisfacciones con sus supervisores directos; simultáneamente, los

empleados de la organización, que defienden en forma colectiva los intereses de los empleados dentro de una organización burocrática, cuidan los derechos legales de sus subordinados. Kernberg termina señalando que la estructura burocrática y sus funciones reducen la regresión de los grupos grandes y, en circunstancias habituales, mantienen la regresión paranoiagénica en un nivel bajo. Funciones burocráticas efectivas pueden hacer que se planifique el trabajo en forma óptima, se mantengan los intercambios sociales normales, y se imponga una importante sensación de conformidad con lo que es generalmente asumido como un bien común. En burocracia se puede hacer uso de recursos en forma efectiva, y los participantes pueden encontrar su trabajo gratificante.

A continuación, Kernberg describe las limitaciones de la burocracia, destacando que habitualmente surgen de una inevitable filtración del sadismo disociado en los grupos pequeños. Esta infiltración afecta a todos los funcionamientos institucionales, incluyendo la realización de tareas funcionales. Señala cómo líderes inadecuados, especialmente aquellos con narcisismo severo y tendencias paranoides, pueden transformar un sistema burocrático regresivo en una pesadilla social. Recuerda, como ejemplo, la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin.

También señala cómo mecanismos alojados en la periferia de los sistemas burocráticos tienden a aumentar el tamaño del sistema y el ámbito de las operaciones más allá de lo que es funcionalmente requerido, con lo cual el sistema gradualmente se deteriora:

El inconveniente de que los sistemas burocráticos crezcan hasta tal extremo que dominen la sociedad, es que llevan a un funcionamiento de autoservicio en el cual los burócratas llegan a ser la clase privilegiada, quienes usan un modo de pago para aplacar a los ciudadanos no privilegiados que los rodean. La burocracia ya no es más funcional; está petrificada y los rasgos caóticos sirven a sus propios intereses. Ejemplo de esta situación fue la Unión Soviética. (Kernberg 1998)

El líder no siempre tiene acceso al manejo ya organizado de la burocracia cuando es requerido en sus funciones de liderazgo. Sin embargo, en muchas oportunidades tiene la posibilidad de generar cambios en este tipo de organizaciones y promover actitudes respecto de cómo se lleva a cabo el cumplimiento de las normas burocráticas. En este sentido, puede promover una burocracia flexible al servicio del cumplimiento de la tarea, lo cual disminuye notablemente el nivel de persecución y de culpa persecutoria de los grupos. (La persecución

genera un estado mental paranoico, la culpa persecutoria genera un estado mental maníaco.)

d. El desarrollo de una ideología pertinente

Uno de los factores que disminuyen ostensiblemente el nivel de persecución y culpa persecutoria en el funcionamiento de los grupos, es el dedicarse al proyecto, a la tarea por la cual están reunidos y que los identifica como organización. Este proyecto siempre lleva implícita una ideología, y forma parte del arte del liderazgo el reforzarla para mantener así el entusiasmo, la motivación y el empuje por parte del grupo, condición afectiva que disminuye la persecución. Es habitual que en los grupos se den distintas corrientes ideológicas. La capacidad del líder de poner al servicio de su tarea aquellos aspectos de las corrientes ideológicas que en forma realista pueden ser utilizados con ese fin, contribuye al propósito descrito. El liderazgo racional, como dice Kernberg, "debe reforzar e identificar cuál es la ideología orientada hacia la tarea y que corresponde a los objetivos organizacionales".

Esta es otra manera de hablar acerca de las responsabilidades de los líderes por mantener la moral. Kernberg aconseja:

Bajo condiciones ideales, tales contradicciones ideológicas deben ser mínimas; pero bajo condiciones menos ideales, la identificación del líder con un complejo sistema de valores puede proteger el proceso de toma de decisiones por parte del líder, de la conveniencia de una identificación exclusiva con una organización rarificada, u otros objetivos. (Kernberg 1998)

3. Causas de fracaso en el liderazgo

En el trabajo *Leadership and Organizational Functioning: Organizational Regression*, del año 1978, Kernberg hace una descripción muy completa, desde el punto de vista psicoanalítico, de las condiciones que pueden llevar al fracaso la ejecución del rol de liderazgo. Considera cómo operan las presiones regresivas que provienen del funcionamiento grupal y que generan en el líder estados mentales que dificultan la realización de su función de liderazgo.

En el mismo trabajo, Kernberg puntualiza las siguientes variables con impacto regresivo en el funcionamiento mental del líder: la soledad de su posición; la ausencia de un retorno crítico espontáneo y auténtico de parte de sus pares; la incertidumbre que significa siempre la toma de decisiones; los temores al fracaso y a la derrota; las

inevitables frustraciones a sus necesidades de dependencia; la activación general de conflictos en torno a sentimientos agresivos; la naturaleza invasora de las preocupaciones administrativas propias del liderazgo, la invasión a la intimidad de su pensamiento, el estar constantemente presionado por materias organizacionales para las cuales no hay solución inmediata a la mano; la invasión tanto de su espacio vital como de su imagen pública, que infiltra áreas de su vida privada y reduce su tiempo de libertad y de esparcimiento relajado; la libertad de su vida de fantasía, sus relaciones internas con la gente y la naturaleza, con el arte y con el ocio, todas son contaminadas por el estrés relacionado con su responsabilidades.

En el año 1979, en su trabajo *Regression in Organizational Leadership*, Kernberg describe lo que sería la segunda fuente de perturbación de la función de liderazgo, y que provendría de un funcionamiento regresivo, producto de las presiones que surgen desde la propia patología del carácter del líder.

A continuación me referiré a cómo influye la patología del carácter en el fracaso de las funciones de liderazgo. Describiré los rasgos de carácter más importantes de cada uno de los estados mentales; luego, siguiendo a Kernberg, sintetizaré describiré las condiciones psíquicas ideales de un líder, para enseguida revisar los estilos de liderazgo en los cuales se muestran estos rasgos de carácter en forma patológica. Lo que quiero señalar es que un rasgo de carácter puede estar al servicio del logro y de propósitos positivos, como también de la perturbación y de los aspectos negativos. Ordeno y clasifico los rasgos de carácter de la siguiente manera:

· Desde el estado mental paranoide, podemos observar rasgos esquizoides y paranoides propiamente tales.

· Desde el estado mental maníaco, podemos observar rasgos fronterizos y narcisísticos.

· Desde el estado mental neurótico, podemos observar rasgos obsesivos e histéricos.

· Los rasgos en el estado mental maduro, son las sublimaciones de cualquiera de los anteriores.

a. Estado mental paranoide

En el estado mental paranoide pueden distinguirse *rasgos de carácter esquizoide* y *rasgos de carácter paranoico*.

Rasgos de carácter esquizoide

*Sentimientos, afectos y emociones: S*u motivación no es la vida amorosa ni la intensidad sensorial, sino más bien la ensoñación y las ideas, las cuales, a diferencia de lo que ocurre en el histérico, son pobres, repetitivas y concretas. En el estado mental paranoide con rasgos esquizoides, a los individuos suele no interesarles la entretención ni la excitación, son sexualmente apragmáticos. Por ejemplo, no los motiva hacer el amor, ni gastar tiempo en juegos románticos. Erotizan poco la relación. Lo que sí puede darse en ellos es una búsqueda de fusión. Su afectividad es ambivalente, con oscilaciones sentimentales repentinas e impredecibles. Hay una ambivalencia intrincada de ternura y hostilidad. No son ni alegres ni tristes, sino serios. Hay ausencia de humor, una especie de aplanamiento afectivo. En ellos la disociación actúa en forma significativa.

Relación con el cuerpo y la acción: Escaso lenguaje emocional, con un correlato neurovegetativo muchas veces discordante. El uso del cuerpo es disarmónico, sin gracia, muchas veces de mal gusto y bizarro. Usan la vía corporal para expresar en forma para-verbal y de una manera discordante, lo que no pueden poner en palabras. Tienden a ser pasivos, desganados; ni siquiera cuando el otro o la tarea acude a ellos, emprenden la actividad con ahínco; más bien lo hacen en forma repetitiva y mecánica. Pueden reaccionar agresivamente y, a veces, en forma exagerada y peligrosa cuando los frustran en deseos que, por su mala comunicación, muchas veces el otro no comprende.

Relación con los otros: Cuando experimentan sentimientos, éstos están menos ligados a los datos objetivos o reales que a las creaciones imaginarias. Les cuesta expresar cualquier emoción, pero en especial la rabia y la agresión. Tienen dificultades y se ponen ansiosos en las relaciones sociales, lo que no tiende a disminuir con la familiarización. No son simpáticos. Se reconocen exteriormente por su carencia en el contacto y su tendencia al repliegue sobre sí mismos. Esto, que junto a una actividad interior bastante intensa, que los hace exquisitamente sensitivos, emocionalmente necesitados y vigilantes, agudos y perspicaces, les da una apariencia contradictoria que muchas veces desconcierta a los que viven con él. Reaccionan pasivamente ante la adversidad. Indecisos, su vida parece carente de metas y propósitos. Pasan horas interactuando con máquinas de juego o computadoras. Tienen oscilaciones sentimentales repentinas y poco explicables entre la hiperestesia y la anestesia del afecto, sin que el otro se haya movido un ápice. Presentan una superficie lisa y resbaladiza, son indiferentes a los halagos y a las críticas. Ni desean ni les agradan las relaciones personales ni el formar parte de una familia. El sentido que le dan al prójimo y a la relación con él es muchas veces curiosa e incomprensible para el otro, lo cual los hace parecer excéntricos y raros en su comportamiento. Como consecuencia de un narcisismo muy básico, y bajo la supremacía de procesos mentales elementales, tienden a retraerse de tal forma que a veces colindan con el autismo. Pueden confundir con una pseudo-relación que aparenta ser tal, a través de posiciones intelectuales, pero que no son más que producto de un rígido idealismo plasmado en posiciones filosóficas, metafísicas o de apariencia política, pero que trasuntan una relación narcisista.

Relación consigo mismo: Su mundo interior tiende a ser vacío y desprovisto de objetos. Tienen una gran capacidad imaginaria, pero los contenidos de sus fantasías, más que ser erotizados, como en el histérico, tienen que ver con persecución, culpa, idealizaciones y grandiosidades. Muchas de estas ideas pueden adquirir gran

importancia en su mundo interno autista. La representación de una fantasía en la mente tiene valor de culpa persecutoria; por lo tanto, se sienten muy malos y destructivos. Su emocionalidad es impredecible y oscilante. Los procesos del pensamiento son curiosos, no siempre ordenados según una lógica formal, lo que los hace parecer extraños y, muchas veces, mágicos. El discurso de los sujetos en estado mental paranoide con rasgos esquizoides es vago, metafórico, sobreelaborado y, a veces, circunstancial o hiperabstracto. En sus formas más puras, se caracterizan por el manierismo, la tendencia al aislamiento, la ensoñación, la extravagancia, los celos intensos y la inseguridad. Los afectos y las fantasías mentales que los acompañan se hallan menos ligados a los datos reales que a las creaciones imaginarias, dando la impresión de una disociación entre el afecto, la situación que vive en ese momento, y lo que está pensando. Su pensamiento está signado por el concretismo y la incapacidad de simbolizar.

Rasgos de carácter paranoico

Sentimientos afectos y emociones: Renuncia al amor para tratar de preservar un sentimiento de fuerza. Consideran la aceptación del amor como un sometimiento y manifestación de debilidad. Son afectivamente fríos, pero pasan por fases de exaltación alternadas con depresión. No establecen compromisos afectivos con los demás; los usan para sus propósitos, los que habitualmente tienen que ver con ideas extravagantes, obstinadas y con sentido grandioso. Disocian sus personajes en buenos y malos. Al proyectar el malo, se sienten perseguidos. Se identifican con el bueno idealizado. Cuando fracasa este mecanismo, predominan los sentimientos de vergüenza, humillación y desconfianza.

Relación con el cuerpo y la acción: Su rigidez afectiva se traduce en un porte altivo casi caricaturizado. Se ven tensos, serios y vigilantes. Parecen disfrutar de una salud de hierro, porque rechazan toda posibilidad de que el otro se enternezca por lo que puedan experimentar. Son activos sólo en relación con sus propósitos fanáticos y grandiosos, pero muy pasivos y dejados en lo referente al resto de sus ocupaciones y compromisos. Son muy irascibles cuando se los frustra, convirtiéndose en personas peligrosas.

Relación con los otros: La distancia con el otro es muy grande en el estado mental paranoide con rasgos paranoicos; estos sujetos se acercan a otro sólo en cuanto éste sirve a sus propósitos. Alternan entre el egocentrismo y el pseudo-altruismo. La sobreestimación del yo los hace parecer orgullosos y vanidosos, a veces, enmascarados bajo una falsa modestia que nunca engaña. Tras esta grandiosidad

compensatoria se esconde un sí-mismo débil, inferior, temeroso y dubitativo que emerge cuando falla la idealización del sí-mismo. Es habitual que tengan conflictos con las personas que representan autoridad. Constantemente dan pruebas de orgullo y desconfianza. Fanáticos en el plano ideológico en lo que concierne al orden general y, en especial, al orden social, sus errores de juicio conservan una dialéctica mental, con una lógica que fascina pero no convence a los observadores. Es habitual la soledad vital, frecuentes rebeliones y, a veces, el vagabundeo mental. En ocasiones se ven arrastrados a actitudes de estoicismo y extravagancia. Son poco realistas, reivindicativos, rencorosos, vengativos. Suspicaces, siempre piensan que los demás quieren sacar ventajas de ellos. No creen en la lealtad, ni de los amigos ni de su pareja. El menor contratiempo puede echar a perder las experiencias pasadas buenas, lo que los lleva a reinterpretar todo el pasado a la luz de ese sentimiento negativo, y a concluir que todo no era más que una farsa que acaba de ser desenmascarada.

Relación consigo mismo: Proyectan una imagen quijotesca acompañada de un comportamiento sistemáticamente razonador. Su imaginación y sueños son ricos en representaciones en torno a temas de grandiosidad, poder y control sobre la sociedad. Son muy sensibles a los asuntos relacionados con el poder. Sus representaciones tienen un carácter omnipotente donde se tiende a confundir pensamiento con acción, por lo cual generan una culpa persecutoria intensa. Son muy poco influenciables y sugestionables. Rencorosos, no olvidan un insulto o desprecio del que creen haber sido víctimas. Tienen dificultad para pensar simbólicamente.

b. Estado mental maníaco

El estado mental maníaco presenta, al igual que el paranoide, dos variantes: una con *rasgos de carácter narcisista*, y otra con *rasgos de carácter limítrofe*.

Rasgos de carácter narcisista

Sentimientos, afectos y emociones: En el estado maníaco narcisista, al sujeto no lo motiva la vida amorosa, sino relaciones que le confirmen su autoestima. Necesita mantenerse entretenido, exitoso, pero para escapar de una sensación de vacío. Puede erotizar la relación, pero al servicio del control, de obtener el poder sobre el otro y triunfar confirmando su potencia. Sus compromisos afectivos tienen una apariencia de estabilidad; sin embargo, son relaciones que mantiene en cuanto le sirven, y que están expuestas a ser desechadas en circunstancias difíciles. El mecanismo de defensa fundamental es la

identificación con alguien muy idealizado, que da a narcisista una típica sensación de grandiosidad. Las defensas más habituales son las derivadas de la disociación, que le permiten mantener una imagen idealizada de sí mismo o del otro con quien se identifica.

Relación con el cuerpo y la acción: Los narcisistas son vanidosos en el uso de su cuerpo y entrenados en atraer, con la finalidad de sentirse halagados y así confirmar su sobrevaloración. Son jactanciosos y presuntuosos. A la vez, son pasivos, sienten que no necesitan poner demasiado esfuerzo en las tareas o en las conquistas, porque su propia valoración de sí los hace estar por encima de esas molestias. Su lenguaje y expresividad carecen de una calidez y cercanía convincentes; más bien, producen a veces la sensación de admiración y de placer estético. Sus actividades tienen un carácter pseudo-sublimatorio que engaña. Tras ellas hay gratificaciones exhibicionistas, voyeristas y sádicas, entre otras.

Relación con los otros: Esperan ser reconocidos como excepcionales, especiales y superiores, y buscan personas que también cumplan dichos requisitos. La distancia con el otro es grande en los narcisistas, pero pueden dar la apariencia de cercanía cuando necesitan de una figura idealizada con la cual identificarse. No tienen una historia estable y larga en relación con otros. Cuando los demás pierden valor según sus esquemas idealizados, tienden a desecharlos. Son muy independientes y se jactan de no necesitar a nadie y ser autosuficientes. Son poco influenciables, muy poco sugestionables, y difícilmente hipnotizables. Son poco empáticos como consecuencia del desconocimiento de los deseos, de la subjetividad y sentimientos de los demás. Tienden a ser explotadores, porque no consideran las necesidades de los otros. Sólo las leyes les sirven de límites. Ajenos al daño que puedan hacer sus comentarios, a menudo los hacen parecer desatinados e imprudentes.

Relación consigo mismo: Se conocen poco a sí mismos porque no son dados a estar cerca de sí. Sienten culpa persecutoria en tanto no cumplen con los esquemas perfectos e ideales que se proponen. En general, están preocupados por fantasías de éxito ilimitado, poder, brillantez, belleza o amores imaginarios. Su autoestima es frágil y necesitan que los demás les confirmen que lo hacen bien. En las áreas conflictivas tienden al pensamiento concreto.

Rasgos de carácter limítrofe

Sentimientos, afectos y emociones: Los maníacos de carácter limítrofe son extremadamente dependientes. Se ven motivados por la

relación con los demás, aunque la viven con una sensación de insatisfacción permanente, y poniendo el acento en los aspectos sensoriales de ella. Necesitan mantenerse entretenidos y excitados, pero su voracidad les impide satisfacerse. Tienen poca tolerancia a la ansiedad. Erotizan las relaciones, con una tendencia franca a la promiscuidad. Son caóticos en sus compromisos afectivos, en el sentido de que se relacionan intensa, inestable y tormentosamente.

Relación con el cuerpo y la acción: Su lenguaje emocional es expresivo y con correlato neurovegetativo intenso. El uso del cuerpo es erotizado y están entrenados en excitar y atraer por la vía corporal y expresiva. Pueden ser muy pasivos o muy activos, pero carecen de una planificación sistematizada en sus propósitos. Tienden a ser muy agresivos cuando se les frustra, y a la vez son impulsivos.

Relación con los otros: Pueden ser muy cercanos en su relación con el otro mientras no se vean frustrados en su demanda habitualmente teñida de voracidad. Esto los lleva a relaciones alternantes de amor y odio. Parecen dependientes y necesitados y, sin embargo, cuando son frustrados, despliegan una intensa agresividad hacia el otro o conductas autodestructivas tendientes a despertar consideración y a obtener protección. Por su dependencia son sugestionables, hipnotizables y también autosugestionables. Por lo tanto tienen gran facilidad para las actuaciones artísticas en cine, teatro, ballet, TV, etc. Por su intolerancia a la soledad, viven la separación como abandono y exclusión, lo que no pueden soportar y les despierta intensa rabia. Se aferran a veces a un objeto inanimado o una mascota para disminuir la sensación de soledad.

Relación consigo mismo: Los maníacos con rasgos de carácter limítrofe tienen una gran expresión imaginaria, rica en sueños e imágenes con representaciones erotizadas. La disociación extrema de objetos malos y buenos los lleva a que su concepto de sí mismos y de los demás alterne entre la idealización y la devaluación extremas. Esto contribuye a su inestabilidad. Cuentan con pocos canales de sublimación. La representación de la fantasía en la mente no tiene valor de culpa; por lo tanto, no se sienten mentirosos, a pesar de que muchas veces llegan a distorsionar la realidad. Su conocimiento de sí mismos es caótico, como una sumatoria de pinceladas que no conforman una manera de ser coherente. En las situaciones angustiantes presentan cambios inesperados hacia el tipo de pensamiento concreto.

En cuanto a los rasgos de carácter propios del estado mental neurótico, tanto obsesivo como histérico, los describo en relación con

las condiciones ideales de un líder, aunque tales rasgos también pueden ser no positivos, sino perturbadores del liderazgo.

4. Las siete condiciones psíquicas ideales de un líder

Kernberg señala que las cinco características de personalidad deseables para el líder razonable son las siguientes: inteligencia; honestidad personal e incorruptibilidad; capacidad para establecer y mantener relaciones de objeto con profundidad; un saludable narcisismo; y una saludable y comprensible actitud paranoide anticipatoria en contraste a una actitud ingenua. A estas cinco características, yo agrego otras dos como favorables al desempeño del líder: rasgos de carácter obsesivo; y rasgos de carácter histérico.

a. Inteligencia

La primera de las características deseables en un líder es la inteligencia —definida como la capacidad de abstracción, deducción e inducción que se traduce en un pensamiento científico—, junto a la capacidad de asimilación, que supone los recursos de una buena memoria, conciencia lúcida, atención y concentración, y que se refleja en un buen manejo del lenguaje con habilidad para poner en palabras los pensamientos y las ideas. El líder necesita un nivel de inteligencia adecuado a la complejidad que significa la tarea de diseñar estrategias a largo plazo, distinguir lo esencial de lo accesorio, tanto en los procedimientos estratégicos como tácticos, y fundamentar constantemente a través de una ideología renovada el sentido del proyecto en común.

Para mantener la autoridad de su liderazgo, es importante que el líder sea apreciado por los miembros del grupo por la claridad de sus respuestas, la lucidez en la apreciación de los problemas y la creatividad en la proposición de alternativas.

b. Honestidad personal e incorruptibilidad

Hemos apreciado la fuerza psicológica de los grupos para generar presiones capaces de arrastrar al líder a una regresión psíquica que lo instale en estados mentales paranoides y maníacos, estados que son en sí mismos corruptos. No hay en ellos preocupación auténtica por la tarea, por la institución, por el grupo ni por el otro. Esto puede darse con diferentes matices, como veremos más adelante, pero siempre constituye una situación en la que se resienten los principios morales sobre los que se sustenta una entrega genuina a un proyecto con sentido constructivo.

Kernberg señala que la integridad moral del líder tal como aparece antes de que asuma las funciones de liderazgo, es la mejor protección contra las consecuencias de la regresión paranoide y maníaca en la organización. El autor señala que también contribuyen a proteger la integridad moral del líder las siguientes variables: "los sentimientos profesionales del líder hacia el oficio en el cual fue entrenado, sus sentimientos humanos hacia los miembros del grupo con que trabaja y su sentido general de responsabilidad social, independiente de los objetivos particulares de la organización". En los momentos agudos de regresión, Kernberg recomienda "el análisis cuidadoso y el establecimiento de guías organizacionales en todas las áreas de conflicto, como una manera de proteger al líder (cuando se activan estas dimensiones paranoides y maníacas) y su libertad interna, para que pueda seguir mirándose bajo su propio sistema ético, el cual en estas condiciones se ve intensamente provocado".

c. Capacidad para establecer y mantener relaciones con el otro en profundidad

La capacidad para establecer relaciones profundas con un otro es uno de los índices más importantes de la salud mental. Implica haber resuelto la angustia de sentirse agobiado en la cercanía con otro, incluye el reconocimiento de la necesidad del otro, y es la base para una proyección a largo plazo en una identidad estable y en proyectos comprometidos. Supone que predominan las tendencias reparadoras por sobre el sentimiento de temor que incita a la huida, con lo cual se adquiere pericia en conocer lo que el otro requiere, lo que espera, sus necesidades, capacidades y limitaciones.

Para conducir bien un grupo, es de fundamental importancia que el líder sea capaz de percibir con cierta destreza quién es el otro que tiene al frente, contactarse con sus necesidades, sus temores, sus capacidades y sus limitaciones. Puede incluso llegar a apreciar los rasgos de carácter de esta persona, lo que le permite elaborar estrategias en la delegación de las tareas en personas individuales o en la formación de subgrupos.

Esta característica de relación profunda con el otro va a ser también un índice de la capacidad de perseverancia, lealtad y entusiasmo con que el líder lleve a cabo su compromiso en el largo plazo. Como veremos a continuación, los líderes con un exceso de narcisismo son muy cambiantes. Esto es debido a que tienden a vincularse en forma extremadamente superficial con las demás personas, como también con sus tareas y proyectos, situación que genera una gran inseguridad en el grupo y contribuye a ese ambiente

de persecución tan nocivo que hemos descrito.

Por último, los miembros del grupo siempre esperan un cierto grado de satisfacción de sus necesidades de dependencia. Un líder que se vincula superficialmente, con poco compromiso, y en cuyo contacto se nota la despreocupación por el otro que tiene al frente, va generando progresivamente una aguda insatisfacción afectiva en el grupo, lo que redundará en dinámicas agresivas de celos y envidias que tienden a aumentar la persecución, y no la reparación.

d. Un saludable narcisismo

Uno de los trabajos clásicos del doctor Kernberg, *Narcisismo normal y narcisismo patológico* (1975), puede resultar de interés en quien desee profundizar este tema.

Durante el desarrollo de nuestra identidad, una de las maniobras a las que recurre la mente para resolver las situaciones de angustia que la vida va deparando, es investirse a sí mismo con un sentimiento de grandeza, que genera una sensación de estar por sobre las dificultades. Este investimiento se denomina narcisismo y, en cierta medida, ayuda a tolerar y a enfrentar situaciones difíciles. A esto se refiere Kernberg cuando señala que "un narcisismo saludable protege al líder de una sobre-dependencia de la aprobación de los otros y fortalece su capacidad para un funcionamiento autónomo. Un narcisismo maduro le da la suficiente fuerza al líder para tolerar la crítica de los demás sin sentirse profundamente herido ni dañado, y eso implica una señal al grupo de que puede hacer críticas con tranquilidad y sin temor ser posteriormente descalificado o perseguido" (Kernberg 1998). Por la posición que ocupa el líder en el grupo, está expuesto con mucha facilidad a los ataques envidiosos que se reactivan en estas relaciones asimétricas y ambivalentes por parte de los subordinados. El líder requiere tener una piel dura para tolerar estos ataques envidiosos sin dejarse coger por la rabia, que lo puede llevar a devolver la agresión, con el consiguiente deterioro de la confianza del grupo hacia él y la pérdida de su autoridad.

Hemos visto las condiciones de soledad en las que trabaja el líder y la frustración de sus necesidades de dependencia, las cuales pueden ser amortiguadas en parte por la gratificación narcisística que le reportan los logros producto de su liderazgo. Es decir, el líder debe ser capaz de gratificarse narcisísticamente de manera madura en el ejercicio de su liderazgo.

Por último, también señalamos las condiciones de incertidumbre

en que trabaja el líder, en las cuales tiene que tomar decisiones que requieren un alto grado de seguridad y certeza, siempre con el riesgo de equivocarse. La dubitación eterna, como suele pasar en personalidades severamente obsesivas, conduce a la paralización del grupo. En este sentido, los rasgos narcisistas también ayudan.

e. Una saludable actitud paranoide con capacidad anticipatoria adecuada, en contraste con una ingenuidad infantil

El estado afectivo persecutorio surge de la percepción del peligro de ser atacado. Significaría una distorsión en la percepción de la realidad el que alguien sostuviera que en sus interacciones con los demás se siente permanentemente a salvo de la agresión, que la gente es buena y no debe pensar mal del prójimo. Se trata de una distorsión, si no del juicio de realidad, al menos del sentido de realidad. Los seres humanos somos agresivos y violentos, y con mayor razón cuando nos reunimos en grupos. Un líder que no tiene presente esta condición de peligro, que no es capaz de mirar debajo del agua, ni leer entre líneas los mensajes soterrados de agresión, descalificación y cuestionamiento que el grupo en su conjunto o los miembros individuales le plantean, puede caer en una conducción absolutamente ingenua. Este candor es fácil presa de los miembros del grupo más narcisistas y paranoides que indefectiblemente van a boicotear el liderazgo.

Los rasgos paranoides también contribuyen al conocimiento profundo del otro. Permiten asomarse a mirar las partes más desagradables, violentas y, a veces, perversas que el otro trata de esconder. Como dice Kernberg (1998), “su alerta lo puede ayudar a diagnosticar e incluso prevenir tempranos daños potenciales contra él y la organización que dirige. También debemos tener presente que su capacidad paranoide podría activar su propia contra-agresión y aumentar su suspicacia”. Más adelante veremos las complicaciones de la patologización de los rasgos paranoides.

Kernberg señala una interacción interesante que se produce entre las tendencias narcisistas y paranoides, que pueden generar un círculo virtuoso que mejora la función del líder, o bien un círculo vicioso que la empeora. Para este autor, las tendencias narcisísticas y paranoides del líder se pueden balancear una con otra, de tal manera que la estabilidad narcisística protege al líder de reaccionar con excesiva agresión a los desafíos dentro de la organización, y sus tendencias paranoides le ofrecerían un canal relativamente inocuo para balancear respuestas agresivas a las lesiones narcisistas. Sin embargo, agrega: “pero con una patología del carácter más severa, las tendencias paranoides y narcisistas se refuerzan unas con otras. Bajo condiciones

extremas, los líderes con tendencias narcisistas y paranoides severas pueden ejercer un control sádico sobre la organización, con consecuencias devastadoras para ellos mismos y para cualquiera" (Kernberg 1998). Un ejemplo de esto es lo que el mismo autor ha definido como el "síndrome de narcisismo maligno", una combinación del trastorno de personalidad narcisística, tendencias paranoides severas, un montante de agresión que la persona no se cuestiona sino que racionaliza como algo absolutamente normal o justificable, junto a rasgos antisociales severos que implican no tener ninguna consideración con las normas de convivencia social.

f. Rasgos de carácter obsesivo

Los rasgos obsesivos se destacan por la capacidad de autocontrol y falta de involucramiento emocional. Junto a esto hay un fuerte desarrollo de los procesos de intelectualización y racionalización que permiten aplicar la lógica de causa-efecto y el pensamiento científico con rigor. Los rasgos obsesivos coartan las expresiones de rabia y agresión por el temor al descontrol. Todo parece lógico, y protege al sujeto dentro de un sistema que lo aísla y, en cierta medida, lo endurece frente a situaciones de gran inundación emocional en los grupos. En muchos casos, la capacidad de tener sentimientos que son exactamente los opuestos a los que están transcurriendo en las relaciones, le permite al líder aparecer con una empalagosa bondad o un puritanismo que, en ocasiones, puede estar al servicio de la conducción del grupo. El uso de mecanismos de aislamiento le permite también un cierto alejamiento que puede contribuir a enfrentar los problemas sin ser arrastrado por ellos.

Estos rasgos habitualmente van acompañados de un lenguaje poco expresivo (que compromete poco), y con una expresión corporal sobria. Las personas con rasgos obsesivos trabajan arduamente exigidos por circunstancias apremiantes. Cuando despliegan su actividad, lo que los motiva es el controlar, ordenar, limpiar, con el fin de tener la sensación de deber cumplido.

En general, los sujetos con rasgos obsesivos son rigurosos y su carácter dubitativo los lleva a buscar con ahínco la certeza. Tienden a pensar más que a actuar. Los rasgos obsesivos hacen que la persona sea muy devota del trabajo.

En su relación con los demás, son obstinados, parsimoniosos, de reacción emocional restringida y perseverante. Reconocen la necesidad del otro y son muy comprometidos y leales, aunque la expresión de intensa necesidad afectiva, ya sea de la vertiente cariñosa

o de la agresiva, les incomoda enormemente. Tal tendencia los lleva a relaciones a media distancia, las que en algunos tipos de situaciones grupales resultan muy adecuadas. Siempre están atentos a que la relación no se salga de control. Son poco provocadores y seductores y, al contrario, tienden a enfriar los sentimientos en la relación.

Los obsesivos dan una importancia muy grande al pensamiento, a las representaciones de la fantasía, la cual adquiere muchas veces valor de culpa, por lo que son moralistas y honestos. Esto los hace ser autocríticos y realistas y, al mismo tiempo, con capacidad para el pensamiento simbólico.

Los rasgos de carácter obsesivo son especialmente funcionales en los liderazgos en períodos de crisis, en los cuales fácilmente los grupos se ven inundados de fuerzas emocionales. Las capacidades de racionalización, intelectualización, aislamiento emocional y relaciones a media distancia, junto a un compromiso y honestidad fuerte de parte del líder obsesivo, resultan de gran ayuda para disminuir los niveles de persecución.

Al referirnos a las modalidades de liderazgo perturbadas, especialmente en el líder que necesita estar en completo control, veremos los inconvenientes de los rasgos obsesivos cuando se patologizan.

g. Rasgos de carácter histérico

La personalidad en que predominan los rasgos de carácter histérico se caracteriza por ser fuertemente motivada por las relaciones afectivas, la vida amorosa, las vivencias sentimentales y, ojalá, intensamente sensoriales. Si bien estos sujetos pueden aparecer a veces como de una emocionalidad exagerada y superficial, son auténticos y comprometidos.

Esta pericia en el manejo de las emociones, junto a la facilidad del lenguaje emocional y un uso del cuerpo con armonía y gracia, los hace ser entrenados en atraer y entusiasmar a través de sus expresiones. Son activos, van a la búsqueda del otro o de la tarea, son conquistadores no para controlar y someter, sino para obtener un clima de entusiasmo emocional y afectivo, aunque pueden ser ligeros de genio cuando los frustran.

A diferencia de los obsesivos, los rasgos de carácter histérico hacen a quienes los poseen más aventurados, capaces de iniciar caminos más audaces, ya sea porque no les gusta la rutina o porque

están estimulados competitivamente en la resolución de un problema. Establecen relaciones de cercanía con los demás, nunca de gran distancia. Reconocen que los necesitan y, además, son capaces de expresarlo en forma directa y emocional, pudiendo a veces llegar a ser empalagosos. Tienen una especial destreza para manejar los sentimientos de los demás lo cual les da una capacidad de sugestión que, puesta al servicio de los grupos, en algún momento puede ser de suma utilidad. Son competitivos, en el sentido de que les gusta mostrar constantemente su potencia y la calidad de las cosas que hacen, pero les interesa obtener afecto más que admiración, como busca el narcisista, todos rasgos útiles para el compromiso del líder en las tareas del grupo. Tienen mucha facilidad para crear ambientes de encanto, tensión y misterio que cautive a los demás. Son adecuados y atinados en sus relaciones sociales, porque son muy sensibles y conocen con profundidad lo que el otro necesita y requiere.

Estos rasgos de carácter contribuyen a una gran capacidad imaginaria que, junto a un pensamiento simbólico desarrollado, los hace ser creativos. Su estilo cognitivo es global, relativamente difuso y carente de precisión, a diferencia del obsesivo, que es tan preciso, consistente y detallista. Los rasgos histéricos son más bien impresionistas, mientras que los obsesivos son realistas.

Este conjunto de rasgos histéricos gratifica enormemente las necesidades de dependencia afectiva que el grupo espera del líder. Los líderes con rasgos histéricos mantienen satisfechos, entusiasmados y motivados a los miembros del grupo. Líderes de este tipo no resultan tan apropiados para los períodos de crisis, porque —a diferencia del obsesivo— son vulnerables a la inundación afectiva; sí son adecuados cuando se trata de sacar a los grupos de la rutina, de los estancamientos, de las burocratizaciones rígidas y de la inercia de organizaciones que han perdido su motivación inicial. Sus rasgos de carácter dan mucha habilidad para formar grupos con alianzas políticas entre ellos, elegir a las personas que los constituyen y motivarlos en la tarea, como también para mantener vigente, renovada y atractiva la ideología que mueve al grupo.

Sin embargo, veremos que estos mismos rasgos de carácter cuando se patologizan y forman parte de estructuras de personalidades anormales, conducen a liderazgos disfuncionales y perturbados. Característicos son, al respecto, el líder que debe ser admirado y querido, y el líder con incapacidad afectiva o inestabilidad.

Como una manera de ilustrar las condiciones ideales de un líder,

podría arriesgarme a decir lo siguiente:

El liderazgo militar requiere de una buena dosis de rasgos paranoides. Es imperdonable para quien conduce las fuerzas armadas de un país no reconocer dónde está el peligro. La ingenuidad y la confianza excesiva posiblemente son inexcusables en un buen militar.

Los líderes políticos requieren una buena dosis de narcisismo. El ejercicio de la política es una actividad donde es muy escaso el reconocimiento cotidiano. Da cabida a un liderazgo que, por la necesaria competencia que se instala al interior del partido político, genera un sentimiento de soledad, al cual se le suma la agresión de los opositores. Es un tipo de liderazgo que necesariamente crea altas expectativas idealizadas en los grupos sociales, las que inevitablemente se van a ver frustradas por el choque con la realidad, y van a generar respuestas de ingratitud y descalificación hacia la labor del líder. Por todo lo anterior, éste requiere una dosis importante de sano narcisismo que le permita tolerar la ingratitud, las derrotas, la falta de aprecio y reconocimiento, el sentimiento de soledad; y, al mismo tiempo, obtener las sanas gratificaciones narcisísticas que da el poder, para así mantener un equilibrio afectivo sin caer en el pesimismo escéptico al que este tipo de líderes está expuesto.

El líder de iglesia requiere una buena dosis de histeria. Los líderes religiosos están encargados fundamentalmente de administrar lo que, según hemos visto, correspondía a una reacción automática de los grupos, que los transforma en lo que Bion denominó "grupo de dependencia". Se caracteriza éste por la necesidad de idealizar una figura con la cual establecer un vínculo intensamente afectivo e idealizado, que les asegure protección y les prometa la resolución de todos sus males. La renovación de la fe, el entusiasmo, el amor, la dedicación y el cultivo que exige este vínculo, requieren de personas con abundantes rasgos de buen manejo emocional, expresivos, sugestivos y carismáticos, de tal forma que faciliten los procesos de identificación basados en su "testimonio", y no en rasgos impositivos, burocratizantes y reglamentadores.

El líder de empresa requiere una buena dosis de obsesión. Rasgos como la racionalidad instrumental, intelectual, que busca objetivos de rendimiento, soluciona problemas con una lógica impecable, valora el trabajo por sobre otras actividades diarias, no pierde el tiempo en la búsqueda de situaciones excitantes ni en desgastes emocionales, y está atento a no caer nunca en el descontrol, son sumamente adecuados al buen funcionario de un grupo que busca producir de la manera más

eficiente, en el mínimo tiempo posible y con el menor costo.

Lo que acabo de plantear es solamente un predominio de rasgos. Lo ideal es que un líder tenga todos los rasgos que he mencionado, con un predominio del que resulte más acorde a su tarea. En todo caso, a ningún líder le puede faltar lo que se podría considerar condiciones mínimas necesarias, aunque no suficientes, de un buen liderazgo y que son: la inteligencia, la honestidad, y la capacidad de contacto profundo con las personas.

5. Tipos de liderazgo patológico

La descripción de cada uno de estos tipos de liderazgo patológico irá desde las modalidades menos perturbadas hasta las que lo están en más alto grado.

Sigo la clasificación que propone Kernberg en el Capítulo 4 "Leadership and Organizational Functioning" del texto citado (Kernberg 1998), agregando a esta enumeración lo que a mi juicio es un tipo habitual de liderazgo disfuncional, y que es el liderazgo incapaz.

a. El líder que no puede decir que no

La dificultad de ser asertivo tiene su expresión menos grave en el líder con características histéricas que busca ser querido por los demás.

También en este ámbito se da el líder que tiene mucha dificultad para expresar la agresión por temor al descontrol de ella y que corresponde al líder más obsesivo. Este tiende a ser congraciador porque le incomoda en extremo la tensión de una relación con mucha expresión emocional, especialmente la exteriorización agresiva, aunque también la cariñosa. Muchas veces estos líderes, por un mecanismo psicológico que se llama formación reactiva, asumen una actitud absolutamente contraria a lo que sienten, con lo cual pueden enmascarar una rabia oculta intensa tras una apariencia amable y no confrontacional.

Un poco más compleja es la situación del líder que no puede decir que no porque está siempre cuidando su autoimagen frente a los demás, en el sentido de querer sentirse admirado. Este líder habitualmente tiene importantes rasgos narcisistas.

Esta dificultad para ser asertivo y poner la agresión al servicio de la autoprotección, también se muestra en el líder que no está

capacitado intelectualmente para desempeñar el cargo al cual ha sido promovido. En tal caso, pretende suplir las carencias en el manejo del grupo a través de ser condescendiente con todos e intentar conformar a cada uno. Tal actitud provoca mucho conflicto al interior del grupo, llevando a una situación insostenible, ya que siempre hay intereses encontrados entre los miembros de un grupo.

Otra variante más patológica, que describe Kernberg con mucha precisión, "es el líder que conscientemente intenta manipular a sus subordinados por el principio de dividir para gobernar, un signo de patología narcisista con tendencias antisociales en su base. La evitación de los conflictos abiertos representa una defensa contra la expresión de la agresión directa, en un esfuerzo por no hacerse de enemigos e intentar así mantener el control. El resultado es una disminución de la confianza mutua a través de todo el sistema, que lleva a un desarrollo paranoide. En una atmósfera aparentemente armoniosa en la superficie, las interacciones creadas por este tipo de liderazgo pueden generar los mayores fracasos administrativos institucionales" (Kernberg 1998).

b. El líder que necesita ser admirado y querido

El tipo más benigno de perturbación de este tipo de liderazgo es el que proviene de los líderes con personalidad histérica y obsesiva. El primero, porque tiñe sus decisiones buscando siempre la satisfacción de sus necesidades de dependencia, o sea, fundamentalmente la necesidad de sentirse querido. Y el segundo, porque tiene muy asociada la valoración de su propia persona con la calidad del desempeño en su trabajo, lo que lo puede llevar a veces a ser extremadamente perfeccionista, detallista y puntilloso, con el consiguiente agobio y cansancio de los miembros del grupo.

Mucho más grave es la necesidad de ser más que querido, admirado, la que es propia del líder narcisista, para quien la valoración de sí mismo depende absolutamente del concepto que tengan los demás de él. Kernberg describe a los líderes con personalidad narcisista como "personas que muestran tendencias exhibicionistas muy fuertes; que les dejan en claro a sus subordinados que ellos necesitan ser amados y admirados; que tienen gran dificultad para aceptar la crítica de parte de sus subordinados, y que tienden a transformar las estructuras administrativas en círculos cerrados de favoritos psicopáticos, complementados por un grupo externo de enemigos y resentidos de los cuales siempre se sospecha. Sólo aceptan consejos de aquellos subordinados que lo admiran. En estos líderes, la falta de capacidad para escuchar lo que no está de acuerdo con sus

propios puntos de vista, el defenderse constantemente de su propia intensa envidia inconsciente, crea una situación muy difícil para sus colaboradores más creativos, porque no basta con admirarlo; además no se le deben remover los sentimientos envidiosos" (Kernberg 1998).

La situación de liderazgo de las personalidades limítrofes es compleja, aunque, según Kernberg, difícilmente llegan a situaciones de poder, por su inestabilidad afectiva. Sin embargo, en algunas condiciones son promovidos a tareas de liderazgo, creando gran confusión. La necesidad de dependencia afectiva voraz, la cual inevitablemente se va a ver frustrada por parte de los miembros del grupo, genera de contra golpe una respuesta agresiva severa de parte de dicho líder, lo cual desconcierta sobremanera y aumenta el nivel de persecución en el grupo.

El líder paranoide que necesita ser admirado es extremadamente peligroso, ya que en cuanto perciba a algún miembro del grupo que no le rinde pleitesía, lo transforma no sólo en alguien frente al cual es indiferente, como en el caso del narcisista, sino en un enemigo, en una presunta amenaza de la cual necesita deshacerse.

c. El líder que necesita estar en completo control

La expresión más benigna de esta perturbación del liderazgo corresponde a la del líder obsesivo que necesita saber todo lo que está pasando en cada miembro de la organización que dirige. Trata de mantener todos los cabos atados, le cuesta delegar las funciones, es sumamente perfeccionista, detallista y ordenador, exigente en el rendimiento de cuentas, y afanado en cuantificar progresos que a veces no son cuantificables. Esto genera una sensación de hostigamiento, de intrusión y, en muchos casos, aumenta la persecución en el grupo.

Sin embargo, una modalidad más seria de perturbación en el liderazgo es el control que ejerce el líder narcisista, quien necesita tener la sensación de omnipotencia y de omnisciencia, sentir que todo lo maneja y todo lo sabe, con la finalidad de mantener siempre reforzada esa sensación de superioridad que lo hace sentirse grandioso y por sobre los demás. A diferencia del obsesivo, esto va acompañado muchas veces de un desconocimiento total de lo que sucede en la organización o en el grupo, lo cual lo va llevando a una actitud en la que asume medidas cada vez más autoritarias, que no dicen relación con las necesidades organizacionales, sino más bien provienen de su deseo de dar la impresión de que él manda.

Mucho más grave es la necesidad de control del líder paranoide, que controla para que no lo controlen a él, para disminuir la amenaza vengativa que siempre está percibiendo en los miembros del grupo o en los subgrupos que se formen. Este tipo de liderazgo lleva a los autoritarismos más fanáticos y rígidos, y cuando va acompañado de elementos esquizoides y sociopáticos, puede ser de una crueldad que se compara con los liderazgos de Hitler y Stalin (Kernberg 1998).

d. El líder ausente

Los líderes obsesivos corren el riesgo de enfrascarse en sus trabajos personales marginándose de la responsabilidad de administrar y conducir al grupo. Es una perturbación del liderazgo que puede corregirse si el grupo es capaz de ofrecer el *feed-back* necesario a su líder, el cual, si no tiene una patología obsesiva muy grave, responde retirándose de las tareas que lo tienen absorbido y retomando sus funciones de liderazgo. El líder histérico puede abandonar sus funciones y aparecer ausente por períodos, seducido por relaciones o proyectos que le resultan muy excitantes y en los cuales pone toda su energía. Al igual que el obsesivo, es recuperable por medio de asertivas intervenciones de los miembros del grupo.

La ausencia del líder narcisista es más seria. Es un tipo de patología del carácter que no reacciona a los *feed-back* del grupo, porque su retiro generalmente se debe a que lo que le preocupa es el prestigio y no la tarea organizativa en sí misma. Mantiene así una actitud evitativa en la toma de decisiones, y una tendencia a dedicarse a actividades que reportan ventajas exclusivamente para él.

El tipo más grave de líder ausente es el líder paranoide con fuertes rasgos esquizoides, que desarrolla gran angustia por el contacto emocional que le significa el grupo, además de la suspicacia y desconfianza que siente hacia cada uno de los miembros de él, de la organización en su conjunto y de las suborganizaciones que componen el sistema. Debido a los mecanismos esquizoides, reacciona distanciándose de los demás y también de sí mismo. Tal actitud lo aleja de la percepción de la realidad y lo deja proclive a la construcción de ideas y creencias personales más o menos sistematizadas, que al grupo le van pareciendo cada vez más extrañas, por sus características un poco esotéricas y mágicas. Este tipo de liderazgo es sumamente frágil y tiene muy mal pronóstico.

Kernberg señala que el gran problema del líder ausente es su falta de disponibilidad cada vez que ocurren crisis o se presentan situaciones que requieren la intervención del líder para mantener el

trabajo orientado a la tarea primaria, reorganizar los sistemas de trabajo, definir los límites y los necesarios sistemas de retorno de información correctivas, además del manejo de las comunicaciones y de las informaciones respecto de las directrices que dan las autoridades, las cuales el grupo tiende a distorsionar. Las organizaciones estables pueden pasar años con un manejo de liderazgo ausente, pero en los momentos de cambios ambientales están muy proclives a un quiebre organizacional (Kernberg 1998).

e. El líder corrupto

El líder histérico puede corromperse cuando cae víctima de la seducción, ya sea por el manejo erotizado de algún miembro del grupo, o del grupo mismo que le ofrece tentaciones sexuales.

El líder obsesivo corre el riesgo de tomar decisiones que pueden significar ventajas económicas para él cuando los rasgos de avaricia —que, junto al orden y a la formalidad, son frecuentes en el obsesivo— son muy marcados. Sin embargo, en ambos casos las corrupciones son menores. El líder histérico y el obsesivo tienen capacidad de reaccionar por el *feed-back* del grupo o de algún consejero de confianza y, en general, la corrupción no es un riesgo habitual en este tipo de personalidades, especialmente en el obsesivo, en el cual la avaricia se contrapesa con una moral sumamente escrupulosa.

La corrupción del líder narcisista es grave, y habitualmente va acompañada de una ausencia total de valores. Para él, el fin justifica los medios, y el fin habitualmente es obtener ventajas personales, ya sea por motivaciones de poder, de prestigio, económicas y de control sobre los demás. Cuando esta condición va acompañada de rasgos antisociales, se transforma en el líder corrupto delictivo que habitualmente termina en la justicia.

La corrupción del líder paranoide proviene de que su sistema moral está construido en torno a la actitud defensiva permanente frente a un medio ambiente que percibe como hostil y empeñado en su destrucción. Por lo tanto, en este tipo de líderes —señala Kernberg — se aplica el principio que describe Jacobson, de que “el paranoide necesita traicionar”. El sistema ideológico desde donde surgen las directrices de su acción es habitualmente fanático, rígido, sumamente violento y destructivo. Estos rasgos, de tendencias esquizoides, dan al líder paranoide una frialdad escalofriante, y lo pueden llevar a cometer las mayores atrocidades delictivas y criminales. Kernberg señala que un cuadro de seguidores corruptos puede crear una capa completa de liderazgo corrupto. El mismo autor dice que “es habitual

que una organización jerárquica rígida, como en las grandes burocracias, con un jefe investido de enorme poder investido, permita a los líderes corruptos desarrollar círculos corruptos de influencia alrededor de él" (Kernberg 1998).

Al hacer esta descripción de la corrupción, no debemos olvidar que ésta puede tener origen —como decíamos al comienzo— en los rasgos propiamente caracteriológicos del sujeto, como también en las presiones regresivas que provoca el grupo y que se transforman en una tentación a la corrupción.

f. El líder afectivamente inestable

Los líderes predominantemente histéricos tienden a reaccionar con irritabilidad frente a la frustración, conducta que, cuando es muy repetida, genera desconcierto entre los miembros del grupo, medidas de protección y disminución del *feed-back* crítico y un ambiente de condescendencia que no contribuye al desarrollo de la tarea primaria.

El líder obsesivo es, en general, estable en su comportamiento grupal, con un perfil expresivo más bien plano y carente de emociones. Sin embargo, por las dinámicas que ya hemos descrito, es un tipo de personalidad que acumula altos niveles de agresión y que, en el momento en que fallan los sistemas de control, puede resultar en una explosión rabiosa frente a un hecho aparentemente nimio. Ello sumerge en el asombro a los componentes del grupo o de la organización, por el carácter impredecible de la explosión de mal humor. En esto se diferencia del histérico, que es más predecible, por lo que el grupo más o menos sabe qué cosas le molestan y lo enojan. No obstante lo anterior, la inestabilidad afectiva es un tipo de perturbación del liderazgo corregible y que, en el peor de los casos, genera en los grupos episodios regresivos que son de carácter transitorio.

Más negativa aún es la conducción del líder con característica de personalidad limítrofe. Como ya se ha señalado, es poco probable que personas con este tipo de trastornos de personalidad ocupen cargos de liderazgo, porque su inestabilidad afectiva los va descalificando en el trayecto. Pueden mostrar un entusiasmo exagerado frente a determinado proyecto o tarea, pero basta el más mínimo contratiempo para que se desilusionen, se sientan abatidos, escépticos y deprimidos, y lo mismo pasa con los miembros del grupo. Estos líderes se entusiasman e idealizan a algunas de las personas que componen el grupo o los subgrupos que dirigen, proponen proyectos y destinan recursos absolutamente desproporcionados a las necesidades de la

organización y, al menor obstáculo o dificultad, surge la descalificación, el rechazo, y con mucha facilidad sentimientos de desconfianza, suspicacia e incluso de persecución. Esta misma inestabilidad afectiva los lleva a ser muy erráticos en las rutinas, en la asistencia, y en todas las conductas que ayudan a mantener en alto la moral del grupo.

El líder narcisista genera una alta frustración en la necesidad de dependencia afectiva del grupo. La escasa capacidad de empatía con los problemas emocionales de los miembros, especialmente en las situaciones de crisis; su propia incapacidad de expresión afectiva y su discurso en general poco delicado y poco considerado con las necesidades de los miembros del grupo o de los subgrupos de la organización, lleva a que éstos se sientan aislados, inseguros y sumamente frustrados, en un ambiente de trabajo donde van perdiendo el sentido final de su tarea.

Esta ausencia de afectividad por parte del líder adquiere caracteres dramáticos cuando se trata de un líder paranoide, que de por sí es de personalidad fría, distante y con mucha dificultad de contacto emocional. Esta situación se agrava cuando en el líder paranoide se suman rasgos esquizoides, que lo llevan a un mayor aislamiento, con discordancia entre la idea que sostiene y el afecto que expresa, y que le dan una apariencia fría e inhumana. Las personalidades más sanas no pueden tolerar este tipo de liderazgo y abandonan la institución, o se recluyen en un aislamiento que no contribuye a la cooperación grupal. Tales líderes terminan asociados a los miembros más patológicos con características fuertemente narcisistas y sociopáticos (Kernberg 1998).

g. El líder intelectualmente incapaz

El rendimiento de la capacidad intelectual depende de la inteligencia, la que está constituida por dos variantes: la capacidad de abstracción, que se expresa fundamentalmente en las operaciones lógicas; y la capacidad de asimilación, reflejada fundamentalmente en la capacidad de poner en palabras los conceptos y las ideas. Ambas se ven influidas por los estados emocionales. En el caso en que la incapacidad intelectual del líder esté en los límites de lo necesario para el desempeño de su tarea, puede sufrir perturbaciones importantes cuando se generen presiones regresivas desde el grupo. Esta disfunción se da especialmente si hay patología del carácter importante en el líder, ya que es más sensible a dichas presiones, se inunda más fácilmente de angustia y, como consecuencia, sus capacidades intelectuales decaen ostensiblemente. Un ejemplo de esto

son los líderes que en situaciones de crisis hacen un "papelón", y sorprenden por la manera estúpida en que se conducen. Mientras las cosas estaban estables, manejados al límite de su capacidad, no se notaban sus carencias intelectuales.

El estilo cognitivo histérico, a veces impresionista y difuso, puede perder rigurosidad y convertir al líder en un sujeto excesivamente generalizador y sentimental, con poca capacidad de precisión en tareas que así lo requieren.

El detallismo, el aferrarse al perfeccionismo y la indecisión obsesiva, pueden obstaculizar en el líder la capacidad de distinguir lo esencial de lo accesorio, perturbando en gran medida los rendimientos intelectuales necesarios en un buen conductor de grupos.

El estilo superficial de contacto propio del líder narcisista, le impide ir asimilando experiencias reales de los acontecimientos que transcurren en la vida grupal y en los conflictos que se han ido presentando. Esto, junto a una falta de actitud autocrítica, de intolerancia a la incertidumbre, lo puede llevar a buscar soluciones simplificadoras que se traducen en un muy bajo rendimiento desde el punto de vista de una evaluación intelectual de su tarea.

Los altos niveles de ansiedad a los que está expuesto un líder que percibe permanentemente ataque, odio y envidia en quienes lo rodean, impiden la tranquila atención y concentración que requiere la solución de los problemas esenciales, y la tolerancia a la incertidumbre que permite contactarse de manera profunda con los problemas. Esta ansiedad, que también se traduce en una baja en la capacidad de resolución de problemas, hace aparecer al líder como menos capaz intelectualmente de lo que realmente es.

Finalmente, está el líder que es promovido a una actividad para la cual no está capacitado, ni técnica ni intelectualmente. Son líderes que no tienen capacidad de proyectar a largo plazo el sentido de la tarea, y trabajan en la resolución de pequeños problemas cotidianos que, mirados a la larga, están plagados de contradicciones. Son incapaces de elaborar un discurso con claridad conceptual, tienden a ser muy congraciadores y a aceptar la proposición que les hizo la última persona con la cual conversaron. Cuando tienen conciencia de su incapacidad, tienden a delegar en exceso la autoridad. En los casos más extremos, esta dificultad de distinguir lo esencial de lo accesorio los lleva a ser personas francamente descriteriadas, cuyo desatino se muestra incluso en las interacciones sociales.

6. El liderazgo en el manejo del estado mental de los grupos sociales

He dedicado un espacio extenso a las características del liderazgo, ya que es coherente con el planteamiento que desarrollé al comienzo de este capítulo. No existe una historia de la masa independiente de la historia de sus líderes, como tampoco existe una historia de los líderes independiente de la masa. Habiendo señalado la importancia del manejo de la sociedad por parte de los líderes y las características de su ejercicio, quisiera ahora completar lo ya expuesto en la sección "Acuerdo social más que reconciliación", en relación con los objetivos más importantes que debe tener presente el liderazgo en la conducción de los procesos sociales. En especial, cuando el líder se propone transitar por el camino de la elaboración de una crisis, como es el caso de la elaboración de un duelo.

La labor del líder en un proceso de duelo consiste en generar los equilibrios necesarios para no aumentar la persecución y evitar que degenere en estados mentales paranoides de venganza, de ataque y fuga, o en estados maníacos de convencionalismo social superficial, lo que resulta a la larga empobrecedor. Desde esta perspectiva, la conducción del liderazgo de los grupos sociales debe estar orientada a la obtención de marcos de acuerdo que disminuyan la persecución y permitan que las instituciones hagan sus propios procesos de duelo.

Al mismo tiempo, los líderes deben promover, y no perturbar, la búsqueda de la justicia por los mecanismos legales disponibles, teniendo presente nuevamente la evitación de niveles altos de persecución que concluyen solamente con un estancamiento de este proceso.

Hay un tercer aspecto que debe tener en el horizonte el líder. Debe favorecer los equilibrios de funcionamiento mental neurótico de la sociedad, vale decir, acuerdos que permitan el trabajo de duelo al interior de cada grupo social, de cada institución. Y, junto con ello, el líder debe estar constantemente preocupado de mantener un equilibrio entre el desahogo propio del estado mental maníaco que lleva a los mecanismos convencionales, trivializadores y simplistas de los medios de comunicación de masas, versus el enfrentamiento serio del tema desde algunas disciplinas, las que, elaborando una y otra vez el duelo, pueden construir respuestas creativas. Esto permitirá un contacto por aproximación sucesiva que no inunde de ansiedades paralizantes y ayude a otorgar un sentido final e incluso trascendente a la experiencia. Me refiero a la disciplina de las ciencias sociales, al arte y la religión.

7. Los líderes intermedios, de "grupos de trabajo"

Al terminar este capítulo, quisiera precisar que, cuando hablo de liderazgo, no me refiero exclusivamente a los líderes "top". Me parece de fundamental importancia rescatar las funciones de los liderazgos intermedios, es decir, todos los líderes de grupos de trabajo, entendiendo por grupo de trabajo la configuración de un conjunto de miembros abocados a una tarea definida (Bion 1963).

En Chile hemos tenido la tendencia a apreciar e incentivar los liderazgos de primer rango, y a no valorar los liderazgos intermedios. La idealización por parte de un sector, y la devaluación por parte de otro sector, de los líderes jerárquicamente más altos en la sociedad, sean éstos presidentes, comandantes en jefe, arzobispos, altos representantes, etc., parece que viene a compensar la indiferencia en la apreciación del liderazgo intermedio, del cual es habitual que no se espere mucho. Este fenómeno va de la mano con la incapacidad de entusiasmarse con un proyecto ideológico, o sea, con un programa que ofrezca soluciones a los problemas. Desde este escepticismo se realiza una proyección en los líderes intermedios, quienes terminan identificándose con este pesimismo; finalmente, quedan cogidos en la misma actitud negativa y, en el fondo de su pensamiento, tampoco creen en la posibilidad de proyectos que resuelvan los problemas. El líder escéptico va dejando la sensación de que, si está en el cargo, debe ser por alguna conveniencia personal, por deseo de poder, o porque quiere sacar ventajas. En este clima, tales proyecciones a veces se ven confirmadas por los hechos, creando un círculo vicioso que deteriora el liderazgo y el concepto que la masa tiene de él, en un refuerzo interactivo cada vez más negativo.

La ruptura de este círculo vicioso se realiza en un recambio del liderazgo con programas de acción respaldados en *constructos* ideológicos convincentes y, al mismo tiempo, respetuosos y flexibles, conducidos por líderes intermedios que llevan a cabo su tarea cumpliendo las características de liderazgo funcional que hemos descrito más arriba. Conducen los grupos de trabajo ateniéndose al cumplimiento de la tarea primordial, en un estado mental que implica contacto con la realidad, tolerancia a la frustración, control de emociones, pensamiento a largo plazo, lucidez, honestidad y profundidad. A partir de aquí, los grupos y los sectores sociales pueden comenzar a apreciar y valorar la importancia de los liderazgos intermedios, a crear círculos virtuosos que se traducen en un robustecimiento de la conducción de las organizaciones e instituciones sociales.

Capítulo VII La reparación en el proceso de duelo social

En la primera parte de este libro señalé la necesidad de un proceso de duelo tras un conflicto que ha generado violencia, destrucción y pérdida. La destrucción y pérdida de algo querido nos sume en la angustia y el dolor, y es sólo por medio del restablecimiento de la integridad de aquello destruido —no en la realidad externa, porque ello es imposible, sino en la realidad de nuestro mundo interno— que se nos devuelve la paz y la tranquilidad. Este proceso de restauración del objeto, del otro, de aquello destruido y dañado, es lo que denominamos reparación. Al referirnos a los procesos sociales en la segunda parte, concluimos que los procesos de restauración no son sociales, porque los grupos no cumplen con los requisitos que se requiere para reparar. Los procesos de reparación y, por ende, la reconciliación a la cual conducen, son procesos individuales, familiares y, a lo más, de grupos pequeños de no más de veinte a veinticinco personas.

Desde nuestra hipótesis de trabajo, una vez asumida la imposibilidad de una reconciliación social, lo que se ha ido generando como una necesidad es la creación de condiciones que favorezcan el desarrollo de los procesos de duelo individual y, por lo tanto, de reparación y reconciliación individual. Hemos descrito la importancia fundamental del liderazgo para crear este tipo de condiciones por medio de acuerdos que disminuyan al máximo la persecución y la culpa persecutoria de los grupos sociales y, por ende, los estados mentales paranoicos y maníacos. Esto, traducido a los términos desarrollados en este trabajo, consiste en la aspiración a estados mentales sociales neuróticos, con marcos de acuerdo equivalentes a los sistemas represivos del individuo que impiden la eclosión de los impulsos destructivos conducentes a los estados regresivos más persecutorios. De más está señalar la complejidad de esta tarea, de la cual esta mirada sólo aporta el inicio, la descripción psicodinámica de las variables en juego. Las medidas político-contingentes pertenecen al ámbito del arte de la política, y quedan en mano de los líderes y sus grupos de trabajo. Escapan por lejos a los objetivos del texto y a la capacidad del autor.

Señalamos la importancia de los liderazgos funcionales en el logro de estos acuerdos sociales. Pero, como hemos señalado, un buen liderazgo no se reduce a la capacidad de acuerdo político, a la destreza en el manejo del poder, a la capacidad de manejar las instancias organizativas y burocráticas al servicio de la tarea; se refiere también al manejo de una ideología al servicio de incentivar el

sentido final de la tarea primaria y mantener en alto la moral de los miembros del grupo.

Los tres primeros elementos apuntan a lo que he señalado como la creación de un marco de acuerdo entre los sectores sociales que disminuya la persecución, en un funcionamiento mental social de características más neuróticas. Es al cuarto elemento de estas cuatro condiciones de un buen liderazgo que me quiero referir ahora. Esto es,, a la ideología, definida como un sistema de creencias, convicciones, fantasías y mitos que el líder debe promover y trasmitir a los sectores sociales. Debiera, en este caso, construir su coherencia, su atractivo y su fundamento, no desde la razón instrumental, sino desde la razón reparadora.

Fred Alford, en su texto *Melanie Klein: Critical Social Theory* (1989) hace un interesante análisis acerca de la razón instrumental y la razón reparadora, que a continuación sigo de cerca.

1. La razón instrumental

Al hablar de la razón, me estoy refiriendo a una forma del conocimiento. El conocimiento es el establecimiento de una ecuación de igualdad entre el objeto que se me aparece en el mundo externo y un objeto que está alojado en mi mundo interno y que, en el acto de conocimiento, lo representa. O sea, el acto de conocimiento es el acto de igualar un objeto externo con un objeto interno. Esto es lo que denominamos ecuación simbólica (Segal 1989). El objeto externo tiene una representación que no es sino un símbolo que está en el mundo interno del sujeto que está conociendo.

Las primeras etapas del desarrollo de esta ecuación simbólica son conexiones de igualdad bi-unívocas entre una representación y un objeto externo único, que denominamos “ecuación simbólica rígida”. A medida que se desarrolla la mente, puede representar a los objetos internos por múltiples objetos externos, y viceversa, los objetos externos pueden ser representados por múltiples objetos internos. Ahora podríamos decir que un objeto interior A, más que ser igual a un objeto B, es congruente con él, el signo a utilizar es º y significa que, aunque los elementos de la ecuación no son idénticos, están en un acuerdo armonioso. Un elemento representa a otro, porque los elementos se representan unos con otros de manera significativa, sin ser idénticos. Dicho de otra manera, un objeto interno puede representar a un número de objetos externos y un objeto externo puede representar a un número de objetos internos en un patrón cambiante, que varía en la medida en que sabemos más acerca del

mundo y de nosotros mismos. Así, sucesivamente, se va perdiendo la ecuación simbólica rígida, y el pensamiento va llegando a ser menos idéntico a sus objetos. Podríamos denominar a esta ecuación simbólica como ecuación simbólica laxa, que alude a otro concepto que dice relación con la opacidad del símbolo, o sea, la multiplicidad de significados que puede tener un símbolo. El símbolo así concebido es de significado multívoco.

La madurez supone la aceptación de la separación entre el símbolo y la cosa simbolizada. El logro de tal capacidad es propio de un aparato mental que puede pensar, puede crear abstracciones sin necesitar mantenerse en contacto con la cosa concreta.

Esta capacidad de pensamiento que no establece condiciones rígidas, y que permite la creación de múltiples significados entre los objetos internos y los externos, es la que nos salva del pensamiento prejuiciado, prefabricado, saturado. El pensamiento saturado no les da oportunidad ni posibilidad, ni al mundo externo ni al mundo interno, de conocer a los otros o a sí mismo, con todo el abanico de riquezas que la emergencia del ser nos ofrece. O sea, fracasamos en aprender todo lo que podemos acerca del mundo porque, al forzarlo en un marco determinado, ya prefabricado y saturado por nuestras fantasías y necesidades, le damos menos oportunidad al mundo de modificar nuestras fantasías, y hacer así nuevas experiencias y crecer.

La ecuación simbólica rígida sustenta la modalidad de pensamiento de la razón instrumental. Esta no excluye el aprendizaje desde la naturaleza, pero sólo aquel que no afecta sus categorías, las que están orientadas hacia la predicción, manipulación y control. Dentro de estas categorías cabe la falsificación, esto es, aprendemos del mundo permitiéndole que corrija nuestras teorías. Pero lo que no es cuestionado son las teorías en sí. En este aspecto, la ciencia (para sus categorías) no es abierta a la falsificación, por así decirlo, porque excluye aquellas experiencias del mundo incompatibles con sus categorías de predicción, explicación causal y control (Alford 1989).

2. La razón reparadora

Un fenómeno contrario al de la razón instrumental es el que ocurre en ese tipo de conocimiento que está representado en el arte, la religión y las ciencias sociales, y que Alford denomina “razón reparadora”. Goodman, citado por Alford, señala que el arte se distingue de otras actividades por su “densidad semántica”. En el arte, la relación entre los símbolos es más importante que su función denotativa. Esto tiene que ver con la manera en la cual el arte crea

otra realidad. Esta perspectiva se relaciona con lo que señalábamos como la "opacidad" simbólica. El arte es esencialmente opaco. Y podríamos decir que la filosofía, la teología, las ciencias sociales, la economía, la medicina, las ciencias básicas y por último las técnicas, son modalidades de conocimiento que se desplazan desde la razón reparadora en el extremo del arte, hasta la razón instrumental en el extremo de la técnica. En la técnica, por ejemplo en la contabilidad, cada número denota algo externo, aunque la relación interna entre los números también es importante. Muy pocos de los elementos de una pintura moderna pueden denotar nada externo en absoluto; la yuxtaposición simbólica lo es todo (Alford 1989).

La diferencia entre la forma de conocimiento de la razón instrumental y la de la razón reparadora es que esta última requiere de una condición mental que es la que permite el respeto a que el objeto se muestre tal cual es. Esta condición es un afecto, es el sentimiento de amor. En la medida en que hay una motivación genuina de preocupación por el otro, que empuja a un deseo de conocer lo que le ocurre; en que no lo forzamos en categorías predeterminadas por nuestras ansiedades primitivas y por nuestras necesidades; en que dejamos que nos impacte aunque nos provoque incomodidad, tensión, angustia o pena; en esa medida estamos acercándonos a conocerlo y a incorporarlo a nuestro mundo interno. Como dice Alford (1989): "El amor deja que el amor sea. Haciendo esto, el amante puede aprender a conocer otros aspectos de su amada, aspectos que llegan a hacerse presentes sólo cuando el amado es valorado en sus propios derechos, no en cuanto es un satisfactor de necesidades. Allí donde la razón instrumental ve a su objeto bajo las categorías de predicción, manipulación y control, la razón reparadora experimenta su objeto en cuanto está mediado por un conjunto de fantasías mucho más rico y más creativo, fantasías relacionadas con asistir al objeto a que llegue a ser como él es. En esto consiste, en último término, la reparación. Cualquier cosa de más o de menos pasa a ser una pseudo-reparación, una reparación maníaca".

Más adelante, Alford se hace la siguiente pregunta. "Si incluso el discurso es una instancia de homogeneización del poder de la razón, ¿hay otras alternativas, excepto la poesía y las conversaciones nocturnas?" La razón instrumental aparece como una fuerza universal que oscurece lo único y particular, en su intento de ser más abarcadora y más objetiva. Al contrario, plantea Alford, la perspectiva de la razón reparadora nos lleva a identificar alternativas y, en este sentido, cita a Gilligan, que caracteriza a una de estas alternativas como "una voz diferente", una voz que representa lo que ella llama "perspectiva de cuidado", la que es opuesta a la "perspectiva de

justicia". Tal perspectiva es representada por la mentalidad femenina.

Gilligan, siguiendo a Nancy Chodorou, mantiene que el razonamiento moral de la mujer va más en la línea de la perspectiva de cuidado, y que esto tiene que ver con que las mujeres no tienen que separarse de su madre tan completamente como lo hacen los niños para establecer sus propias identidades. Esto las lleva a que, frente a los problemas, en general rechacen las soluciones emanadas de principios simples universales, y sus alternativas de solución sean más particulares e impregnadas de preocupación y amor. Las necesidades del otro están en primer lugar y por sobre las demandas de los principios universales, esto último en la lógica de la razón instrumental. Al operar la razón reparadora, el amor hacia la persona es más que la idea, el individuo es más que el principio. Concluye Gilligan que el razonamiento moral de la mujer no es menos desarrollado, pero sí diferente, diferencia que no es adecuadamente captada cuando las premisas están en la asunción de que la madurez moral está asociada con pensamientos más abstractos y más universales.

Para las mujeres, el problema moral es más un problema de cuidado y responsabilidad que uno de derechos y reglas. Gilligan refuerza todo esto a través de un estudio realizado con grupos de hombres y mujeres. Finalmente, concluye que cuando la moralidad es vista desde la perspectiva del cuidado y responsabilidad, en vez de estructurada por principios morales universales, "la epistemología que subyace cambia desde el ideal griego de conocimiento como una correspondencia entre la mente y la forma, a la concepción bíblica de conocimiento como un proceso de relaciones humanas" (Alford 1989).

Sin embargo, no debe caerse en el malentendido de pensar que la razón reparadora descalifica a la razón instrumental. Si así fuera, la razón reparadora caería en un realismo ingenuo y en una actitud pasiva a la espera de la revelación de la verdad.

La aproximación adecuada a la realidad, desde estas dos modalidades de conocimiento, es cuestión de predominio. En las ciencias básicas predomina la razón instrumental, pero ningún investigador negaría hoy el factor subjetivo en la percepción de los fenómenos, aproximación que requiere de la visión propia de la razón reparadora. En el extremo del arte predomina la razón reparadora, pero también el trabajo creativo pasa por una tarea planificada, con técnicas y convenciones que se acercan a la razón instrumental.

Trasladado lo anterior a la conducción social, podríamos señalar

situaciones sociales que deben ser manejadas con un predominio de razón instrumental, por ejemplo, la economía de una nación. Lo que he tratado de demostrar en este trabajo es la importancia de la razón reparadora en la elaboración del conflicto social. Sin embargo, el líder debe integrar a ésta la razón instrumental, especialmente en lo que se refiere a asuntos tácticos y estrategias.

Algo que creo debe resaltarse como característica esencial del siglo XX, desde la perspectiva del desarrollo evolutivo de la humanidad, es la integración cada vez más respetuosa y valoradora del aporte de la mujer a la sociedad. Esto se ve reflejado no sólo en lo laboral, sino también al interior de la pareja. Parece haber cada vez más conciencia del enriquecimiento que se obtiene al integrar "la voz diferente". Los estudios clínicos y teóricos del desarrollo mental confirman con contundencia la importancia de la integración de lo femenino en el hombre y de lo masculino en la mujer para lograr la madurez y la estabilidad, no sólo en la relación de pareja, sino también con los hijos. Es fundamental que el hombre pueda ser maternal con su mujer y con sus hijos, o sea, que pueda contenerlos emocionalmente y, además, se preocupe de los detalles particulares que los afectan. A la vez, que la mujer pueda ser paternal con su pareja y con sus hijos, esto es, que lo ayude en la conducción del grupo familiar, incluso en el proveer, y trabaje codo a codo en la construcción del proyecto familiar. También, que en la vida sexual, la mujer, además de dejarse penetrar pasivamente, busque, muestre y desarrolle una sexualidad activa, con iniciativa, casi "penetrativa". Y, en el caso del hombre, que no sólo busque la penetración activa de su mujer, sino que, siendo capaz de identificarse con los aspectos femeninos de ella, genere el clima afectivo, de contención emocional tranquila, pasiva y receptiva.

En la perspectiva social, no deja de ser interesante que el líder mejor evaluado durante este gobierno sea una mujer. La ministra de Justicia, Soledad Alvear. En la misma línea, es interesante el éxito que ha tenido la primera dama, la Sra. Marta Larraechea, con una valoración positiva muy auténtica por parte de la población hacia su labor. ¿Será que está cristalizando en los grupos la necesidad de "la voz diferente", una valoración progresiva a esta forma de pensamiento?

Ariel Dorfman, el autor de la obra de teatro *La muerte y la Doncella* en la que se basó Polansky para dirigir el film que comentamos en el capítulo II, a propósito de la relación agredido-agresor, en una entrevista publicada en *El Mercurio* del 26 de mayo de 1992, reflexionando sobre la falta de entusiasmo del público chileno

hacia su obra, dice: “Con la transición a la democracia a cuestas, había poca gente dispuesta a recibir una metáfora tan cruda y certera sobre un país que es incapaz de conocer la verdad”. Pero, además, agrega: “Para una cultura tan machista como la chilena, es amenazante que sea una mujer quien tenga la fuerza” (Carola Oyarzún 1990). Tal vez era mucho más difícil construir esta metáfora con un protagonista hombre. Hay algo de esa “voz diferente” que inquieta a los hombres y cala honduras que nos estremecen.

Entusiasmándonos en este tema, podríamos especular que el desafío de los próximos siglos va en la línea de la integración de lo masculino y lo femenino. Ello nos prevendría del daño que acarrea el narcisismo omnipotente, violento, independiente y desvalorizador del vínculo por parte del hombre; y del daño producto de la voracidad insaciable, de la dependencia y tendencia sobreprotectora de la mujer.

En síntesis, la sociedad debe lograr un estado mental de acuerdo, en un marco formal que le permita contactarse con el duelo sin sentirse inundada por la persecución ni la culpa persecutoria; pero, al mismo tiempo, ayudada por las formas que ofrecen los modos de pensamiento donde predominan la razón reparadora por sobre la razón instrumental.

Los factores que contribuyen al desarrollo de esta elaboración son los siguientes: la capacidad del líder de mantener una propuesta ideológica impregnada de razón reparadora; la capacidad de la sociedad de integrar en este proceso “la voz diferente” que aporta el pensamiento femenino; y el incentivo general al desarrollo de las disciplinas cuyas formas de pensamiento son predominantemente del tipo de razón reparadora y que permiten elaborar la complejidad del duelo en un pensamiento reiterado desde distintas perspectivas, que van iluminando y a la vez reparando. Me refiero al arte, la religión y las ciencias sociales.

A. La importancia del arte en el proceso de duelo social

1. El arte como reparación, como catarsis, como fuente de moralidad

En todas las culturas humanas, la dimensión estética ocupa un lugar fundamental en el conocimiento y en la exploración del mundo. En palabras de Alford (1989): “En una tradición filosófica antigua y más ambiciosa, el arte no es solamente una rama especial de la filosofía llamada estética, el arte es la llave para poder captar la estructura básica del mundo. Aprendemos el orden y la armonía del

mundo cuando lo experimentamos a través del arte".

Para Nietzsche, la ilusión de la razón, representada en la figura de Sócrates, provenía de la amargura de su conciencia de fealdad. El arte, en cambio, permitiría la experiencia subjetiva primordial del mundo, experiencia que acepta el misterio del ser.

Alford, en el texto ya citado, ve en el arte no sólo la posibilidad de un conocimiento de la verdad, sino además la posibilidad de una reparación de la dimensión humana destruida, dañada y doliente. Para este autor, el acercamiento más lúcido al problema es el de la escuela de Francfort, representada por Adorno y Marcuse. Para ellos, el riesgo es que la belleza nos lleve a olvidarnos de los horrores y del sufrimiento, algo así como hacer que los horrores impensables parezcan tener algún significado. Por eso Adorno se pregunta si es posible escribir poesía después de Auschwitz.

Basado en la teoría kleiniana del arte, Alford desarrolla una teoría del arte como expresión del deseo de restaurar algo dañado, que en el acto creativo asegura que el amor es más fuerte que el odio, que el deseo de cuidado es más fuerte que la agresión, que lo destruido se puede reparar.

Las concepciones habituales acerca del arte y de la estética están relacionadas con el deseo de placer que nos lleva a otro mundo más hermoso. Esta es también la posición de Adorno y Marcuse. Desde esta perspectiva, el arte, si pudiera, evitaría el sufrimiento.

En el texto ya citado, Alford explica cómo la teoría kleiniana del arte se basa más que en Eros, en Cáritas. Sócrates describe la manera en la cual Eros quiere no solamente experimentar la belleza, sino poseerla, hacerla propia y controlarla por ahora y siempre. Eros es voraz, siempre necesitado, nunca satisfecho; ama a otro para realizar más plenamente su propia perfección, su integridad y su belleza. El otro le preocupa sólo en cuanto sea una fuente de satisfacción de las necesidades y los deseos propios. Cáritas, en cambio, es la tendencia a la reparación, no hace cálculos, está anclada en la pulsión de vida. Cáritas es el sentimiento que permite tomar conciencia del daño realizado al objeto; conciencia que se traduce en un sentimiento de culpa que potencia el impulso a ayudar y a reparar al que sufre, al otro dañado, al otro destruido.

2. El arte de lo feo, lo destruido y lo horroroso

La obra de arte es resultado de la reparación de los objetos

destruidos. Requiere el contacto con el sufrimiento y el dolor para, desde ahí, crear y recrear un objeto nuevo (Morel 1999). Segal, una discípula de Klein, ve la tarea del artista como una creación de un mundo. En este mundo, el artista hace el duelo por la gente perdida y experimenta lo que le ha dado sentido a su vida. Segal describe e interpreta un episodio del último volumen de Proust en el que explica su decisión de dedicar el resto de su vida a escribir. Tras encontrar a diversos de sus amigos enfermos, inútiles, locos, a las puertas de la muerte, Proust decide sacrificarse a sí mismo para la re-creación del moribundo. A través de su arte, reinstala en su mundo interno a esos seres queridos y les da vida eterna. Esto es un duelo. Es un duelo en el cual los seres amados son sacados de su existencia en el mundo externo y recreados en el mundo interno en una obra de arte. Segal dice que toda obra de arte es una recreación de algo una vez amado, una vez completo, pero ahora arruinado y perdido.

Más adelante describiremos con un poco más de detalle la reacción del espectador frente a la obra de arte. El espectador vive la experiencia vicaria de la depresión del artista que ha perdido (destruido) todo lo que amó, como también la alegría del artista de haber recreado y restaurado sus objetos amados en su mundo interno. En definitiva, el arte tiene que ver con la destrucción, la pérdida y la reparación. Es un acto exitoso de duelo. Desde esta perspectiva, el arte es el contacto con el dolor, el sufrimiento, el horror y la fealdad del objeto dañado y destruido. “La belleza no es sino el comienzo del terror que nosotros estamos justamente capacitados de soportar”, dice Rainer Maria Rilke. Y en sus *Cartas a Cézanne,* le dice: “Primero la percepción artística debe superarse a sí misma hasta el punto de realizar incluso cosas que tienen que ver con lo horrible, cosas que no son sino digustantes, y compartir la verdad de esto con todo lo que existe. Así es como el artista creativo no puede elegir, ni le está permitido dar la espalda a nada: un simple rechazo y él queda fuera del estado de gracia y se convierte en un permanente pecador”. O sea, el artista quedaría fuera al negar la fealdad que no puede trascender o que no puede reconciliar. Negando el mal y la fealdad, lo horrible y lo destruido, el hombre sólo puede dividirse contra sí mismo, y quitarle así potencia psicológica a su arte (Alford 1989).

Alford subraya la importancia del arte en este sentido reparador, reconsiderando el concepto de catarsis de Aristóteles. El concepto habitual de catarsis es el de purgación emocional que lleva a la paz y al contento. Para Aristóteles, es el uso de nuestras emociones para obtener clarificación, *insight* de la verdadera naturaleza de la verdad. Cuando Aristóteles define la tragedia en relación con la catarsis, no está hablando de la purgación emocional, sino de la experiencia de la

piedad y el temor en una obra artística. Así, la función de la tragedia es que, a través de las experiencias de piedad y temor, logremos claridad, lucidez y experiencia emocional respecto de aquello que nos produce pena y temor.

Así, entonces, por medio de la representación artística del dolor, de la fealdad y del horror, el arte nos reconcilia con lo que frecuentemente conocemos, pero no admitimos: que estamos llenos de odio, crueldad, suciedad, fealdad, desesperación y vacío. El arte nos reconcilia con esta parte negativa en los demás y en nosotros mismos. De esta forma, dice Alford, una de las tareas del arte es hacernos sentir más en casa en este mundo.

Desde esta perspectiva, el arte así concebido, según Alford, nos ayuda a prevenir lo que Adorno llama "reconciliación a la fuerza", situación inevitable en nuestra vida de agresiones no resueltas, en la cual uno es demandado a amar y convivir con alguien que no es digno de reconciliación.

En este sentido, el arte tiene más que ver con la verdad que con la belleza. O, más aún, se encuentra cierta belleza en la verdad, aunque la verdad tenga que ver con la fealdad del mundo. Alford (1989) termina señalando cómo incluso la verdad desagradable puede ser objeto de reconciliación. "Muchas historias de Kafka ejemplifican este punto, en el cual el mundo es revelado como tan plano, fragmentado y feo, que el único objeto posible de reconciliación yace en la verdad en sí misma".

3. El encuentro con la obra de arte

A continuación, quisiera ilustrar lo señalado hasta el momento respecto del aporte del arte a la elaboración del proceso de duelo de los últimos treinta años de nuestra historia. He elegido el séptimo arte, el cine, por tratarse de dramas que se desarrollan en el espacio y en el tiempo, a los que el lector puede tener acceso con cierta facilidad. Además, me permite ilustrar de una manera más gráfica los conceptos de escenarios y personajes del mundo interno, explicación que requeriría mucho mayor sofisticación en otras expresiones artísticas. Como habrán notado, algunas películas fueron ya comentadas en capítulos anteriores por ser muy pertinentes a esos temas.

La obra de arte produce un impacto estético que vivimos como una experiencia de placer y satisfacción en diferentes grados. El grado de placer está relacionado con el goce sensorial. El grado de satisfacción, con el descubrimiento de sentido y significado de los

enigmas y misterios de nuestra existencia. Esta gratificación nos da paz y una sensación de bienestar.

En la mente, nuestros personajes internos tienen una tendencia natural hacia el placer sensorial y hacia la descarga de tensión. La gratificación obtenida por la comprensión de nuestros enigmas existenciales, implica trabajo y esfuerzo emocional, porque son temas que duelen; a veces, hasta repugnan y otras, nos pueden asustar y agobiar.

Aquí yace el valor de la obra de arte. Su presencia es una invitación sugestiva, sin imposición, a una búsqueda de sentido y a una comprensión de nuestros conflictos, pero sólo en la medida de nuestras capacidades emocionales. Nos remueve el problema en la dosis en que podemos digerirlo y, simultáneamente, nos premia con el goce estético sensorial.

No sucede lo mismo con las obras de mala calidad. Estas, buscando la atención del espectador, manipulan sus sentimientos, le provocan estados emocionales intensos con la finalidad de crear dependencia y, a veces, adicción a vivencias incluso un tanto perversas. En ocasiones lo logran, pero en otras gatillan rechazo y angustia. La fuerza de su atractivo es netamente sensorial, sensual.

¿Por qué la obra de arte alberga este privilegio? Porque el artista, gracias a su talento, en su acto creativo fue capaz de percibir el conflicto con tal profundidad, conectarlo con pensamientos y emociones de tal riqueza, que dio a luz un símbolo. Símbolo que tiene la cualidad de permitir acercarnos al conflicto sin despertar emociones abrumadoras que nos alejen de él. Un símbolo cuyo impacto estético y el grado de conocimiento que obtendremos a través de él será mayor, mientras más universal y creativa sea su calidad.

El procedimiento óptimo para conocer el escenario, los dramas y los personajes del mundo interno, es el que se desarrolla en condiciones de trabajo con un tercero experimentado. Este, a través de un diálogo emocional e interactivo, nos puede ir mostrando ese mundo interno. En esto consiste el psicoanálisis y la psicoterapia. Este conocimiento pasa por un proceso. Es una investigación conjunta que precisa análisis y elaboración. Aspira al cambio de aquellos personajes que nos perturban y al crecimiento en calidad de nuestro escenario psíquico.

También existe una aproximación que gratifica nuestro anhelo y sed de conocimientos de este universo psíquico. Se desarrolla en los

encuentros casuales de nuestra vida cotidiana, con personas y momentos significativos. Existen muchas formas de contacto con el mundo psíquico interno; el arte es una de ellas. Entre las expresiones artísticas, el teatro y el cine se destacan por el despliegue de recursos en la dramatización de los conflictos. El cine, debido a la cualidad visual de su comunicación, vía sensorial con altísima capacidad de discriminación, y también por su transcurrir en una sucesión temporal, lo que permite el desarrollo de un relato. Además, por la riqueza de la comunicación verbal. Finalmente, por la posibilidad de reforzar el impacto emocional por la vía auditiva, a través del sonido musical, que rememora antiguos estados afectivos, rescatables sólo por el sutil efecto persuasivo de este arte. Todo esto facilita los procesos de identificación con los personajes, sus dramas y comedias, creando las condiciones para una interacción rica en autoconocimiento.

El autoconocimiento al que me refiero no es racional, es un conocimiento conmovedor, es una experiencia emocional. Como tal, exige una delicada conjugación de razón y sentimiento. Esta experiencia se da a través de dos pasos sucesivos. El primer momento es afectivamente intenso, y en él nos exponemos a una inundación emocional, que toca lo más profundo de nuestras vivencias. Una vez impactados por este encuentro, y aún con la incertidumbre del no poder entender, en un segundo momento aplicamos poco a poco el lente comprensivo, ubicando un hecho relevante. Este hecho seleccionado colorea el conjunto, lo hace coherente y le da un sentido que aporta nuevos significados.

En la medida en que se realiza este proceso, hacemos experiencia, enriquecemos nuestro bagaje de pensamientos creativos y sensibilizamos, flexibilizamos y sublimamos a nuestros personajes internos primitivos.

En este camino podemos paralizarnos o huir de la experiencia. Esto puede suceder en los dos pasos del proceso ya descrito: si la inundación emocional es extrema y/o si no logramos seleccionar los hechos que van a dar sentido al conjunto.

Para minimizar el primer riesgo, lo recomendable es que el encuentro sea con una obra de arte que, como señalé, tenga la cualidad de acercarnos al conflicto en la medida de nuestra capacidad emocional, y no tienda a manipular nuestros sentimientos. En el segundo momento, la intervención de un tercero puede ayudar a descubrir el sentido oculto que se nos escapa. Es decir, complete la experiencia, la mirada e interpretación de un otro que logre cuajar un perfil en el momento de incertidumbre y confusión.

La comprensión de una obra de arte no se agota en la mirada psicológica, pero hoy es una variable fundamental en cualquier análisis de nuestra condición humana. Es por eso que, a continuación, quisiera intentar una comprensión —desde nuestra disciplina— de algunas películas que han tratado los temas conflictivos del duelo individual y social. En tal intento comprensivo, quisiera ilustrar la penetración de la razón reparadora, en este caso en el arte, y específicamente en el cine, para entender cuestiones muy difíciles, angustiantes y, a veces, horrorosas, pero que forman parte de nuestra condición humana y que, en mayor o menor medida, todos hemos vivido.

Algunas películas han sido comentadas al final de algunos capítulos anteriores por su atingencia al tema ahí tratado. He querido hacer un último comentario, de una película que quiere simbolizar en el encuentro de una pareja, el proceso de duelo de dos pueblos, Francia y Japón, después de la Segunda Guerra Mundial.

4. Ilustración de un proceso de duelo social a través del séptimo arte: "Hiroshima, mon amour"

Esta obra cinematográfica, dirigida por Alain Resnais sobre un libreto de Marguerite Duras, comienza con una mujer francesa y un japonés que, desnudos en la cama, hacen el amor. Sólo se ven los cuerpos, no los rostros. Mientras ella lo acaricia, va diciendo: "Lo he visto todo, todo. También el hospital. Y estoy segura de que el hospital existe en Hiroshima. Imposible no verlo". A cada frase de ella, él le contesta en un tono tranquilo y lánguido: "No has visto ningún hospital en Hiroshima. Tú no has visto nada en Hiroshima, nada". Ella le replica, le dice: "Cuatro veces en el museo, he estado cuatro veces", y él le dice: "¿Qué museo en Hiroshima?" Ella vuelve a repetirle: "Cuatro veces en el museo de Hiroshima". Le explica lo que hay en el museo, los fierros quemados, las piedras destrozadas, las escenas que muestran los estragos de la bomba, los diez mil grados en la Plaza de la Paz, la temperatura del sol sobre la Plaza de la Paz. Pero el japonés cada tanto interviene y le dice: "Tú no has visto nada en Hiroshima, nada". Ella insiste que las reconstituciones han sido hechas con toda seriedad, los filmes han sido hechos con toda seriedad, que los turistas lloran porque no les queda otra cosa que hacer, que ella siempre ha llorado por la suerte de Hiroshima. "Siempre. Siempre". Pero él le responde: "No ¿Por qué hubieras llorado? Si no has visto nada. Nada". Ella insiste, continúa describiendo escenas —"no he inventado nada"—, pero él le responde, como indiferente: "Lo has inventado todo".

Este es el encuentro de una mujer francesa que representa a Occidente, desesperada y obsesionada por saberlo todo, por conocer con detalles la destrucción de la cual fue culpable. Ese es el vínculo de amor con Hiroshima, está asentado sobre el sentimiento de culpa de quien quiere arreglar lo dañado. Al agredido, sin embargo, consumido por la rabia, la desesperanza y la distancia, le parece imposible. Le da a entender que ella no ha podido imaginarse la magnitud del desastre, que ella no conoce nada de lo que realmente sucedió.

Enseguida, este drama de incomunicación adquiere un cariz que va a atravesar toda la película, que toma a ambos protagonistas, y que consiste en la búsqueda de saber, de reconocer qué pasó, cuál fue la realidad, en qué consiste el recuerdo y por qué hay que olvidar. Cuando él le dice: "Lo has inventado todo", ella le dice: "No he inventado nada. Como en el amor, esta ilusión existe, esta ilusión de no poder olvidar jamás. Del mismo modo, he tenido en Hiroshima la ilusión de no olvidar jamás, como en el amor". Más adelante: "Escúchame, como tú, yo conozco el olvido". Él le contesta: "No, tú no conoces el olvido". Ella insiste: "Como tú, tengo memoria, conozco el olvido". Él le contra argumenta: "No, tú no tienes memoria". Atormentada, con un tono un poco desesperado, ella le dice, "Yo, como tú, he intentado con todas mis fuerzas combatir el olvido. Como tú, he olvidado. Como tú, he querido tener una memoria inconsolable, una memoria de sombras y de piedra. He luchado todos los días con todas mis fuerzas contra el horror de no comprender del todo el por qué del recordar. Como tú, he olvidado ¿Por qué negar la evidente necesidad de la memoria?"

La mujer hace una declaración dramática, la necesidad del recuerdo y la tendencia a olvidar; la clara conciencia de que, en la medida en que se olvida, se vuelve a empezar, no se hace experiencia. "Hay más, volverá a empezar, doscientos mil muertos, ochenta mil heridos en nueve segundos, la temperatura sobre la tierra será de diez mil grados. Diez mil soles. Una ciudad entera será arrancada de la tierra. Y volverá a caer convertida en cenizas". Si no hay recuerdo, se repite lo ocurrido y no se aprende. Pero la tendencia a olvidar es tremenda y hay que combatir el olvido. Y ella confiesa: "Como tú, he olvidado. Como tú, he querido tener una memoria inconsolable, de piedra".

Agredido y agresor se necesitan para poder hacer una experiencia de olvido y de recuerdo, que les impida volver a repetir la destrucción.

A continuación, la mujer quiere demostrarle al hombre que ella lo entiende, y que esta comprensión surge de su propio pasado. Ella sabe

lo que él vive, porque sabe lo que es perder la familia como él la perdió en Hiroshima. Y comienza el relato de su amor a los dieciocho años, cuando se enamoró de un soldado alemán de las tropas que ocupaba su pueblo en Francia, Nevers. Él siente que necesita conocer con detalle cuánto reconoce ella el dolor que él ha podido sufrir. Se identifica con el alemán, con el alemán muerto por ella, representada en los franceses que le dispararon. Fruto de su ambivalencia, la misma ambivalencia de Occidente al lanzar la bomba.

Todo el pueblo la rechaza, sus padres la esconden en el sótano:

Me hacen pasar por muerta, así lo quiso mi padre, porque lo he deshonrado. Al principio no grito, sólo digo tu nombre suavemente. Igual te llamo, aunque estés muerto. Después, un día grito, grito como una sorda. Grito tu nombre alemán, solamente tu nombre, tengo un solo recuerdo, tu nombre. Te deseo tanto que no puedo soportarlo, tengo miedo de no verte más, nunca más. Pienso en ti. Pero no lo digo más. Loca de amor por ti. Tú estas muerto y estoy demasiado ocupada en sufrir. ¡Oh, qué dolor! Qué dolor en el corazón. Es terrible, toda la ciudad canta la Marsellesa. Mi amor muerto es un enemigo de Francia. Algunos quieren exponerme en la plaza pública. La farmacia de mi padre está cerrada por mi culpa.

A continuación, aparece nuevamente el drama del recuerdo y el olvido, y la mujer dice:

Veo mi vida. Tu muerte. Mi vida que continúa. Tu muerte que continúa. Es horrible, cada vez me acuerdo menos de ti. Comienzo a olvidarte. Cómo es posible olvidar tanto amor. Han pasado catorce años. Ya casi no me acuerdo de sus manos. Del dolor sí, un poco. Ahora sí, esta noche sí, pero llegará el día en el cual no me acordaré más. De todo, de nada.

De pronto, de este duelo del cual no podía salir, encuentra una solución, se disocia, se divide en dos. “Desde ese momento me volví juiciosa, ellos dicen *se está volviendo juiciosa”.* Una de las dos va a hacer una vida juiciosa, la otra va a quedar resentida, llena de rencor; como dice más adelante, “hambrienta de infidelidades, de adulterio, de mentiras y de morir desde siempre. Devórame. Defórmame a tu imagen para que nadie jamás comprenda el por qué de tanto deseo. Tú me matas, me haces bien”. Se confirma esta disociación cuando ella habla con el espejo de su baño. Una es la juiciosa, la otra es la enamorada y resentida por haber perdido a su alemán.

El japonés, el agredido, la necesita para saber con detalles cuánto

es lo que realmente sabe de lo que pasa en la destrucción de Hiroshima, lo que pasa con el daño, con el asesinato, con la muerte. El se lo dice mientras la persigue y le pide que no se vaya a Francia, que se quede más días: “Me es imposible dejarte. Quédate conmigo en Hiroshima”. Le pide unas semanas, unos pocos días. Está desesperado, porque la necesita. Ella se lo pregunta directamente: “¿Para qué quieres más tiempo, para vivir, para morir?”. Él le contesta: “Para saber”.

La película termina insistiendo en el esfuerzo que implica hacer el duelo que lleva a ese olvido que recuerda. A ese doloroso olvido que necesita volver a contactarse con lo querido:

Quisiera volver a verte esta noche. Durante meses tu recuerdo me quemaba mientras tu cuerpo se consumía. Y ahora mi cuerpo ya se consume al recordarte. Quisiera volver a ver Nevers. Ya no se aleja, ya no reniega y huye Nevers. Queridos álamos de Nevers, ya están olvidados. Pequeña que murió de amor en Nevers.

En la última escena, la agresora se ha ido del aeropuerto a su departamento; él, el agredido, no puede dejarla y la sigue: “Imposible no venir”, le dice al entrar. Ella llora y le dice: “Te olvidaré, ya te estoy olvidando, mírame cómo te olvido”. Aquí ambos se encuentran en el mismo momento del duelo y lo reconocen mutuamente. Ella le dice: “Hi-ro-shi-ma, es tu nombre”. Él le contesta: “Sí, es mi nombre, y tu nombre es Ne-vers en Fran-cia”. Ambos han sido capaces de ver sus lugares destruidos por la agresión. Ambos saben que el camino que tienen por delante es llegar a juntar los aspectos dañados, como juntar las sílabas para poder construir el nombre completo del lugar que representa la destrucción y las ruinas de lo amado.

B. La importancia de la religión en el sentido y la comprensión del proceso de duelo social

La importancia de la Iglesia Católica en la defensa de los derechos humanos, y en la reflexión profunda sobre las condiciones para generar un reencuentro y un acuerdo social, van en la línea del aporte desde la razón reparadora, cuya relevancia en la comprensión de conflictos sociales ya he descrito anteriormente. Sin embargo, como a través de todo este trabajo no me he detenido a explorar las acciones contingentes de ninguna institución, organización, grupo social o líder, tampoco lo haré en este caso. En el capítulo anterior describí cómo una de las disciplinas basadas en la razón reparadora, el arte, era de gran ayuda en el trabajo de acercarse al conocimiento de realidades que, en un primer contacto, nos resultan incomprensibles

por su carácter angustiante y desconcertante. Moviéndome en el mismo plano de análisis, desde la disciplina psicoanalítica, quisiera describir la importancia del pensamiento y del sentimiento religioso en la comprensión y búsqueda de sentido de los conflictos que estamos empeñados en superar.

La comprensión y el conocimiento a los que tenemos acceso por medio del arte, están basados en la identificación con los procesos de reparación que llevó a cabo el artista en su propio duelo. Para ello utilizó símbolos de alta calidad, universales, que son los que nos permiten identificarnos con mayor facilidad, y sin niveles de angustia paralizantes, con los actores involucrados. El conocimiento y la comprensión que alcanzamos por medio de la religión están basados en el sentimiento de fe. Esta implica una fuerte identificación con la figura idealizada del padre, identificación que surge de una relación de confianza y amor y satisface nuestro sentimiento de dependencia. La fuerza que adquiere la palabra de Dios grabada en las escrituras sagradas, las cuales albergan ricas tradiciones culturales, profundamente sabias y llenas de vida, constituye un instrumento de gran valor para la sociedad y la cultura, por su gran poder persuasivo, educativo y transformador.

Ejemplo de justicia y reconciliación en el Antiguo Testamento

Como lo hice en la sección anterior, al ejemplificar la función del arte en el proceso de duelo a través del análisis de una obra de cine, quisiera hacer el mismo ejercicio ahora, como una muestra de la riqueza y hondura que tiene la aproximación religiosa al tema del duelo reparador.

Para este propósito, quiero resumir las ideas principales de un artículo de Pietro Bovati, “Pena y perdón en los procedimientos jurídicos del Antiguo Testamento” (1997), y del mismo autor, “Giustizia del giudizio (mispat) e giustizia della controversia (rib)” (1987). El autor de estos trabajos plantea que se propone hacer un estudio del Antiguo Testamento en relación con la pena y el perdón, no para buscar en él normas para resolver casos particulares, sino, más bien, para apreciar cómo en el tratamiento de este tema hay un ejercicio sabio de la pena, que hay que modular, matizar y aplicar con libertad y creatividad. Las preguntas que el autor se hace son las siguientes: ¿Cómo plantearse delante de un crimen? ¿Cómo reaccionar delante del culpable? ¿Cuáles son los procedimientos que hay que respetar para cumplir un auténtico acto de justicia? Sostiene que la propuesta bíblica muestra una doble modalidad de intervención frente

al culpable, dos vías de justicia a las que denomina el procedimiento penal del juicio (en hebreo: “mispat”), y el procedimiento de la confrontación (en hebreo: “rib”).

a. El procedimiento penal del juicio

Este procedimiento es semejante a la aplicación de justicia en nuestra sociedad actual, con algunas variantes. El punto de partida es la constatación del delito que pone en movimiento la acción penal, y el consiguiente sometimiento del caso al parecer del magistrado competente.

A continuación, Bovati hace algunas reflexiones en torno a la acción penal y la venganza. Para el pueblo de Israel, el culpable tiene que ser castigado, mientras que la víctima debe recibir resarcimiento. El autor plantea que la sociedad no tiene otro modo de significar que una acción o comportamiento es algo inaceptable, sino a través de la conexión con una sanción punitiva: “Si el asesinato es un mal, la sociedad debe revelar esto no sólo en la norma ética que prohibe el homicidio, sino también y necesariamente, en la prescripción jurídica que castiga adecuadamente tal crimen”. Es un deber responder al mal.

La respuesta justa es la ley del talión, pero, a juicio del autor, hay un malentendido al considerar la pena como un acto de venganza. Más bien, la legislación del Antiguo Testamento se presenta como un freno, un correctivo institucional al régimen de venganza.

La ley del talión tendría dos variantes. Una es la exacta correspondencia entre el delito y la pena, que aspira a una simetría, equilibrio, equidad entre el daño inferido y el daño sufrido. La segunda variante, que para el autor de este artículo debería ser llamada “ley de la retribución”, plantea que al ofensor no se le infiere el mismo daño que ha provocado. No fija un paralelismo rígido de aplicación, sino más bien interpreta la situación.

El objetivo de esta forma de justicia en el pueblo de Israel es administrar una pena justa, proporcionada y eficaz.

b. El procedimiento de la confrontación

Es este procedimiento el que resulta de especial interés para nuestro propósito. Según el autor, en Israel existe otro modo de proceder, un sistema de justicia diferente al tradicionalmente conocido por nosotros, y que él traduce por “confrontación”.

El lugar típico de la confrontación es la familia. No es apropiado

para la justicia pública. El autor ilustra este procedimiento judicial en la historia de José, vendido por sus hermanos a los mercaderes, habiendo tenido éstos previamente intenciones de matarlo.

El punto de partida es el delito y, frente a la culpa, quien es el responsable del bien de la familia debe intervenir. Su acusación es una llamada de atención dirigida al culpable. Pero lo interesante en esta modalidad es que la cualidad de tal intervención se mide en función del resultado que debe obtener. Y este resultado es "convencer al culpable de admitir su error, convencerlo de 'confesar' abiertamente su culpa, demostrar los signos de malestar fruto de lo que ha hecho, expresar completamente el deseo de cambiar la manera de actuar". Para esto, la palabra de acusación y de llamada de atención debe unir la firmeza y la inteligencia: "Por una parte, es necesario un discurso que no disimule la gravedad de los hechos; por otra, es indispensable el ejercicio de una gran sabiduría para lograr que las palabras, incluso amargas, que se tienen que decir, sean aceptadas". El autor aclara que el acusador no asume el papel del adversario, como en el caso del tribunal. Al contrario, al mismo tiempo de acusar al culpable (porque no se puede permitir ni tolerar la actitud equivocada que puede destruir a la comunidad), está a favor suyo, "porque en ningún caso busca responder al mal con el mal, sino que desea solamente hacer el bien a quien arriesga perderse en su propio mal" (Bovati 1997).

Bovati relata que cuando José reconoce a sus hermanos, no se abalanza para abrazarlos ni tampoco para condenarlos. No puede imponer el perdón prematura y unilateralmente; más bien, desarrolla un camino gradual, que exige un tiempo de maduración de la conciencia. Hasta que llega el momento de la acusación: "Ustedes son espías. Ustedes han venido a observar lugares desguarnecidos del país". A través de procedimientos sutiles, largos y complejos, conduce a sus hermanos a confesar y a mostrar sentimientos de amor hacia el hermano menor. José es severo, pero al mismo tiempo es de paciente inteligencia para obtener lo que quiere, es decir, la reconciliación con sus hermanos. Como la sola palabra no basta, José acompaña la palabra de reconvención con el gesto de castigo y usa el instrumento de la prisión para cambiar el corazón de los hermanos.

El autor nos muestra cómo la diferencia estructural decisiva entre el procedimiento del juicio y el de la confrontación yace en que, en el primero, la pena concluye el proceso; y en el segundo, el castigo está al servicio de hacer hablar al culpable, para suscitar una respuesta justa de su parte. "Con el castigo se quiere ayudar al reo. El familiar que ejerce el rol de acusador hará todo lo posible para salvar a quien él ama. Y si el amado es culpable, usará la palabra y los gestos que considerará más idóneos para librar a quien yerra de su propio mal. Si no lo hiciese, querría decir que lo ha abandonado; si frente al mal no reaccionase con pasión y con fuerza, el culpable no percibiría ni la gravedad de su error, ni la intensidad de la pasión con la que es amado".

La intencionalidad última en este procedimiento es perdonar. "Si aquel que se ha equivocado dice que lamenta el mal cometido; si realiza algunos signos que manifiestan concretamente su propósito de cambio, se vuelve posible cancelar el pasado y reencontrar el acuerdo pleno, en la verdad de la reconciliación. El ofendido —la víctima— tiene el poder sublime de hacer comenzar una vida nueva".

El segundo momento fundamental de este procedimiento de confrontación después de la acusación, es la respuesta del acusado. Se le invita a responder qué ha hecho, y por qué lo ha hecho. Mientras perdure la negación de la propia culpa, la acusación permanece. Para que la controversia se desarrolle positivamente, señala el autor en el segundo trabajo citado, es necesaria la perseverancia paciente del acusador, que lo hace capaz de sobreponerse al resentimiento, al deseo de venganza. "Es un litigio cuerpo a cuerpo en el cual, por amor, lo soporta todo".

En el proceso de duelo individual que ejemplificábamos con un conflicto de pareja, la no acusación mutua, el no recuerdo del daño inferido al otro, detiene el proceso de duelo. Tal respuesta es una huida, nacida ya sea del temor o de la comodidad, y en ella el acusador se hace cómplice del daño realizado por el acusado. Esto también está relacionado con los mecanismos de olvido que revisamos al examinar la importancia del arte en los procesos de duelo. El olvido al que debemos aspirar proviene de la elaboración que construye nuevas representaciones mentales, que si bien no corresponden al daño mismo acontecido, están conectadas con él. Es el olvido que recuerda, pero éste sólo es posible si se elabora el daño. El acusador tiene el deber moral de continuar recordando el daño al acusado para darle y darse a sí mismo la oportunidad de un olvido sano.

El autor señala que la verdadera confesión viene junto con la demanda de perdón. Debe ser sincera, lo que se expresa en arrepentimiento por el mal hecho y el deseo de hacer el bien en el futuro. “En la tradición bíblica, para demostrar la verdad de su arrepentimiento el culpable realiza gestos que son llamados actos penitenciales, que revelan la sinceridad de la confesión y la verdad del arrepentimiento”.

El procedimiento de la confrontación termina, en un tercer momento, con la reconciliación. Esta se lleva a cabo cuando la víctima otorga el perdón y es éste es recibido por el victimario.

La víctima es libre de perdonar y, en este sentido, el perdón es un acto originario, es un gesto creativo. El autor señala que en el Antiguo Testamento son escasos los casos en los cuales un hombre tiene la capacidad y la bondad suficiente para introducir en la dinámica de la sociedad la lógica de la reconciliación. “Es un signo de que se trata de una realización difícil”. Sin embargo, recuerda dos figuras emblemáticas que pueden ser consideradas modelos y anuncios de aquello que es prometido a la humanidad. “En primer lugar se debe evocar al rey David, que no sólo reacciona con violencia a la hostilidad de Saúl en su enfrentamiento (1 Sm 24 y 26), sino que, más aún, asume el papel de pacificador de la nación, concediendo la amnistía a aquellos que, con Absalón, se habían rebelado contra él (2 Sm 19,16-24). La victoria de David, su ascensión al trono, está asentada en el perdón. Más clara y más fundadora aún aparece la figura de José, el hermano simbólicamente asesinado por los hermanos, y que llega a ser virrey de Egipto. Usa toda su capacidad para inducir a los hermanos a reconocer su culpa, y pone en juego todo su poder para reunir en un abrazo de perdón a toda su familia (Gn 45,14)”.

El autor termina señalando: “Si la narración del Génesis comienza con la historia de Caín, termina, sin embargo, con la historia de José: la violencia entre los hermanos destacada al comienzo se disuelve con el gesto de la reconciliación al término de la misma historia”.

He querido ilustrar la profundidad del pensamiento religioso a través de este trabajo sobre la justicia en el Antiguo Testamento, porque además viene a subrayar varios conceptos sobre el proceso de elaboración, necesarios para la reconciliación individual que hemos tratado. Al mismo tiempo, da a entender que éste es un procedimiento posible de llevar a cabo al interior de la familia, pero no en lo público, confirmando desde esta sabiduría los planteamientos señalados acerca de la imposibilidad de la reconciliación social.

Los dos ejemplos emblemáticos que el autor describe corresponden a reconciliaciones motivadas desde el líder: el rey David y José, virrey de Egipto. No son reconciliaciones de grupos con otros grupos. Es interesante cómo señala la importancia de la figura del líder en estos complejos procesos sociales, tema que ya tratamos extensamente.

En el desarrollo de la confrontación, el autor destaca el estado mental maduro en que debe estar el acusador, la víctima, para poder inducir en el acusado, el victimario, un cambio del estado mental persecutorio hacia un estado mental más maduro que le permita reconocer la culpa. Los procedimientos de castigo, de llamado de atención, y el discurso verbal, tienen como propósito el cambio psíquico en el victimario. La víctima reconoce la necesidad de inducir y de ayudar a ese cambio psíquico de quien le ha hecho daño, porque es la única manera de lograr la paz y la tranquilidad con sus personajes internos, con su familia interna, que queda finalmente reunida en un abrazo fraterno. El cambio psíquico del victimario garantiza la estabilidad del mundo interno de la víctima. Como señalé antes, la víctima, el acusador, debe mantener su rol hasta lograr que el acusado tome conciencia de su falta. De no hacerlo, cae en una complicidad con el victimario que impide la reconciliación. El reconocimiento de su falta por el victimario como requisito ineludible para que la víctima pueda realizar su duelo, es un hecho conmovedoramente representado en una de las películas que analizamos, *La muerte y la doncella*.

Destaca Bovati en su segundo artículo cómo el Antiguo Testamento, mostrado a través del ejemplo de José, reconoce el largo camino que se requiere para lograr el reconocimiento de la falta, la necesidad de paciencia y la capacidad de contención de la víctima: “El

amor perfecto de hecho no se demuestra en el encuentro en el que se responde amor con amor, sino más bien en el encuentro en el que se devuelve el odio de quien traiciona y de quien persigue sin razón, con amor".

C. Aporte al proceso de reparación desde las ciencias sociales

En secciones anteriores describí la importancia de la razón reparadora en el proceso de duelo social. Entre las disciplinas que integran en su método científico la razón reparadora están las ciencias sociales. la sociología, la antropología, la historia, el derecho, las ciencias políticas, y la psicología pueden ser de gran ayuda en la elaboración de este proceso de duelo social que requiere de nuevos horizontes y de miradas distintas.

Es en este contexto que sitúo el aporte de este texto, planteado desde una de las disciplinas de la psicología, el psicoanálisis. Quisiera fundamentar brevemente las razones por las cuales propongo una comprensión de los fenómenos políticosociales desde un modelo de funcionamiento mental basado en las hipótesis psicoanalíticas.

La elaboración del duelo personal pasa por la dolorosa toma de conciencia del daño producido, y su evolución depende de la capacidad creativa de la mente para reparar. Esta capacidad creativa está directamente ligada a la aptitud para sustituir en la mente al objeto perdido concreto, por representaciones mentales que denominamos pensamientos simbólicos. Son estos pensamientos simbólicos los que, junto con reparar el objeto dañado, lo reinstalan en nuestra mente. Este proceso de recreación simbólica supone enfrentar una y otra vez el duelo, la pérdida, el daño, desde distintas perspectivas e irlo recreando hasta formar una experiencia coherente y armónica en relación con el objeto. En este proceso, los múltiples símbolos adquiridos adquieren una coherencia que representa lo que llamamos la experiencia, la que, acumulada, lleva a la sabiduría.

En el desarrollo de la mentalidad colectiva podríamos plantear un proceso análogo. Este consiste en la elaboración, por parte de las distintas organizaciones, instituciones y grupos sociales, del proceso de duelo. En este proceso de elaboración, las disciplinas mencionadas contribuyen a enriquecer las perspectivas. Se van construyendo así respuestas que, si bien no terminan conciliando una única perspectiva (ya que en el funcionamiento grupal dicha coincidencia nunca se alcanza), acercan las posiciones, permitiendo llegar a acuerdos y consensos cada vez menos polarizados.

Desde esta necesidad recién anunciada, me parece pertinente la proposición de un modelo que, desde la psicología, aporte a la comprensión del conflicto social de estos últimos treinta años en Chile.

Este trabajo no pretende ser una aplicación directa de un modelo psicológico (más específicamente, psicoanalítico) desde la psicología individual a la psicología social. Más bien, demarca la diferencia entre una comprensión desde la psicología individual y desde una psicología social. Incorpora la comprensión psicoanalítica desde los aportes de Freud a las dinámicas de los grupos y de las masas, y los aportes contemporáneos de autores posteriores.

Se podría criticar que el modelo de comprensión social está siempre referido a los conceptos de desarrollo mental desde la perspectiva psicoanalítica individual. Es cierto que las hipótesis centrales provienen de los estados mentales observados en los individuos a través de los métodos psicoanalíticos tradicionales; de la observación de bebés, del desarrollo del ser humano por las distintas etapas de la vida, y del análisis de la transferencia en la relación que se crea durante el proceso psicoterapéutico psicoanalítico. Sin embargo, estas hipótesis son confirmadas por las observaciones de fenómenos grupales hechas desde Freud, con los aportes contundentes de Le Bon, Moscovici, la escuela de Francfort con Adorno y Marcuse, los trabajos de Jaques, la obra sólida de Canetti, los aportes de Fred Alford, Bion, McDougall, Anzieu, Chasseguet-Smirgel y, por último, la coherente integración de la teoría de las relaciones objetales y la psicología del yo a la comprensión del funcionamiento de grupos, organizaciones y liderazgo, hecha por Otto Kernberg.

La teoría psicoanalítica sigue siendo, dentro de la psicología, la teoría más abarcadora, la que da cuenta de los fenómenos más sorprendentes y difíciles de comprender en la psicopatología y en la psicología normal. No podemos negar su inclinación de carácter especulativo, intuitivo y subjetivo; una tendencia estrechamente ligada al método científico inductivo, que toma como punto de partida el caso particular y, en ese sentido, es más cercano a la razón reparadora, cuya fertilidad en la comprensión de estos procesos humanos hemos demostrado a lo largo de este trabajo.

Max Hernández, en su artículo “Formación de masas e ideología: Texto y contexto” (1988), señala lo siguiente: “Durante los últimos siglos, el racionalismo occidental, cuya estrechez Freud puso en evidencia, dominó el pensamiento social y cultural. Mas el auge de la razón abrió también las posibilidades de una reflexión crítica y sin arrogancias. Creemos que el psicoanálisis aporta elementos para

entender de modo radical la subjetividad y su lugar en el cuerpo social cuando se internaliza en estructuras de dominación. Así mismo, proporciona herramientas para superar el desconocimiento que proviene del olvido, la amnesia, la supresión o la negación, y también para elaborar los traumas de un pasado que gravita sobre el presente histórico".

Serge Moscovici, en su texto clásico y de inestimable valor para quien quiera comprender el aporte psicoanalítico freudiano a la dinámica de las masas, *La era de las multitudes: Un tratado histórico de psicología de las masas,* señala en uno de sus últimos capítulos que Freud le escribía a Einstein diciendo: "Tal vez os parezca que nuestras teorías son una especie de mitología y que nuestra causa no obtiene el asentimiento. Pero, ¿no acaba toda ciencia por llegar a una mitología como ésta?" A propósito de este escrito, Moscovici comenta la siguiente: "La psicología de las masas ha llegado a ella [la psicología] bajo la presión de las circunstancias en las cuales se ha desarrollado y de los problemas que ha estado conducida a resolver. Después de todas las lecciones que nos ha dado en el presente siglo, me es difícil concebir que sea posible no tener esto más en cuenta. Una porción no despreciable de la realidad se le sustrae, esto es innegable. Pero se ha apoderado de otra porción: la que ha decidido y decide todavía en cuanto al éxito o al fracaso de un partido, de una idea. Por este motivo, tanto el hombre de acción como el hombre de ciencia están interesados en sumo grado en sus métodos y sus explicaciones. Por regla general, allí donde la vida y la teoría están de acuerdo, es preferible escuchar la teoría: es más rica. Allí donde la vida y la teoría están en desacuerdo, es preferible escuchar la vida, es lo más seguro. Tratándose de la psicología de las masas, se debe escuchar unas veces a la una, unas veces a la otra, porque se piensa, según las palabras de Homero, 'bajo la presión de una dura necesidad' " (Moscovici 1993).

Para terminar este capítulo, quisiera citar a Meltzer, un importante psicoanalista inglés contemporáneo, estudioso de los que podríamos catalogar como los tres autores más destacados del psicoanálisis tradicional, Freud, Klein y Bion. En el capítulo VII de su obra *Familia y comunidad* (1990), referido a los usos de un modelo que él propone para entender la interacción familiar, interpreta cabalmente la proposición del modelo que he desarrollado en este texto para entender los procesos sociales. Lo reproduzco textualmente:

Naturalmente, no se necesita tener una cámara de alta velocidad para creer que los colibríes tienen alas. Todos sabemos que la vida se vive momento a momento, pero la gran dificultad es reflexionar sobre ella. Para hacerlo, hemos de tomar el ejemplo de la cámara de cine y

contentarnos con imágenes individuales estáticas (las secciones transversales) ordenadas seriadamente para evitar el vértigo que produciría contemplar las titilaciones de la vida a simple vista.

La imagen estática cortada transversalmente marca una tendencia, mientras que su perseverancia denota una fijación, que equivale al cese del desarrollo y a la regresión inminente. Usando el modelo de esta manera podemos lograr una genuina *visión de proceso.*

Esta visión de proceso tiene incorporado algo que se notará si uno mira el modelo de una manera tridimensional, y es que constituye realmente una *visión de la vida en cuatro dimensiones.* Se inferirá que el movimiento de izquierda a derecha en el tiempo es casi seguramente *un modo de progresión en espiral.*

Esto trae aparejada una sugerencia que puede aclararse a través de una imagen. Si uno está entrenando caballos jóvenes con una rienda larga en un terreno donde puede ver a sus compañeros, caminará exactamente como se le ordene, siguiendo el arco del círculo más cercano a ellos, pero empezará a trotar o hará un medio galope en el arco más distante. El arte de la pedagogía podría probablemente compararse a esto, en términos de nuestro modelo: ordenar la geografía de la situación emocional de tal manera, que el individuo se apure a atravesar el arco más perturbado y antisocial del proceso, y se demore en el aspecto más sociable.

Epílogo

La elaboración, la justicia y la presunta resolución del conflicto social desatado en Chile a partir del año setenta, es un desafío complejo. Su complejidad radica en que no es posible determinar con precisión, objetividad y en un consenso compartido, las variables que están en juego. A la limitación que proviene de la distinta interpretación y percepción de los hechos acontecidos por parte de los actores sociales, se suma la inevitable lucha de poderes, la cual se pone agresivamente al servicio de mostrar una verdad más ajustada a las conveniencias que a lo que realmente pudo suceder.

La obtención de justicia brota de dos fuentes. La primera consiste en los procedimientos judiciales acusatorios, frente a los cuales el agresor se ve obligado a confesar, porque no tiene otra salida. Esto sucede cuando se ha debilitado su poder y, en un acto de autoprotección, prefiere conceder. Esta vertiente nos garantiza una justicia a medias; primero, porque la confesión esta motivada desde la coerción y, por lo tanto, va a ser hecha exponiendo lo mínimo posible, con el fin de lograr la máxima absolución o atenuación de la pena; y segundo, porque no nos da garantías de haber logrado que el homicida reconozca en su real dimensión la falta cometida.

La segunda vertiente surge desde un deseo genuino de cooperar en la justicia y en el conocimiento de la verdad, por un convencimiento auténtico del beneficio que esto acarrea para el propio proceso de duelo. Esta justicia puede no ser muy precisa respecto a los hechos mismos acontecidos, pero sí está cargada de un reconocimiento emocional del daño hecho. Este acto lleva implícita una solicitud de perdón por parte del agresor, que ayuda enormemente al agredido a delimitar sus propias culpas, paso indispensable para hacer el duelo. La justicia obtenida desde aquí resulta ser mucho más fructífera en relación con el objetivo final que ella persigue: que los hombres reconozcan sus errores, aprendan, se eduquen, se desarrollen haciendo experiencia, para no volver a repetir el acto destructivo que deteriora las relaciones y el tejido social.

Ambas fuentes de justicia deben operar simultáneamente en un proceso de elaboración de un duelo como el vivido por nuestro país estos últimos treinta años. Sin embargo, por tratarse de un problema complejo, cuyas variables están inmersas en la condición humana, en la limitación psíquica del hombre, en su naturaleza agresiva y egoísta, la aclaración de los hechos delictuales con información veraz y objetiva es sumamente difícil e improbable. De ahí que resulte muy

pertinente la concentración de energías en torno a estas segundas fuentes.

Nuestro aporte se inscribe en esta segunda fuente de la justicia. Creemos que entender los procesos mentales que están en juego en estas confrontaciones sociales polarizadas, donde el papel de la agresión y su interacción con el amor resultan cruciales en la resolución y elaboración de los duelos pendientes en el país, puede contribuir a generar un diálogo por una vía poco explorada hasta ahora.

El conflicto, definido como la presentación simultánea de fuerzas contrapuestas tanto en la mente individual como en el grupo social, constituye una condición consustancial a la naturaleza humana. El desarrollo de la especie y de la cultura está directamente relacionado con la capacidad de elaborar y resolver los *impasses* que dichos conflictos plantean. Paradigmática del conflicto humano es la constante exposición a situaciones de pérdida. Pérdidas que lo desafían a aceptar y tolerar el dolor que significa renunciar a un estado de equilibrio y bienestar roto por un abandono, un rompimiento, una destrucción.

Revisando este paradigma del conflicto humano, que termina siendo un elemento fundamental en la estructuración de la mente, describimos la complejidad de las variable psíquicas que se ponen en juego en dicha situación, el rol fundamental que juega la interacción entre la agresión y el amor, los condicionantes internos determinados por el pasado del sujeto, los condicionantes externos reales que generaron el quiebre. De lo anterior concluimos la importancia de la capacidad de cambio psíquico, que es el que permite el movimiento progresivo de la mente desde los estados más primitivos, paranoides, maníacos y neuróticos, hacia el estado mental que conduce a la elaboración del duelo y a la reparación de lo dañado: el estado mental maduro.

Más adelante, indicamos que, dados sus comportamientos mentales primitivos, los grupos grandes que constituyen la sociedad no tienen acceso a un funcionamiento maduro, que es el que posibilita la elaboración del duelo y, por ende, la reconciliación. De allí concluimos que el proceso de reconciliación no debe plantearse en términos sociales. Los grupos sociales pueden tener como aspiración máxima un funcionamiento en acuerdos, con respuestas parciales simbólicas que van expresando el reconocimiento de los hechos acontecidos a través de los años, con mayor cercanía hacia lo que realmente sucedió a medida que pasa el tiempo y se hace posible la

elaboración del duelo. Al mismo tiempo, son estos acuerdos los que facilitan los procesos de duelo y de reconciliación individuales y de grupos pequeños al interior de los grandes grupos sociales y de las instituciones, por la disminución del clima persecutorio y maníaco.

De esta forma, la hipótesis central de este trabajo es que el proceso de elaboración del conflicto no consiste en apurar una reconciliación social, sino en crear las condiciones necesarias para que, a través del tiempo, los individuos y grupos pequeños puedan elaborar los procesos destructivos acaecidos y que nos tienen sumergidos en un duelo.

Para que pueda producirse tal elaboración, consideramos fundamental la figura del líder en sus distintas categorías: el líder de pequeños grupos, el líder de instituciones y grandes grupos, y el líder de intergrupos de la sociedad. Una responsabilidad esencial del liderazgo es la conducción de los grupos en un estado mental en el que no predomine ni la persecución ni la manía, sino el estado mental que hemos llamado neurótico. En este estado mental social se considera que la construcción de barreras, constituidas por respuestas parciales transitorias progresivamente afinadas, disminuye el nivel de persecución y manía y permite la elaboración del duelo al interior del grupo o institución.

Lo que el liderazgo debe tener presente en esta segunda vertiente de justicia, es la importancia de la razón reparadora que se ocupa del caso particular, que no está preocupada de la cuantificación ni del cumplimiento de normas y principios universales generales y abstractos, que no sigue necesariamente las reglas de la lógica tradicional ni de la causalidad lineal. Sus objetivos no son la estrategia ni la manipulación para conseguir determinados fines, todos procedimientos afines a la razón instrumental. En esta marco, planteamos que las disciplinas que pueden ser muy fecundas desde la razón reparadora son el arte, la religión y las ciencias sociales. Es en esta última disciplina se inscribe este trabajo.

Concluyo acá la cita de Meltzer (1990) con que terminé la sección anterior:

Podemos dar por concluida aquí nuestra tarea de diagramadores del modelo. Debemos asumir la responsabilidad por su arquitectura, pero la parte de ingeniería debe ser cubierta por quienes deseen ponerlo en práctica.

Bibliografía

Alford C. Fred. 1989. Melanie Klein: Critical Social Theory. New Haven and London: Yale University Press.

Anzieu, Didier. 1993. *El grupo y el inconsciente*. Madrid: Editorial Cast. Biblioteca Nueva.

Auschwitz Alphabet. "What I Learned From Auschwitz" Internet http://www.spectacle.org/695/essay.html

Bettelheim, Bruno. 1973. *Sobrevivir. El holocausto una generación después*. Barcelona: Editorial Grijalbo.

Bion, W. R. 1963. *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Bion, W. R. 1974. *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Bovati, Pietro. 1987. *Giustizia del giudizio e giustizia della dontroversia*. Dispense al uso degli studenti. Roma: PIB 1994

Bovati, Pietro. 1997. "Pena y perdón en los procedimientos jurídicos del Antiguo Testamento", *La Civiltá Cattolica* 1997 IV 225–239. (Trad. Rodrigo García, S. J.).

Bowlby, John. 1983. *La pérdida afectiva*. Buenos Aires / Barcelona: Editorial Paidós.

Canetti, Elias. 1983. *Masa y poder*. Madrid: Alianza Editorial.

Capponi, Ricardo. 1997. "Omnipotencia, madurez y perdón". Revista *Mensaje* (Santiago de Chile).

Comision Chilena de Derechos Humanos. Fundación Ideas. 1999. *Nunca más en Chile*. Santiago: Ediciones LOM.

Gardner, Howard. 1995. *Mentes líderes*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Grinberg, Leon. 1976. *Culpa y depresión*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Harris, Martha y Donald Meltzer. 1990. *Familia y comunidad*. Buenos Aires: Editorial Spatia.

Hernández, Max. 1988. *Formaciones de masas e ideología: Texto y contexto*. Londres / Lima: Ediciones Psicoanalíticas Imago S. R. L.

Hugo, Víctor. 1998. *Los miserables*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Jocelyn-Holt, Alfredo. 1999. *El Chile perplejo*. Santiago: Editorial Planeta Chilena.

Kernberg, Otto F. 1975. *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Kernberg, Otto F. 1978. "Leadership and Organizational Functioning: Organizational Regression". *International Journal of Group Psychotherapy* 28 (1978) 3–25.

Kernberg, Otto F. 1979. "Regression in Organizational Leadership". *Psychiatry* 42 (1979) 24–39.

Kernberg, Otto F. 1994. *Internal World and External Reality*. Northvale, New Jersey / London: Jason Aronson Inc.

Kernberg, Otto F. 1998. *Ideology, Conflict, and Leadership in Groups and Organizations*. New Haven and London: Yale University Press.

Lira, Elizabeth y Brian Loveman. 1999. "Las suaves y ardientes cenizas del olvido". Revista *Mensaje* (Santiago de Chile).

Matte Blanco, Ignacio. 1975. *The Unconscious as Infinite Sets*. Duckworth / London.

Moscovici, Serge. 1993. *La era de las multitudes*. México. D. F. : Fondo de Cultura Económica.

Ogden, Thomas H. 1989. *La matriz de la mente*. Madrid: Ediciones Tecnipublicaciones. .

Salazar, Gabriel y Julio Pinto. 1999. Historia contemporánea de Chile. 2 vols. Santiago: Ediciones LOM.

Segal, Hanna. 1989. *La obra de Hanna Segal*. Buenos Aires: Editorial Paidós.